



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Aragón

La corrección de estilo en diferentes medios impresos de comunicación en el Distrito Federal

**Informe de Desempeño Profesional
que para obtener el título de
LICENCIADA EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO**

PRESENTA

Martha Elizabeth Muñoz Sánchez

Asesor: Licenciado Alberto Fernández de Lara Quesada

México, 2016





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Agradezco a la Universidad Nacional Autónoma de México por la formación académica, la cual me permitió obtener mi título profesional.

Agradezco de manera especial a mi asesor, licenciado Alberto Fernández de Lara Quesada, por su guía, tiempo y comprensión en este proyecto.

Agradezco a los profesores que me apoyaron en este proceso: Édgar Ernesto Liñán, Andrea Gómez Montesinos, Wendy Romero, Israel Quintero, José Guadalupe Becerril, Juan C. García Cruz, Salvador Mendiola, Joel Paredes, María del C. Leal Hernández, José Aguilar Becerril, Cynthia Ríos, Hugo L. Sánchez Gudiño, María Concepción, Sergio J. Ortiz Montiel, Salvador Alcalá y Eréndira Estrello Bernal.

Agradezco a Dios por la bendición de mi familia, amigos y personas que han estado presentes y han contribuido en mi crecimiento profesional.

A mi madre, Mireya Sánchez Solano, le agradezco infinitamente porque siempre me ha apoyado sin condición alguna en mis decisiones. Su sabiduría, bondad, amor y alegría de vivir han sido el eje que rige mi vida en todos mis proyectos.

Agradezco a mis hermanos Carlos, Silvia, Mireya, Alejandra, Javier, Israel, Jorge, Natalia y Tatiana por el apoyo moral y económico para retomar mi proyecto de titulación.

A Eduardo Patiño, por ser otro ángel en mi camino que me inspiró para seguir hasta el final.

A Hilda Campuzano, Mónica Lagar y José Canjay les agradezco su apoyo, dedicación y tiempo para asesorarme en la elaboración, corrección y presentación de este Informe.

Eterna gratitud a todas mis amigas y amigos que durante estos dos años contribuyeron con tiempo, consejos y experiencia para el desarrollo de este proyecto.

Índice

Introducción

Capítulo 1.

Mis primeros acercamientos a la corrección de estilo

1.1 ¿Por qué estudié Periodismo y Comunicación Colectiva?	9
1.2 Etapa de estudiante	13
1.3 Primer trabajo durante la etapa de estudiante	17

Capítulo 2.

Fundamentos teóricos y prácticos de la corrección de estilo y de pruebas

2.1 La corrección de estilo y el corrector de estilo: definiciones	23
2.2 La corrección y el corrector de estilo en la práctica	27
2.2.1 Conocimiento del idioma	27
2.2.2 Capacidad para trabajar bajo presión	28
2.2.3 Amplia cultura general	29
2.2.4 Gran sentido de responsabilidad	29
2.2.5 Disposición para consultar diversas fuentes de información	30
2.2.6 Adaptación a las diferentes formas de convivencia y ambientes de trabajo	31
2.2.7 Creatividad y buen sentido del humor	32
2.3 Corrección de pruebas	33
2.4 Mi experiencia como correctora de estilo y de pruebas	35
2.5 ¿Por qué me desarrollé en esta área?	41

Capítulo 3.

Corrección de estilo en periódicos

3.1 <i>El Heraldo de México, S.A. de C.V.</i>	46
3.2 <i>El Financiero</i>	50
3.3 <i>El Nacional</i>	59

Capítulo 4.

Redacción y corrección de estilo en revistas

4.1 Facultad de Contaduría y Administración (FCA)	61
4.2 <i>Época de México, S.A. de C.V.</i>	65

Capítulo 5.

Corrección de estilo en editoriales

5.1 <i>Grupo Editorial Vid</i>	87
5.2 <i>Caligrama Editores</i>	126

Capítulo 6.

Mi regreso a la FES Aragón

6.1 Mi experiencia como profesora de Español en Secundaria	131
6.2 Mi nueva etapa como estudiante de la FES Aragón	139

Conclusiones	148
---------------------	-----

Bibliografía y referencias electrónicas	151
--	-----

Introducción

El principal motivo por el que realicé este Informe de Desempeño Profesional es para obtener mi título como licenciada en Comunicación y Periodismo de la Facultad de Estudios Superiores Aragón, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Así logro dos propósitos al mismo tiempo: cerrar el círculo como periodista, el cual había dejado pendiente, ya que durante mis 25 años de experiencia laboral en los medios de comunicación nunca me lo exigieron; por otro lado, cumplo con las exigencias que en la actualidad se deben cumplir, pues ya es casi obligatorio contar con cédula profesional para conseguir un empleo.

Otro objetivo para titularme con este Informe es dar a conocer mi experiencia laboral como redactora, adaptadora de textos y, sobre todo, como correctora de estilo en diferentes medios de comunicación en la Ciudad de México: periódicos, revistas y editoriales. Para desarrollar mi Informe de Desempeño Profesional reuní la información con la que comprobé haber laborado en las áreas mencionadas arriba. Compré y leí libros en los que están las definiciones relacionadas con comunicación, gramática, sintaxis, corrección de estilo, corrector de estilo y de pruebas para confrontar sus prescripciones con las hechas reales del periodismo. Además, en todo momento me guí de acuerdo con los criterios del método inductivo; es decir, me apoyé en la observación de los casos particulares que he conocido para, finalmente, poder establecer algunas conclusiones generales.

La función más importante en este Informe es orientar, principalmente, a las nuevas generaciones de periodistas que estén a punto de terminar la carrera o a los recién egresados, ya que la edición es una de las áreas donde pueden desarrollarse a nivel profesional. De hecho, me parece interesante destacar que periodista no necesariamente es sinónimo de reportero.

El Informe lo dividí en seis capítulos, durante los cuales daré a conocer por qué estudié Comunicación y Periodismo, fundamentos teóricos, cómo fue mi experiencia laboral en revistas, periódicos y editoriales. Hablaré de mi época como profesora de Español en Secundaria y cómo fue mi nueva etapa de estudiante en le FES Aragón para conseguir mi título. En todos mis trabajos mi función principal fue la corrección de estilo, pero en algunos, además, fue redactar y, en otros, adaptar textos.

En cuanto a los fundamentos teóricos, en general, se supone que la corrección se debe hacer igual en todos lados, pues quienes ejercen esta labor deben saber las mismas reglas gramaticales y de ortografía. Sin embargo, sobre la marcha, las cosas son muy diferentes, pues intervienen varios factores: los lineamientos de cada casa editorial, los tiempos para las publicaciones, las herramientas de trabajo y, lo más importante, los conocimientos de español y la cultura general que tenga cada corrector.

Mencionaré las características y habilidades que, a mi juicio, debe desarrollar el corrector de estilo para hacer un excelente trabajo: conocimiento del idioma español, capacidad para trabajar bajo presión, amplia cultura general, gran sentido de

responsabilidad, disposición para consultar diversas fuentes de información, facilidad para adaptarse a las diferentes formas de convivencia y ambientes de trabajo.

Además, debe desarrollar su intuición y su lógica, saber negociar con el autor del texto y tomar decisiones, pues en la mayoría de los casos la urgencia en los medios de información no permite comunicarse con el reportero o autor del texto para solucionar alguna duda. Además, como periodista y comunicador, el corrector tiene la obligación de estar bien informado, pues laborar en un medio de comunicación implica tener una responsabilidad social, y cada error que se publique se puede repetir infinidad de veces.

También debe estar actualizado de acuerdo con la Real Academia Española, institución con personalidad jurídica propia, la cual tiene como misión principal velar por los cambios que experimente la lengua española en su constante adaptación a las necesidades de sus hablantes. Además de estas cualidades, hablaré de la creatividad y el buen sentido del humor que puede poner en práctica el corrector a la hora de jugar con el lenguaje y hacer legible un texto.

Mencionaré la manera tan distinta de trabajar antes de la era de la informática y a partir de esta. Las ventajas y desventajas de cada una. Al mismo tiempo, describiré cómo la crisis económica a nivel mundial, pero en especial en México, ha ocasionado que la clase trabajadora, en cualquier ramo, sea cada vez más devaluada. Por supuesto, los periodistas y, en este caso los correctores de estilo, están incluidos. Este proceso me ha tocado vivirlo durante mis 25 años de experiencia laboral.

Daré consejos prácticos para que las nuevas generaciones de periodistas que se dediquen al área de edición puedan enfrentar las dificultades que trae consigo laborar en los medios de comunicación, pues siempre habrá compañeros y jefes que intentarán bloquearnos para detener nuestro desarrollo personal. Sin embargo, una persona trabajadora, honesta, compartida y dedicada a lo suyo tendrá armas para poder negociar algunas situaciones, ya sea con sus compañeros o con jefes.

Asimismo, daré a conocer elementos que permitan valorar la labor del corrector de estilo, ya que en general es un trabajo devaluado, menospreciado y poco reconocido. Lo más triste es que los propios periodistas, sobre todo los reporteros (pocos son conscientes de que sus notas periodísticas salen bien gracias a la labor del corrector), ven en él a una persona “sin muchos conocimientos”, a alguien que sólo sabe poner mayúsculas, puntos y comas. Así que son aquellos quienes siempre se llevan el crédito. Obvio, porque son los autores de la nota; sin embargo, el nombre del corrector nunca o pocas veces aparece, aunque es el que en la mayoría de los casos reescribe la nota para hacerla más legible y comprensible para el lector.

Cabe mencionar que se debe reconocer y admirar a los periodistas que tienen un buen léxico y escriben notas casi limpias, incluso los correctores aprendemos de ellos. Cuando se trata de revisar este tipo de trabajos, casi no se corrige; no obstante, no se debe prescindir de la labor del corrector, pues a veces hay solo errores de dedazo; es decir, ponen

al revés las letras o falta o sobra una. Con periodistas así, la función del corrector es más leve.

Finalmente, transmitiré a los nuevos periodistas, que sea cual sea el área donde se desarrollen, deben presentarse con alegría, gusto y amor en su trabajo, pues de esta manera pondrán un granito de arena para que el ambiente sea agradable. Durante el Informe desarrollaré la forma en que apliqué estas habilidades para ser feliz en los medios de comunicación donde estuve. Pude reír y carcajear, sin dejar de lado la responsabilidad que implica ser corrector de estilo. Por el contrario, disfruté cada momento.

Capítulo 1

Mis primeros acercamientos a la corrección de estilo

En este capítulo voy a hablar de tres temas que considero importantes para que las personas, en general, o los nuevos estudiantes de periodismo interesados en leer este Informe de Desempeño Profesional, entiendan por qué me desarrollé laboralmente en la corrección de estilo, cuando ni siquiera tenía idea de estudiar esta carrera, mucho menos dedicarme a esta labor: ¿por qué estudié Periodismo y Comunicación Colectiva?, mi etapa de estudiante en esta carrera y acerca de mi primer trabajo en un periódico antes de terminar mis estudios. Sin embargo, la vida me fue llevando por este camino, el cual he disfrutado siempre, al grado de poder decir: mi trabajo, no es trabajo, es diversión.

1.1 ¿Por qué estudié Periodismo y Comunicación Colectiva?

Desde pequeña tuve la idea de ser maestra de primaria, pues como a mí se me dificultaba el estudio, creí que al ser profesora podría ayudar a niños que tuvieran los mismos problemas que yo para aprender: falta de concentración, dificultades en comprensión lectora y miedo para hablar frente a los compañeros de clase. Entonces, cuando estaba a punto de salir de la secundaria, supe que debía hacer examen en la Benemérita Escuela Nacional de Maestros (BENM) y así fue, pero no lo pasé. Para mi mala suerte, ese año la Administración Federal de Servicios Educativos en el Distrito Federal (AFSEDF) decidió que

quienes habían reprobado el examen, ya no tendrían otra oportunidad para repetirlo. En años anteriores sí se podía hacer varias veces, hasta que lograban pasarlo.

Después de esto, tuve oportunidad de presentar el examen para la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y sí lo pasé. Me quedé en el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) plantel Vallejo, ubicado en Avenida de los Cien Metros, a finales de 1979, con el número de cuenta 8007011-7, el cual uso con orgullo hasta hoy, con las modificaciones a partir del año 2000, quedando ahora como 080070117. Ahí mi promedio fue de 8, y nunca reprobé materia alguna.

Cuando iba en quinto semestre, un día que llegué de la escuela, mi madre y yo vimos las noticias en un canal de televisión, y ella me comentó lo siguiente: “¡Qué bonito que salgan las chicas en la tele y qué interesante debe ser su trabajo! Tú deberías estudiar eso, ya que se te facilita platicar y preguntar a las personas sobre lo que te interesa, además no te da pena hacerlo”. Cuando le pregunté cuál carrera se debía estudiar, me dijo que periodismo.

Me puse a investigar de qué se trataba y qué hacía un periodista. Cuando supe que este debía tener facilidad para comunicarse, para entrevistar y para escribir, me di cuenta que podría desarrollar estas tres habilidades, pues de alguna manera me resultaba fácil conseguir la información que quería a través de unas simples cuestiones a la gente: ¿Qué? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? y ¿Por qué? Así que, sin saberlo, solía aplicar las preguntas esenciales que siempre plantea un comunicador. Obviamente, esto no era a nivel

periodístico; sin embargo, las personas se sentían en confianza cuando platicaban conmigo, ya que les hacía cuestiones sobre lo que les gustaba o les disgustaba, sobre todo en sus labores cotidianas, pues eran cosas que les parecían importantes de sí mismos, pero sobre las que nadie se interesaba. La edad de las personas con quienes platicaba tampoco era un impedimento. Podía ser un niño, un adolescente, un adulto o un anciano, y a todos los hacía hablar y reír. Esto también lo lograba con la gente a la que le costaba trabajo hacer estas cosas, lo cual causaba admiración en mis allegados.

Respecto a la escritura, recordé que en ocasiones mi papá nos dictaba palabras a mí y a mis tres hermanos mayores para ver quién las escribía correctamente. De ahí empezó a interesarme el significado de algunas de ellas. Desde entonces el *Diccionario Larousse Ilustrado* siempre estuvo en mi cabecera. En ocasiones redactaba cosas sencillas, solo para mí, como mi diario o alguna vivencia.

Al reconocer y analizar todo lo anterior, decidí estudiar la carrera de Periodismo y Comunicación Colectiva, que con el último plan de estudios pasó a llamarse Comunicación y Periodismo. Como al año ya estaba en la Escuela Nacional de Estudios Superiores (ENEP) Aragón, nombrada desde el 2005 Facultad de Estudios Superiores (FES) Aragón. El plantel me quedaba cerca y era una buena opción. Mi mamá estaba feliz por ello, quizá porque esperaba tener una hija reportera en televisión o a alguien que anduviera entrevistando a grandes personalidades.

Por mi parte, no era una gran estudiante como algunos compañeros que destacaban en todas las materias, pero sí iba cumpliendo con todas las tareas y trabajos que pedían los profesores. Sin embargo, por motivos personales, desde el sexto semestre se me empezaron a dificultar bastante los estudios, y en el octavo semestre quedé a deber varias materias, por lo que tuve que quedarme un año más; aun así, no logré concluir satisfactoriamente la carrera, dejé pendiente Seminario de Tesis II, y vine a terminarla hasta ahora, muchos años después. Cuando al fin decidí retomar y concluir mis estudios me encontré con la novedad de que, además de Seminario de Tesis II, con el nuevo plan de estudios debía otras seis materias, las cuales recientemente pasé en extraordinarios, pues ya no tenía derecho a cursarlas.

Cuando estaba en el séptimo u octavo semestre de periodismo, me enteré de que en la misma FES Aragón también se impartía Pedagogía, carrera más orientada a lo que es la educación, la cual me hubiera permitido ser profesora de primaria como a algunos egresados de esta licenciatura. Pero en aquel entonces me pareció que ya era demasiado tarde para empezar de nuevo otra carrera. Así que aprecié más la decisión ya tomada con relación a estudiar periodismo y nunca me he arrepentido. Con esta situación me quedó muy claro que en aquella época no tuve la visión para pedir una buena orientación.

Durante los estudios me fui dando cuenta que ya tenía el gusto por detectar las palabras mal escritas e intentar siempre corregirlas. Cuando no sabía el significado de alguna, recurría a los diccionarios o enciclopedias que mi padre nos había comprado. Por

ello pienso que siempre me incliné por la redacción, pero más por la corrección de estilo, sin saber exactamente que me desarrollaría en esa área, la cual realmente he disfrutado al máximo.

1.2 Etapa de estudiante

En general, las materias que incluía el plan de estudios no me parecían muy atractivas, pues se trataba de leer muchas cosas que no me agradaban y, paradójicamente a lo que todo mundo esperaba de una estudiante de periodismo, a mí no me interesaban. Por supuesto, algunas asignaturas me gustaron mucho. Ha pasado tanto tiempo que no recuerdo exactamente cuáles sí y cuáles no, pero en la que me enseñaron los signos con los que se marcaba a mano y sobre papel las correcciones de estilo, me gustó mucho. Sin embargo, en aquel tiempo no pensé que ésa sería el área en la que me desarrollaría durante tantos años y que me daría para vivir bien.

En el sexto semestre, los estudiantes teníamos que elegir una de las tres opciones en la que se supone nos desarrollaríamos ya en el ámbito laboral (Radio, Televisión o Prensa), la cual se cursaba en séptimo y octavo semestres. Me decidí por Prensa. En esta área cursé Seminario de Taller de Prensa, que impartía el profesor Edgar Liñán, quien me parecía muy bueno en su materia y un hombre apasionado por su trabajo y por transmitir sus conocimientos a los estudiantes. Me gustaba su clase porque resultaba amena, además nos dejaba la tarea de redactar textos y los leíamos en el salón. Ahí pude darme cuenta de

que algunos compañeros tenían más facilidad para escribir que otros. Quizá no era mi caso, pero yo disfrutaba mucho la clase. A mí me gustaba redactar cosas que causaran risa, y con dos o tres textos lo logré.

Otras de mis materias favoritas eran las que impartía el profesor Moisés Chávez: Entrevista, Reportaje, Géneros de opinión, Métodos de investigación, pues sabía que él era garantía de una clase agradable y divertida. Hasta la fecha, lo llevó en mi memoria como un maestro alegre y capaz de captar siempre el interés del grupo. Nunca he olvidado las frases célebres que nos decía en aquellos años: “Quemen cartuchos, jóvenes”. “Es mejor arrepentirse por hacer algo que por no hacerlo”. “Aunque todo mundo les diga que hacen mal, ustedes prueben lo que quieran”. Esas palabras influyeron en mí al grado tal que sí realicé cosas por las que fui criticada, aunque algunas no hayan sido en el ámbito periodístico. Supongo que el maestro seguirá diciendo lo mismo a sus alumnos, pero con otras palabras.

A veces, el profesor llegaba con alguna novedad para hacernos analizar los hechos actuales en aquella época. Por ejemplo, un día nos mostró varios periódicos que en primera plana, completa, tenían una foto de la explosión en San Juan Ixhuatepec, ocurrida el 19 de noviembre de 1984. A los diez meses de esto, hizo lo mismo, pero con fotos del terremoto del 19 de septiembre de 1985, en la Ciudad de México. Entonces hablaba de cómo una foto podía decirnos más que mil palabras, y después surgían los comentarios de todos nosotros. Comentaba que la venta de un periódico dependía de un encabezado atractivo. Puso de

ejemplo que él iba caminando por la calle, y en un puesto de periódicos vio que en uno de estos (no recuerdo cuál) decía: “Pedro Infante no ha muerto”. Él dijo: “¡ah, chingá, chingáaa, cómo que no ha muerto!” Entonces lo compró y al abrir una página interior leyó la otra parte: “vive en el corazón de los mexicanos”. Asimismo, nos pedía que analizáramos ciertos programas de televisión, sobre todo los noticiarios.

Otro de los maestros que influyó en mi gusto por el periodismo fue Carlos Levy (q.e.p.d.+), quien después sería director de la FES, de 1998 a 2001. Era un hombre de tez blanca, bajo de estatura, delgado. Lo recuerdo siempre vestido de traje y corbata, impecable, pero con paso acelerado y nervioso. Como profesor (impartía varias materias), al exponer los temas, me dejaba sorprendida de ver cuánto sabía; por otra parte, su gran sentido del humor hacía las clases divertidas, así que al mismo tiempo aprendíamos y nos hacía carcajear.

Los demás profesores fueron también importantes para mí, pues de cada uno de ellos aprendí los diversos temas con los que fui desarrollando mis habilidades como correctora. En algunas materias nos hacían trabajar en equipo, lo cual me agradaba porque surgían diversos puntos de vista entre compañeros y resultaban cosas muy interesantes. En la asignatura Publicidad y Propaganda realizamos un trabajo que me gustó mucho porque teníamos que lanzar un producto a la venta. Entonces se trataba de hacer un estudio de mercado para ver hacia qué público iría dirigido y en qué medio de comunicación se publicaría. Mis compañeros y yo decidimos que sería un perfume. Diseñamos el envase, el

cual, según nosotros, saldría en televisión. Fue una gran labor y me sentí satisfecha con la calificación que obtuvimos. Igualmente, otros equipos mostraron sus dotes para este tipo de trabajos, en los que además de la palabra escrita para convencer a los compradores, utilizábamos la imagen visual. Entonces surgieron grandes diseños y muy buenos dibujos, dado que en aquella época todo era a mano, pues aún no se usaba la tecnología como ahora.

Los integrantes de mis equipos sabían que a mí no me gustaba redactar, pero sí corregir, por ello siempre me daban a revisar todo lo escrito para evitar errores. Esto me agradaba bastante. Sin saberlo, ya desde ese tiempo estaba practicando la corrección de estilo. A veces, me tocaba dibujar y colorear, dos actividades que me agradaban, pues tenía noción de cómo mezclar colores, porque mi mamá había estudiado pintura, al igual que mi hermano mayor, Carlos. Ellos me daban recomendaciones para hacerlo bien.

Otros maestros de quienes aprendí fueron los de idiomas. En primer lugar, mi profesora de Inglés, Gloria García Salas, quien al mismo tiempo que daba clases, estudiaba periodismo en mi generación. En ese tiempo ella era la mayor de todos, incluso que los maestros. Fue un gran ejemplo, porque siempre pasaba con 10 las materias, y nos ayudaba. Ella trabajaba, era mamá, ama de casa y estudiante. A pesar de esto, llegaba antes que todos y sonreía como si nada.

Hubo más maestros de idiomas, pero a quien siempre recuerdo con mucho cariño, es a Lucio (q.e.p.d.+), que daba francés. Fue un excelente profesor, tanto en sus enseñanzas

como en su persona. Bajo de estatura, en su andar demostraba ser una persona dinámica: llegaba corriendo al salón, con su morral volando tras su espalda, pero a tiempo. Rara vez faltó a clase. Con mucho gusto y con diversión transmitía muy bien sus conocimientos de francés y de español, ya que a través de este comprendíamos más. Asimismo, nos platicaba de literatura francesa, de la historia de Francia y de las costumbres de sus habitantes, con lo cual nos iba quedando más claro lo aprendido.

Lucio obtuvo varias becas para ir a Francia, por ello, su acento era precioso. A mí, me embelesaba escucharlo y ver cómo su boca, de por sí chica, parecía un corazón pequeño cuando pronunciaba ciertas palabras. Todo, en conjunto, fue placentero, pues no había clase en la que no riéramos. No aprendí a hablar francés, pero me quedaron pequeñas frases muy grabadas, los números del uno al 100, los días de la semana, entre otras. Además, entendí que la forma de ser de los franceses nada tiene qué ver con la de los mexicanos. En ese tiempo surgió la inquietud de conocer Francia, aunque me parecía una posibilidad remota.

1.3 Primer trabajo durante mi etapa de estudiante

Durante el cuarto semestre, en 1984, un día vi un anuncio en el periódico *unomásuno*, donde ofrecían trabajo ahí mismo, pero no especificaban de qué se trataba. Solo tenía el teléfono y la dirección: Cerrada de Corregio 12, colonia Nochebuena Mixcoac. Saliendo de la FES, como a la 13:00 horas, decidí ir para allá. Pensé, inocentemente, que se trataría de

una oportunidad de ser reportera, pero cuando llegué al lugar indicado no era dentro de las instalaciones del periódico ni se trataba de reportear. Así que me mandaron a una calle cercana, Holbein 75, donde se encontraba el departamento de ventas llamado *Nortes*, que pertenecía al diario. Era una casona antigua, pero adaptada para laborar dentro de ella. El encargado de esta área era el señor Juan Sulvarán, a quien me dirigí aquel día.

Me explicó que el trabajo consistía en vender publicidad, pero no publicidad en grande, sino que se trataba de buscar en la *Sección Amarilla* empresas o negocios que no estuvieran anunciados en el periódico *unomásuno*. Después, tenía que hablar con los dueños o los encargados de los mismos para ofrecerles y convencerlos, vía telefónica, o de ser necesario en persona, de que se anunciaran en este. En esa época, los anuncios se cobraban por palabra. Si el texto iba escrito con minúsculas tenía un precio, si iba solo con mayúsculas el costo se elevaba un poco, y si iba en negritas, el precio era mayor. Los anuncios eran cortos, como los siguientes: **Se venden alfombras estilo marroquí. Tlalpan 217. Tel: 533 12 15. Srita. Alma Peña. Vendo carro usado, modelo xxx. Joaquín Pérez. Tel: 794 38 26. Se solicitan vendedoras, con buena presentación. Lic. Gutiérrez. Tel: 518 40 65.**

Mi pago sería por comisión. No recuerdo con exactitud cuánto me ofreció el señor Sulvarán, pero sería entre el 10 y el 20 por cierto. El cliente decidía si se anunciaba por una semana, por un mes, por seis meses o por un año. Estos anuncios se podían publicar diario, cada tercer día o los fines de semana, según pidiera el cliente, lo cual dependía de las necesidades de cada negocio o empresa. Podía pagar por semana o, si lo deseaba, todo el

tiempo que se fuera a publicar su anuncio, en una exhibición. Obviamente, mi labor era convencerlos de que se anunciaran con un texto largo y el mayor tiempo posible, para recibir un mejor pago.

Después de esta información, el señor Sulvarán me preguntó si me interesaba el trabajo y de ser así cuándo podría presentarme a laborar. Respondí que sí y que en ese mismo momento podía comenzar a hacer las llamadas. Esto le pareció agradable a quien sería mi primer jefe desde ese momento, pues les urgía que la gente se anunciara. Enseguida me dio un escritorio y un directorio telefónico y comencé a llamar. No sé si la suerte estaba de mi lado o supe hablar muy bien, pero aunque los primeros días me sentía nerviosa y me daba pena que me escucharan mis compañeros de trabajo, como a la semana ya había conseguido dos clientes muy buenos. El primero era un arquitecto que se anunciaba para ofrecer sus servicios. El segundo, otro señor que anunciaba telas. Los dos pagaron por adelantado un año de publicidad.

Esto para mí resultó mejor de lo esperado, pues recibí mi comisión casi de inmediato y el dinero me rindió. Entonces mi jefe estaba sorprendido por los resultados, incluso me puso de ejemplo con otros tres o cuatro vendedores que casi no tenían clientes. Cuando conseguí que otras personas se anunciaran, e hicieron sus pagos en varias exhibiciones, tampoco tuve problema, porque empecé a recibir ingresos casi cada semana. Esto me sirvió mucho, pues de la escuela, a veces me daba tiempo de pasar a comer a mi casa, pero cuando no, me iba directo a trabajar, puesto que tenía dinero para mis pasajes y para comer. No

tenía que checar y el horario estaba abierto, pero me propuse ir de 4 p.m. a 8 p.m., de lunes a viernes. Estudiaba por las mañanas y salía entre la una o dos la tarde. Si lo deseaba podía ir temprano o los sábados también. No había problema con mi jefe, siempre y cuando yo vendiera. Para llegar a tiempo, tuve que dejar las clases de francés.

Al estar dentro de este medio de comunicación pensé que tendría la oportunidad de conseguir ahí mismo un trabajo más remunerado, pero no de reportera, sino más bien en el área administrativa. Yo deseaba estar como jefa de personal. Empecé a meterme en las instalaciones del diario. Eso me gustaba, pues iba conociendo poco a poco a gente del medio periodístico. Desgraciadamente, por razones personales, a los seis meses tuve que renunciar. Tiempo después, mi amiga Alma Ortiz Camacho, que también estaba estudiando periodismo en la ENEP, hoy FES, y a quien recomendé para laborar en *Nortes*, se quedó con ese puesto. Sinceramente: ¡bien por ella! La sección de publicidad desapareció años después, pero Alma sigue en esa casa antigua, en lo que ahora es *Tiempo libre*.

Decidí entonces dedicarme únicamente a estudiar, y llevaba más o menos bien todas las materias hasta que llegó el último año; es decir, séptimo y octavo semestres, durante los cuales tuve otra complicación mayor para terminar en el tiempo debido, en 1986. Mi promedio bajó, y quedé a deber tres materias, por ello regresé al año siguiente, y aun así no pude terminar Seminario de Tesis II. Por fin, en 1987, dejé de asistir a la FES, pues daba por hecho que, en cualquier momento, pasaría en extraordinario la materia que dejaba

pendiente. Sin embargo, cuando empecé a ganar bien, creí que el resto de mi vida sería así, entonces perdí el interés durante muchos años por pagar dicha asignatura.

En la etapa de estudiante tuve otros empleos temporales, pero ninguno relacionado con los medios de comunicación. Así seguí hasta 1988, cuando hice mi Servicio Social en el Banco Nacional de México (Banamex), en el área de Asesoría e Información Mercadotécnica, ubicada en Palma 42, en el Centro Histórico. No supe por qué me mandaron ahí, pero no alegué nada porque me pagaban la mitad del sueldo mínimo mensual bancario. Nada mal para una recién egresada. Solo iba cuatro horas diarias, de dos a seis de la tarde.

Duré seis meses, en los cuales mi función era coordinar a la gente que hacía investigaciones de mercado y ver la redacción de algunos trípticos. Había egresados de otras carreras, hicimos buen equipo y nos divertíamos. Al poco tiempo, hice amistad con la asistente de la jefa de área. Ella me ayudaba con lo que yo necesitara para hacer bien mi trabajo. Con mi jefa, Lilia González Plasencia, la coordinadora de Servicio Social, me llevé muy bien, incluso me consiguió una credencial para pasar al comedor de ellos, sin pagar nada.

En ocasiones, cuando nos pagaban, nos íbamos todos los del servicio a comer o a tomar un café. También fuimos a festejar el cumpleaños de la jefa, al Gran Hotel de la Ciudad de México y, otras veces, cualquier pretexto era bueno para pasar momentos

agradables y en buenos lugares. La cantidad que me pagaban me permitió hacer esto, pues cada quien costeaba su consumo. De vez en cuando, el banco invitaba y yo estaba incluida.

Para el último viernes que fui, mis compañeros me organizaron una despedida. Adornaron con globos la oficina del Servicio Social y compraron pastel y leche, pero no pude quedarme mucho tiempo porque mi hermana Mireya había comprado boletos para que fuéramos una semana a Morelia, Michoacán, ella, mi hermana Alejandra y yo. Fue la única ocasión que viajé en Ferrocarriles Nacionales de México, pues el servicio fue suspendido en 1997. Abordamos a las 10 p.m. y llegamos allá a las 6 a.m., donde nos esperó nuestro amigo Ramón. Nos gustó transportarnos en tren, ya que en esa época aún daban una buena cena y era bonito el ferrocarril. Además, conocimos bellos lugares en Michoacán y convivimos felizmente. Al poco tiempo, empecé a laborar en un medio de comunicación: *El Heraldo de México*.

Capítulo 2.

Fundamentos teóricos y prácticos de la corrección de estilo y de pruebas

En primer lugar, voy a abordar algunas definiciones sobre qué es la corrección de estilo y qué es corrector de estilo. Tomaré como referencia autores como Gonzalo Martín Vivaldi, María Eugenia Merino y Roberto Zavala Ruiz. En segundo lugar, esbozaré mi propia concepción sobre estos temas, misma que he logrado durante 25 años de experiencia laboral.

2.1 Corrección de estilo y corrector de estilo: definiciones

Hay muchos autores que hacen referencia a qué son la corrección de estilo y el corrector de estilo. Para este trabajo, solo elegí ideas de tres autores, porque las considero más cercanas a lo que es mi experiencia profesional como correctora.

En el libro *Curso de redacción. Teoría y práctica de la composición y del estilo*, el periodista español Gonzalo Martín Vivaldi ofrece una concepción muy completa, sobre la corrección de estilo. La define como un trabajo de crítica formalista que debe realizarse al final de un escrito, para mejorar la expresión de las ideas del creador. Esta tarea, es realizada por personas que no son los autores del escrito, sino que fungen como una especie

de “ojos ajenos”, que detectan los errores para aclarar, mejorar y unificar las formas expresivas, sin alterar los conceptos e ideas originales.

Para mejorar un texto, con la corrección de estilo se pueden hacer las siguientes funciones: limpieza de expresiones, cambios en el orden de las palabras, ampliación o síntesis del tema, sustitución de formas gramaticales, supresión o aumento de signos de puntuación y auxiliares, separación y agrupamiento de frases, colocación de notas o aclaraciones, así como los cambios que el texto requiera.

Por otro lado, en su libro *Escribir bien, corregir mejor. Corrección de estilo y propiedad idiomática*, María Eugenia Merino detalla aspectos cuya comprensión es indispensable para caracterizar temas específicos relacionados con la corrección y el corrector de estilo.

Uno de estos aspectos consiste en la diferencia entre el *estilo del autor* y el *estilo editorial*, tema que casi ningún autor aborda. En el apartado titulado “¿Qué es la corrección de estilo?”, la autora explica:

Lo primero que debemos entender es que corregir el estilo no implica cambiar el *estilo* o forma de escribir de un autor, sino que se refiere al *estilo editorial* o criterio para editar un texto.

La corrección de estilo es, prácticamente, la primera etapa del trabajo editorial; es lo que va a dar limpieza, orden y uniformidad al original antes de enviarlo a impresión. El estilo editorial es, también, la forma que tiene una casa editora para hacer un libro, es su sello característico; incluye el uso de mayúsculas, abreviaturas y siglas, tipo de letra, márgenes, cubiertas, etcétera.

Aunque algunas casas editoriales pueden tener sus propias normas sobre el uso de mayúsculas, abreviaturas, numerales y sangrías, entre otras, hay muchas reglas que

el corrector debe conocer y respetar porque tienden, precisamente, a hacer prevalecer un criterio editorial único que vaya, además, de acuerdo con la gramática.¹

De acuerdo con María Eugenia Merino, para evitar confusiones, de entrada, es necesario distinguir entre el estilo de un autor, el cual debe respetarse, y el estilo editorial; es decir, el conjunto de reglas y criterios que el corrector de estilo debe aplicar para preparar un texto previamente a su publicación.

Además, en este punto se destaca que la corrección de estilo es una etapa en el proceso editorial. Al respecto, los autores suelen explicarlo de diferentes formas. Sin embargo, Gonzalo Martín Vivaldi y María Eugenia Merino consideran que la corrección de estilo es una etapa necesaria por la que debe pasar todo texto antes de su publicación.

En otro apartado, la misma autora habla de la persona responsable de trabajar en esta etapa; es decir, el corrector de estilo:

El corrector de estilo es la persona que *cuidará* el original. Es quien revisará, corregirá y preparará los originales para la imprenta; por lo tanto, deberá hacer una lectura cuidadosa y prestará especial atención a las cuestiones gramaticales, esto es, ortografía, puntuación, acentuación, sintaxis, concordancia y demás. A fin de corregir todo lo que encuentre mal, sin olvidar que este trabajo no es cuestión de gustos personales sino de detectar y corregir errores.²

¹Merino, María Eugenia. *Escribir bien, corregir mejor. Corrección de estilo y propiedad idiomática*, p. 17.

² *Ibíd.*, p. 18.

De esta cita quiero destacar que la labor del corrector de estilo no es asunto de gustos o caprichos personales, sino de criterios editoriales y toma de decisiones profesionales a la hora de trabajar sobre un texto.

Como último fragmento tomado de esta autora, cito el que se refiere a la comprensión total de la obra. Esto quiere decir que el corrector de estilo no lee un texto una sola vez, sino las que sean necesarias, hasta que no haya ningún error en el mismo. En general, al leerlo va corrigiendo ortografía, puntuación, sintaxis, etc., pero, una vez concluidos estos aspectos, el corrector debe preocuparse por la comprensión total del texto, y verificar uniformidad y coherencia.

La comprensión cabal del texto se beneficia con la lectura esmerada del original, lo que llevará al corrector de estilo a detectar la correspondencia de todas las partes de la obra; debe ser capaz de completar o ampliar la información, suprimir redundancias y obviedades para aligerar el texto, dar uniformidad y sentido a notas, fichas bibliográficas, cuadros, así como señalar inexactitudes en los datos, coherencias entre cabezas y texto, índices, y hasta en la estructura; en general, a la obra entera.

Al tomar ideas de varios autores, y después de ejercer mi trabajo como correctora en diversos medios de comunicación, he sacado mis propias conclusiones sobre lo que es la corrección de estilo. Para mí, es uno de los trabajos más importantes a realizar en un escrito antes de su publicación. Para esta labor no importa de qué tipo de texto se trate: libro, artículo, nota periodística, crónica o cómic. Todo escrito destinado a publicarse debe pasar por el proceso de corrección de estilo, ya que de lo contrario llevaría errores y su lectura causaría confusiones al lector.

2.2 La corrección y el corrector de estilo en la práctica

En este apartado voy a mencionar las características y habilidades que, desde mi punto de vista, debe desarrollar el corrector de estilo para realizar una excelente corrección: conocimiento del idioma español, capacidad para trabajar bajo presión, amplia cultura general, gran sentido de responsabilidad, disposición para consultar diversas fuentes de información, así como facilidad para adaptarse a las diferentes formas de convivencia y ambientes de trabajo. Además de estas cualidades, hablaré de la creatividad y el buen sentido del humor que el corrector de estilo puede poner en práctica a la hora de jugar con el lenguaje y hacer legible un texto.

2.2.1 Conocimiento del idioma

En mi opinión, ser un buen corrector de estilo implica varios aspectos muy importantes. No sólo es poner puntos, comas, acentos, mayúsculas y separar párrafos. Debe ser una persona que sienta amor e interés por conocer su propio idioma, lo cual conlleva a un gran aprendizaje de gramática, sobre todo de sus partes fundamentales: morfología y sintaxis. La persona que desee dedicarse a esta labor, además de lo aprendido a nivel académico, debe sentir el gusto por la lectura. Otro punto importante, es que el

corrector debe estar actualizado en los cambios que experimenta la lengua española, de los cuales se encarga la Real Academia Española.*

Durante su labor, el corrector aplica todos sus conocimientos del español para entregar un texto legible; es decir, claro preciso y conciso, al público al que va dirigido, sin cambiar la idea de quien escribió el mensaje. Es preciso mencionar que si la redacción de un texto es confusa, al querer mejorarlo, puede quedar una idea que no corresponde al original.

2.2.2 Capacidad para trabajar bajo presión

El corrector de estilo debe estar consciente de que en esta área, generalmente, se trabaja bajo presión, y en ocasiones el horario se extiende fuera de lo normal. Si labora en un periódico, mayor aun, pues día con día, el tiempo es su peor enemigo. También debe entender que siempre urge entregar lo corregido para mandarlo a imprimir. De no ser así, no saldrían las publicaciones, sea cual sea la naturaleza de éstas, en el tiempo previsto, lo cual ocasionaría pérdidas económicas y de prestigio.

Sin embargo, habrá semanarios u otras editoriales donde no se trabaje bajo presión todos los días, pero sí cuando es necesario. En estos casos, si hay dudas en un texto que debe ser entregado de urgencia, y no se encuentra al autor del mismo para aclararlas, el

*La Real Academia Española fue fundada en 1713, por iniciativa de Juan Manuel Fernández Pacheco y Zúñiga, marqués de Villena. Es una institución con personalidad jurídica propia. Su misión principal es velar por los cambios que experimente la lengua española en su constante adaptación a las necesidades de sus hablantes. Esto lo establece el artículo primero de sus actuales estatutos.

corrector debe tener la capacidad y habilidad para resolver esta situación, sin alterar la idea original del escrito. En la mayoría de los casos, queda muy bien.

2.2.3 Amplia cultura general

Considero que el corrector de estilo debe ser alguien con una cultura general o, al menos, con intuición para detectar que algo no está bien dicho o bien escrito. Esto sucede bastante con fechas de nacimiento o sucesos históricos. También con nombres de países y de personas. Cuando estos últimos provienen de otra lengua, se debe tener mayor cuidado, pues llevan varias consonantes juntas. Por estos detalles, el corrector va desarrollando poco a poco “el ojo clínico”; es decir, detecta de inmediato que falta o sobra una letra. Es casi imposible guardar en la memoria tantos datos, pero si se tiene noción de lo que se está corrigiendo, y algo no checa o surgen dudas, entonces el corrector debe aplicar la lógica y buscar la respuesta correcta.

2.2.4 Gran sentido de responsabilidad

Ser corrector de estilo implica mucha responsabilidad desde el momento en que se sienta a corregir un texto, de la naturaleza que sea. Debe estar en sus cinco sentidos para entender bien lo que quiere decir el autor del mismo. Si este sabe escribir, no habrá ningún problema, solo se lee todo para ver que no se vaya un dedazo (por ejemplo, en vez de “causa” que diga “cuasa”) o algún pequeño error, pero si el creador no tiene idea de cómo transmitir lo que quiere decir, obviamente el corrector se enfrenta a un texto mal escrito. En

consecuencia, deberá poner mayor atención hasta dejar el escrito comprensible, sin alterar la idea.

La responsabilidad también tiene que ver con llegar temprano al trabajo para hacer las cosas bien y con calma. Asimismo, el corrector no debe faltar a laborar, sobre todo en los días en que urge entregar las correcciones, pues al repartir lo que le corresponde entre los demás, es muy probable que salgan errores, porque la presión será mayor para todos, y el trabajo deberá ser entregado a tiempo.

2.2.5 Disposición para consultar diversas fuentes de información

Para el corrector de estilo también aplica esta frase: “La práctica hace al maestro”, pues al realizar este trabajo, día a día, va desarrollando la vista para detectar de inmediato que algo está mal escrito. Cuando son temas especializados, y desconoce algunos términos, se ve obligado a consultar e investigar. Esto puede ser en diccionarios de español, de inglés, de francés o de otro idioma, según las necesidades de lo que se esté corrigiendo; enciclopedias o libros de consulta relacionados con la corrección. En la actualidad, puede consultar con mayor rapidez y facilidad en medios electrónicos. En este caso, también debe tener criterio para darse cuenta de que la información no siempre es confiable, pues hay personas que transcriben mal los textos o los datos.

2.2.6 Adaptación a las diferentes formas de convivencia y ambientes de trabajo

Como sucede en cualquier lugar de trabajo, sea cual sea la naturaleza de este, siempre hay jefes y compañeros que van a ayudarnos, al compartir sus conocimientos y tratar de hacer un ambiente laboral agradable, donde haya respeto, cordialidad y entusiasmo. En este caso, no hay ningún problema; por el contrario, debemos agradecer a quienes lo hagan, pues en la práctica serán nuestros mejores maestros y, en ocasiones, se logrará tener amistad con ellos.

Sin embargo, habrá quienes querrán detener nuestro desarrollo personal y ponernos piedras en el camino. Por ello, el corrector de estilo debe tener la capacidad de adaptarse a las formas de convivencia y a los ambientes laborales. La manera más eficaz para enfrentar una situación difícil, es trabajar con gusto y con amor. Además, ser puntual y cumplido ayudará al corrector para tener armas en caso de negociar cualquier situación con jefes o compañeros.

El lugar más óptimo para el que desarrolla esta labor dentro de una empresa, es un departamento sin ruido, y con sus colegas. Será indispensable tener ahí mismo libros de consulta, diccionarios y enciclopedias. Entre correctores habrá bromas y risas, pero una vez que ellos decidan cuándo volver a concentrarse, lo harán sin problema alguno. También se debe estar consciente de que en algunos empleos no habrá un lugar adecuado y tendrá que

trabajar con ruidos, risas y gritos. Además, el corrector deberá adaptarse a los lineamientos de corrección del lugar donde labore. Pese a esto, su trabajo deberá quedar impecable.

2.2.7 Creatividad y buen sentido del humor

Otro punto muy importante, al menos en lo personal, es que se debe tener buen sentido del humor para no molestarse por algo mal hecho. Al contrario, el mayor reto es transformar un texto ilegible en uno claro, preciso y conciso, pues finalmente esta es la función del corrector. Cuando se trabaja en equipo, como tuve la suerte de haberlo hecho siempre, las palabras mal escritas se prestan para reír de ellas, ya que la picardía mexicana se hace presente para burlarse una y otra vez de los errores, y de quien los escribió.

Obviamente, el autor nunca se debe enterar de estas burlas, porque la idea no es hacer enojar a nadie ni humillarlo, además todos cometemos errores. Es solo una manera de hacer el trabajo más leve y hasta divertido. A veces, la mofa puede durar la jornada laboral, porque se dicen frases con las palabras mal escritas, lo cual provoca carcajadas. Así que, por consiguiente, esta parte lúdica, en la cual va implícita la responsabilidad que se tiene como corrector de estilo, es la que me ha hecho disfrutar mi labor.

Quien se dedique a corregir, debe tener la capacidad de ser creativo para facilitarse el trabajo. Por ejemplo: jugar con el lenguaje, buscar sinónimos, acomodar ideas, hacer de tres párrafos mal escritos uno bien hecho, subir o bajar líneas, quitar o poner palabras o párrafos, etcétera. En concreto, es jugar con nuestro propio lenguaje. Para lograr todo esto,

se debe ir a laborar con alegría y con gusto. El mayor orgullo es cuando sale la publicación, y no hay queja alguna. Esto, a mi parecer, debe aplicarse en cualquier ámbito de trabajo.

2.3 Revisión de pruebas o corrector de pruebas

En este apartado, antes de entrar de lleno al tema, voy a mencionar los textos de María Eugenia Merino y de Roberto Zavala Ruiz, ya que en ellos explican la diferencia entre la función del corrector de pruebas y la del corrector de estilo. Me parece pertinente hacerlo, porque las personas que no están relacionadas con este trabajo o con estas definiciones, confunden este término con el de corrector de estilo. En la práctica, son dos actividades distintas, aunque sí hay relación entre ambas. Cabe mencionar que una persona puede realizar las dos funciones, aunque no es lo más conveniente. Al respecto, María Eugenia Merino menciona lo siguiente:

El corrector de pruebas no es siempre el mismo que el corrector de estilo, aunque puede serlo; algunas editoriales prefieren que sean dos personas distintas, a fin de evitar que puedan estar *vicadas* con el texto y, a fuerza de conocerlo, no reparan ya en los errores. Ambos trabajan con un conjunto de símbolos muy semejantes para el marcado del texto; la diferencia radica en que el corrector de estilo hace sus correcciones sobre el original, en los lugares donde se presenta el error; en cambio, el corrector de pruebas trabaja sobre las galeras, y las erratas se señalan con una *llamada* en el lugar del error y las correcciones se indican al margen.⁴

⁴ Merino, María Eugenia, *op. cit.*, p. 21.

Aquí Merino explica con claridad por qué es mejor que haya un corrector de estilo y uno de pruebas. Dice que la persona se *vicia*; es decir, lee tantas veces el mismo texto, que ya no encuentra ningún error, aunque lo haya. Sin embargo, hay editoriales en las cuales dejan las dos tareas al corrector de estilo, ya que de esta manera se ahorran un sueldo.

Por otra parte, está el concepto de Roberto Zavala Ruiz, subtítulo *Faenas y afanes del corrector de pruebas*, en el que habla con detalle sobre lo que es este trabajo.

Si la corrección de estilo ha sido cuidadosa, la de pruebas no presentará mayores dificultades, pues se concretará a localizar las erratas o faltas del linotipista o del teclista, así como evitar los errores más comunes de división de palabras y de cifras, repeticiones de signos y letra a principio y fin de línea y, en fin, advertir y enmendar errores de todo tipo. Por lo contrario, el asunto se complica cuando el original se ha revisado con descuido, con desconocimiento o con criterios cambiantes.

El corrector de pruebas debe tener, como el de estilo, una cultura amplia y de cimentación profunda que le permita corregir los errores que se hayan pasado al revisar los originales. También requiere conocimientos de tipografía, gramaticales y de idiomas.⁵

Esta definición me parece completa y acertada. Si el corrector de estilo aplica bien sus amplios conocimientos de español, y su cultura en general, el trabajo será excelente. Así eficientará tiempo, dinero y esfuerzo, tanto para el corrector de pruebas, como para todos los implicados en el área editorial, sea cual sea el texto. No habrá mayor gasto de hojas, tinta, luz, ni mayor tiempo que el requerido.

⁵ Zavala Ruiz, Roberto. *El libro y sus orillas. Tipografía, originales, redacción, corrección de estilo y de pruebas*, p. 358.

2.4 Mi experiencia como correctora de estilo y de pruebas

En el siguiente fragmento voy a exponer, de manera general, la forma en que ejercí la corrección de estilo en diferentes medios de comunicación. En otros capítulos, mencionaré con más detalle en dónde realicé cada modo de trabajar. Aprendí las dos formas en que se suele hacer la corrección en las últimas tres décadas: sobre papel y en computadora. En algunos lugares tuve que combinar ambas, por ello, explicaré las diferencias entre estas. También hablaré de mi experiencia en otra de las funciones de mayor responsabilidad para el corrector de estilo: la de revisión o corrección de pruebas.

Para realizar la corrección de estilo en hojas de papel, tuve que aprender todos los signos del cuadro que aparece en las siguientes páginas. Así se utilizaban para marcar cada error.



SIGNOS DE CORRECCIÓN ORTOTIPOGRÁFICA

Llamadas: Generalmente trazo de diversas direcciones y formas con las que se indica en la prueba impresa el lugar donde existe un error. La llamada por sí misma carece de significado, este se lo da el signo o la señal que se pone a su derecha cuando se repite en el margen.






















LFJ7 IT > C AVH-H-X !

Signos: indican la operación que se debe realizar en el lugar señalado en el texto.

Señales: se indican directamente sobre el texto

GENERAL			
Signos	Ejemplo	Resultado	Ubicación
	Para suprimir lo tachado y marcado	Para suprimir lo marcado.	Al margen con llamada o en el texto
	Vale lo tachado en el original.	Vale lo tachado en el original.	En el texto
	Vale lo tachado y poner OK.	Vale lo tachado y poner OK.	En el texto
SEGÚN EL ESTILO DE TIPO			
	Poner en <u>cursiva</u> la palabra subrayada	Poner en cursiva la palabra subrayada.	Al margen con llamada o en el texto
	Poner en negrita la palabra subrayada	Poner en negrita la palabra subrayada.	Al margen con llamada o en el texto
	caja alta - mayúscula .	Caja alta - Mayúscula.	Al margen con llamada o en el texto
	caja baja o minúscula .	caja baja o minúscula.	Al margen con llamada o en el texto
	Poner en <u>vernal</u> la palabra subrayada	Poner en <u>vernal</u> la palabra subrayada.	Al margen con llamada o en el texto
	Poner en <u>redonda</u> la palabra marcada.	Poner en <u>redonda</u> la palabra marcada.	Al margen con llamada o en el texto
	Poner en <u>fini</u> la palabra marcada.	Poner en <u>fini</u> la palabra marcada.	Al margen con llamada o en el texto
	Poner en <u>cursiva y negrita</u>	Poner en <u>cursiva y negrita</u> .	En el texto
	Poner en <u>vernal vernal</u> .	Poner en <u>vernal</u> <u>vernal</u> la palabra subrayada.	En el texto
	Poner en <u>vernal cursiva</u> .	Poner en <u>vernal</u> <u>cursiva</u> .	En el texto
	Letra de otro tipo o cuerpo.	Letra de otro tipo o cuerpo.	En el texto
SEGÚN LA POSICIÓN			
	Transposición de <u>letras</u> .	Transposición de letras.	En el texto
	Transposición <u>(palabras)</u> de <u>palabras</u> .	Transposición de palabras.	En el texto
	Intercalar palabras o letras <u>algunas</u> .	Intercalar algunas palabras o letras.	En el texto
	Cambiar de lugar <u>entre</u> <u>palabras</u> .	Cambiar de lugar palabras o letras.	En el texto
	Volar o poner como exponente en $2x2 = 2^2$, por ejemplo.	Volar o poner como exponente en $2x2 = 2^2$, por ejemplo.	En el texto o al margen con llamada
	Bajar o poner como subíndice en $H2O$, por ejemplo.	Bajar o poner como subíndice en H_2O , por ejemplo.	En el texto o al margen con llamada
	Mover toda la línea hacia el margen izquierdo.	Mover toda la línea hacia el margen izquierdo.	En el texto



	Mover varias líneas o párrafo completo hacia el margen izquierdo.	Mover varias líneas o párrafo completo hacia el margen izquierdo.	En el texto
	Hay estilos que exigen sangría al inicio de cada párrafo.	Hay estilos que exigen sangría al inicio de cada párrafo.	En el texto
	Si la sangría en francesa se puede marcar así.	Si la sangría en francesa se puede marcar así.	En el texto
	Pero también este símbolo para indicar que hay que alinear líneas que no lo están. A la izquierda o a la derecha.	Pero también este símbolo para indicar que hay que alinear líneas que no lo están.	En el texto
	La sangría normal de estilo también puede indicarse así. De hecho, los anglosajones la indican así.	La sangría normal de estilo también puede indicarse así. De hecho, los anglosajones la indican así.	En el texto
	En bandera a la derecha se indica con una sucesión de rectángulos de distinta medida indicando la dirección de la bandera.	En bandera a la derecha se indica con una sucesión de rectángulos de distinta medida indicando la dirección de la bandera.	En el texto / margen al lado del párrafo.
	En bandera a la izquierda se indica con una sucesión de rectángulos de distinta medida indicando la dirección de la bandera.	En bandera a la izquierda se indica con una sucesión de rectángulos de distinta medida indicando la dirección de la bandera.	En el texto / margen al lado del párrafo.
	Para justificar líneas de dos columnas distintas por ejemplo	Para justificar líneas de dos columnas distintas por ejemplo	En el texto / margen al lado del párrafo.
	Para justificar líneas de dos columnas distintas por ejemplo	Para justificar líneas de dos columnas distintas por ejemplo	En el texto / margen al lado del párrafo.
	Para justificar líneas de dos columnas distintas por ejemplo	Para justificar líneas de dos columnas distintas por ejemplo	En el texto / margen al lado del párrafo.
	Para justificar líneas de dos columnas distintas por ejemplo	Para justificar líneas de dos columnas distintas por ejemplo	En el texto / margen al lado del párrafo.
	Igualar el espacio entre palabras o caracteres.	Igualar espacio entre palabras o caracteres.	En el texto / margen al lado del párrafo.
	Aproximar letras, palabras o líneas que tienen un interlineado excesivo.	Aproximar letras, palabras o líneas que tienen un interlineado excesivo.	En el texto / margen al lado del párrafo.
	Separar. Agregar línea después de párrafo o título, o dejar blanco entre caracteres o palabras.	Separar. Agregar línea después de párrafo o título, o dejar blanco entre caracteres o palabras.	En el texto / margen al lado del párrafo.
	Separar. Agregar línea después de párrafo o título, o dejar blanco entre caracteres o palabras.	Separar. Agregar línea después de párrafo o título, o dejar blanco entre caracteres o palabras.	En el texto / margen al lado del párrafo.
	Separar. Agregar línea después de párrafo o título, o dejar blanco entre caracteres o palabras.	Separar. Agregar línea después de párrafo o título, o dejar blanco entre caracteres o palabras.	En el texto / margen al lado del párrafo.
DE PUNTUACIÓN			
	Para marcar el punto y seguido. Es necesario unir los dos extremos de la coacción.	Para marcar el punto y seguido. Es necesario unir los dos extremos de la coacción.	En el texto
	Para marcar el punto y aparte. Es necesario unir los dos extremos de la coacción.	Para marcar el punto y aparte. Es necesario unir los dos extremos de la coacción.	En el texto
	Suprimir el acento. Agregar acento en último.	Suprimir el acento. Agregar acento en último.	En el texto o con llamada al margen. LE 70
OTRAS			
	Evitar que dos líneas seguidas comiencen o acaben con la misma palabra o sílaba.		En el texto
	Evitar que dos o más líneas seguidas terminen en corte de palabras.		En el texto

Una vez marcados los errores sobre papel, mandaba las hojas al departamento de Captura, donde los pasaban en computadora, precisamente, las capturistas. En algunos medios hasta aquí llegaba mi labor. No volvía a ver el texto. Si no pasaban bien las indicaciones, ya no era mi responsabilidad, solo en el caso de que yo hubiera marcado algo mal, pero nunca me llamaron la atención durante el tiempo que lo hice así.

En cambio, en otros medios, luego de que hacía las correcciones directamente en computadora, las mandaba al departamento de Diseño para que las imprimieran. Ya en hojas, volvía a revisar todo. Checaba si había quedado bien, ya que al imprimirlas, se movía algo indebido, sin querer. Cuando se me iba un error, lo marcaba de nuevo, y volvía a mandar a Diseño. Repetía la operación cuantas veces fuera necesario, hasta que quedaba sin limpio. Entonces ponía mi firma de autorizado. Después de esto, se mandaba a Formación, donde estaban los correctores de pruebas, quienes revisaban que no hubiera errores antes de mandar las planas a los talleres o a la imprenta para su tiraje.

Pero cuando hice corrección de estilo en computadora para un diario fue muy distinto, ya que el trabajo debía ser rápido y preciso. No se aplicaba ningún signo con lápiz o pluma. Todo lo hacía directamente en pantalla. Aquí solo examinaba una vez cada nota periodística, y tampoco volvía a verla. En pantalla era más fácil poner acentos, signos de ortografía, aumentar texto, quitar, cambiar párrafos de lugar; en fin, se jugaba más con el teclado para dejar bien la nota. Cuando ya quedaba lista, la mandaba al archivo del jefe de correctores, en pantalla. Si este encontraba algo grave, me la regresaba. Yo la volvía a

revisar para arreglarla. A veces, si había algo mínimo, él mismo lo hacía, y no había ningún problema. Generalmente quedaban bien a la primera. Al final, antes de mandar al taller a imprimir, el corrector de pruebas hacía lo suyo, y daba el visto bueno.

En cuanto al último punto, que es la revisión de pruebas, también fue interesante desarrollar esta labor, la cual llevé a cabo solo en un periódico. Aquí, me hice cargo de los dos tipos de correcciones; es decir, de estilo y de pruebas. La manera de trabajar era la siguiente: primero revisaba en computadora los textos que enviaban las capturistas o las notas periodísticas que mandaban los reporteros a la misma, hasta que quedaban perfectos. Luego, de mi computadora, ya grabados en un disco, llevaba este con una señora que estaba en un cuarto pequeño. Allí, ella metía el disco a una máquina especial y marcaba en unas teclas la medida que pedía el editor de la plana del periódico, quien decía a 8, 10 o 12 puntos, con un tanto de ancho. Con estas indicaciones debían salir las notas impresas en galeras*, es decir, en tiras, en un papel especial que tenía pegamento en la parte de atrás para colocarlas en las páginas, las cuales tenían ya el tamaño del que saldría el tiraje de miles de periódicos. El tipo de pegamento permitía despegar las notas para cambiarlas de un lugar a otro, si era necesario, sin dejar manchas.

Una vez colocadas las galeras sobre la plana, yo revisaba, en primer lugar, el número de página. Después verificaba que las notas quedaran en el lugar debido, que las cabezas

*Hace muchos años, se le llamaba galera a una tabla rectangular en la que se ponían las líneas de letras para ir formando palabras. En los años 80 y parte de los 90, ya se le llamaba así a las tiras en papel que salían de una máquina especial. Tenían pegamento en la parte de atrás para colocarlas en las páginas, de las cuales se haría el tiraje de los ejemplares.

correspondieran a los textos, y que estas tuvieran el tamaño marcado. Si sobraban o faltaban letras, no había problema alguno, pues el formador lo hacía rápido con su navaja: quitaba o ponía las letras para que todo quedara bien. Asimismo, checaba los cortes, al principio y al final de la línea, para que no aparecieran palabras obscenas u ofensivas; por ejemplo, culo (obstá-culo), pedo o peda (pedo-filia o peda-gogía), cola (aví-cola), entre otras posibilidades. Si se presentaba algo así, los formadores, quienes colocaban los textos en el lugar que les había indicado el editor, lo ajustaban con un cúter. Ponían la palabra completa arriba o abajo, según quedara mejor. Después de todo este proceso, autorizaba la página y, enseguida, se mandaba a los talleres para su reproducción.

En otro medio de comunicación, cuando ya se empezó a hacer todo en la computadora, desde la pantalla veía la página formada e indicaba a los diseñadores que hicieran las correcciones pertinentes. Después se imprimía en pequeño, y yo la firmaba para que se fuera a la imprenta. Si dejaba pasar un error, saldría a la luz en la publicación, y era mi responsabilidad.

Mi experiencia en editoriales fue diferente, aunque hacía las dos cosas: revisaba primero en papel, y las correcciones indicadas las hacían los diseñadores directamente en pantalla. Una vez hechas, me daban la página impresa para autorizarla o corregir los últimos detalles. Si salía un error, se consultaba primero si lo firmado por mí lo tenía o había sido un error de los diseñadores, quienes a veces no se daban cuenta y cortaban los textos después de ser autorizados por mí.

En pocas palabras, esta fue mi forma de trabajar. Me gustó hacer todo lo anterior, pero lo que me pareció un poco desagradable fue que en el primer medio de comunicación, donde hice los dos tipos de corrección, no me pagaron lo justo. Aun así, quedé agradecida porque me dieron la oportunidad de laborar ahí, y fue como mi segunda escuela.

2.5 ¿Por qué me desarrollé en esta área?

Mi primer trabajo fue en el periódico *El Herald de México*. Fui ahí porque me enteré de que uno de mis excompañeros de la FES, Fernando Cocoltzi, estaba laborando en este medio. No sabía en qué área, pero llegué a la calle de Carmona y Valle, y pedí que me comunicaran con él. Cuando salió, le pregunté que si había trabajo de reportera para mí. Con una franca sonrisa, me dijo lo siguiente: “Martha, eso está muy cañón. No es tan fácil como nos parecía cuando éramos estudiantes. Yo empecé como corrector de estilo y, precisamente, hay una vacante para este puesto. Si te interesa hablo con mi jefe y le pregunto”. Respondí que sí, y en menos de una hora ya estaba haciendo el examen práctico. Corregí una nota recién llegada en un fax. En ese entonces estaba como Jefe de Redacción el señor René Chambón, quien al ver mis correcciones, dijo: “De los que han venido a hacer el examen usted es la que lo hizo mejor, y sé que puede mejorar. Así que la espero mañana a las siete de la noche para que empiece a trabajar aquí. Antes, debe pasar a personal para que le indiquen horario y sueldo”.

Ese día, un lunes de enero de 1989, regresé feliz a casa para comunicarle a mi madre que ya iba a estar en el medio periodístico, aunque el sueldo apenas rebasaba el salario mínimo por día y el horario era de las 7 p.m. a las 11 o 12 p.m. Mi día de descanso sería los martes. Tampoco tendría seguro, fondo de ahorro, utilidades ni aguinaldo. Únicamente tenía derecho a 6 días de vacaciones. Mi mamá sintió el mismo gusto que yo, y me felicitó. Aunque las condiciones no eran las óptimas, a mí no me importó, pues sabía que podía ascender en cuanto hubiera una oportunidad, ya fuera ahí o en otro medio. Las oficinas no eran nada fuera de lo común, pero yo sentía que eran lo máximo, y que pertenecía a ese lugar.

Llegó el martes, y a las 6:00 estaba en las entrañas de uno de los diarios más importantes en el Distrito Federal. Primero pasé a firmar que aceptaba mi horario y sueldo. Cuando subí a Redacción General, era un manojito de nervios y tenía sentimientos encontrados: miedo, emoción, alegría. Sentía que me ardían las mejillas cuando me asignaron la silla y la computadora donde realizaría mi labor. Los reporteros escribían sus notas y las grababan en un disco. De este, sacaba las que me asignaban para corregir. Las “jalaba” del disco y al terminar de revisarlas, cuando ya estaba segura de que había hecho lo correcto, solo apretaba dos teclas: control y grabar. Si apretaba control y borrar, se borraba la nota completa y era difícil volver a conseguir rápido la información. Así que Gerardo, el encargado de repartir las notas a los correctores, me advirtió que debía tener muchísimo cuidado al grabar. Claro que sí perdí dos o tres notas, pero no hubo mayor

problema porque se resolvió pronto con los reporteros ahí presentes o con las capturitas.

Nunca más me volvió a suceder.

Entonces comencé a convivir con reporteros, coordinadores y correctores de estilo. Entre estos últimos estaban dos grandes compañeros y conocedores del oficio de la corrección, Fernando Rentería y Napoleón. El primero, sí había estudiado periodismo; el segundo, no tenía licenciatura alguna, pero leía mucho y sabía bastante del idioma español. Creo que había nacido para realizar este trabajo. No recuerdo cómo es que llegó al periódico, pero ahí estaba haciendo bien las cosas y corrigiendo la primera plana todos los días. Los jueves, que él descansaba, lo hacía el señor Rentería.

Cuando tenía alguna duda acerca de cómo se escribía una palabra o con el lenguaje periodístico, como el nombre de algún funcionario, gobernador, diputado o cualquier personaje de esa época, recurría a cualquiera de ellos, pero más a Napoleón, pues siempre me resolvía cualquier dificultad, con lo que me ahorraba tiempo para no buscar en el diccionario. Por supuesto, los nombres de los políticos en turno no aparecían en este o en una enciclopedia, así que él me decía rápido la respuesta, sin equivocarse alguna vez.

Lo admiraba porque era como una enciclopedia ambulante. Si me surgía una duda fuera de los temas periodísticos, él me explicaba el porqué. Sabía mucho sobre cualquier tema. Cuando tuve la oportunidad de asistir a dos o tres convivios con los compañeros del periódico, Napoleón nos hacía pasar un rato ameno con su manera de charlar, pues aunque

era parsimonioso, siempre platicaba cosas interesantes. Era un hombre moreno, bajo de estatura, pero en cuanto hablaba resaltaba.

Como a los cuatro meses de estar ahí, me enteré de que necesitaban personas para cabecear (así se dice en el argot periodístico a quienes ponen los títulos o cabezas a las notas), entonces pensé en pedir la oportunidad de que me dejaran hacerlo. Cuando le comenté a Fernando Rentería, me dijo lo siguiente: “Marthita (ahí me llamaban por mi primer nombre), está bien un cambio, no se quede estancada, aprenda otra cosa. Cámbiese de área, así cuando pida trabajo en otro lado, usted puede decir que es correctora de estilo, editora o reportera, y será más fácil que le ofrezcan chamba”. Esta opinión me dejó convencida de que sí debía aprender a cabecear.

Sin embargo, al día siguiente, cuando le comenté a Napoleón mi interés por aprender otra cosa, él me dijo, no sé si acertada o equivocadamente: “Mira, Marthita, yo pienso que es mejor que uno se dedique a una sola área, especializarse en algo, pues a veces andar picando aquí y allá no es tan conveniente. Ser corrector de estilo ha sido muy satisfactorio para mí. Además, este es un oficio muy importante y socorrido, aunque no se nos reconozca, pues el corrector de estilo siempre resulta ser el héroe desconocido. Diario se aprende por lo menos una palabra, y así se va teniendo una cultura más amplia y mejor conocimiento de nuestro idioma, tan vasto y único. Este es muy difícil de aprender para nosotros mismos, pero más todavía para los extranjeros que hablan otra lengua, ya que existen muchas conjugaciones. Estamos acostumbrados a escucharlo desde pequeños y no

lo analizamos, pero para cualquier persona que hable otro idioma y quiera aprender español, le será difícil hacerlo. Por todo lo anterior, te aseguro que si sigues de correctora no te arrepentirás”.

De las dos opiniones, me pareció mejor la segunda y, por alguna extraña razón, seguí como correctora de estilo. Sinceramente, sí he disfrutado este oficio y, a la vez, este me ha permitido disfrutar la vida, como más adelante lo comentaré.

Capítulo 3.

Corrección de estilo en periódicos

En este capítulo voy a explicar mi experiencia como correctora de estilo en dos periódicos, y como correctora de estilo y de pruebas en otro. Laboré en tres periódicos: *El Heraldo de México, S.A. de C.V.*, *El Financiero* y *El Nacional*. De igual manera, mencionaré diferencias y similitudes entre estos tres medios de comunicación, pues aunque parece que se trabaja de forma similar, por tratarse de diarios, en la práctica hay distintas maneras para llegar a un mismo fin: informar y ser publicados a tiempo para su venta. A pesar de que las reglas de ortografía son las mismas, cada diario tiene sus propios lineamientos y su propio modo de trabajar, al cual se debe adaptar el corrector. También la organización, los sueldos y las prestaciones varían en cada uno. Sea como sea, los periódicos deben salir a tiempo para ser repartidos al amanecer; en eso sí, todos coincidían. En lo personal, en los tres medios, aprendí mucho.

3.1 *El Heraldo de México*

Como mencioné en el capítulo anterior, mi primer trabajo dentro del periodismo fue en *El Heraldo de México*, donde estuve de febrero a noviembre de 1989. En realidad fueron pocos meses, pero determinantes, ya que pasó a ser mi segunda escuela. Aquí fue cuando empecé a comprender lo que en realidad significaba estar dentro del medio periodístico, situación que no tenía casi nada que

ver con lo que había aprendido en la FES, ni con mis expectativas, ya que esperaba ser reportera desde mi primer día de trabajo en un medio de comunicación; tenía la idea de que periodista era sinónimo de reportero.

Lo primero que pedían para reportear era experiencia; por supuesto, no la tenía, pero más que eso no tenía “palancas” para ocupar una plaza de este tipo, así que acepté ser correctora de estilo “para de ahí” subir de puesto. Al estar en el periódico, vi que los egresados de periodismo podían estar en otras áreas: edición, corrección, publicidad y, a veces, hasta en la administración. También conocí reporteros que no habían estudiado periodismo, pero que desempeñaban con excelencia su trabajo.

Respecto a la corrección de estilo, el modo de trabajar era el siguiente: los reporteros llegaban a escribir ahí sus notas durante el día o las llevaban escritas para que las capturistas las transcribieran en computadora. A las 8 p.m. ya estaba la mayor parte de las noticias y los reporteros ya se habían ido. Entonces empezaba el trabajo fuerte para nosotros, pero más intenso entre las nueve y las 11 de la noche, sobre todo en información general, que era donde yo estaba, pues a veces de última hora entraba alguna nota importante y se debía hacer de nuevo todo el proceso con esta. Gerardo, el encargado de repartir las notas a los correctores, le daba las de primera página a Napoleón, por sus amplios conocimientos y experiencia en esto. Las demás, las repartía entre los otros tres o cuatro que estábamos en esa época. Al principio a mí me daba pocas porque no tenía la práctica necesaria para corregir rápido y bien. Poco a poco me fue aumentando el número de notas, hasta llegar en ocasiones a revisar como 20. Estas se veían solo una vez, ya que el tiempo estaba contado, pues todo el periódico se debía mandar a imprimir a más tardar a la una de la mañana para después doblar las páginas y tener todo listo. Luego se repartía o se entregaba a los

voceadores, quienes llegaban a comprar entre las 4 a.m. y 5 a.m. para empezar a vender a los lectores como a las 6 de la mañana. Si el periódico salía tarde, ya no había la misma venta, pues la noticia ya no era noticia.

Después de corregir las notas, se mandaban a imprimir en máquinas especiales que las sacaban en galeras, con la medida de la letra y de lo ancho de las mismas, como el editor había indicado: ocho, 10 o 12 puntos. Salían en un papel con pegamento adherible para colocarlas en hojas del tamaño del periódico. De modo que las galeras se cortaban con navaja y se podían pegar y despegar con facilidad hasta que ya quedaba bien formada la página.

Quienes se encargaban de colocar las notas como lo indicaba el editor eran los formadores, y esto se hacía en el departamento de Formación. Ahí yo volvía a echarle “un ojo” a la nota y si había algún error aún era tiempo de corregir. Después checaba que coincidieran las cabezas con los textos y, si todo estaba bien, daba el visto bueno y ponía mi firma en una esquina, lo que indicaba que ya estaba autorizada la página para mandarla al taller de imprenta, el cual se encontraba al lado del periódico, en el mismo predio.

El taller era como una bodega enorme, con una altura de unos cinco o seis metros, con la imprenta como las de antes, con sus rotativas, las cuales usaban los tipos de metal donde estaban marcadas las letras. Alguna vez me tocó ver toda la maquinaria y escuchar cuando empezaba a imprimirse el periódico. ¡Era emocionante y, al mismo tiempo, increíble pensar en cómo el hombre había inventado semejantes aparatos! No recuerdo el tiraje, pero sí sacaban bastantes periódicos.

Después de unos meses, de vez en cuando me dejaron corregir la primera página, cuando no iban Napoleón ni el señor Rentería. ¡Eso me emocionó y me dio más seguridad para seguir con la corrección! A pesar de tener un sueldo muy bajo, ¡me sentía feliz por estar ahí! Tampoco tenía

ninguna otra prestación. En esa época no me preocupaba tanto el salario porque era hija de familia, además, como entraba a las 7:00 p.m., ya había comido en casa. Generalmente terminaba mi trabajo entre las 11 y 12 de la noche, entonces prefería esperarme a que me llevara el transporte del periódico hasta la puerta de mi hogar, con lo cual ahorraba en alimentos y pasajes de regreso.

Había cuatro camionetas que repartían a los que se quedaban después de las 12 de la noche. Cada una salía hacia un punto cardinal. En ese tiempo vivía en Aragón y me tocaba la camioneta que iba por aquellos rumbos. Pasaban a dejar primero como a cinco compañeros, y yo, como era nueva y mi casa era la más lejana, llegaba entre las dos o tres de la madrugada, pero sin ninguna preocupación por la hora, pues me sentía segura con los choferes, a pesar de que las camionetas estaban tan viejas y en tan mal estado que parecía que en cualquier momento se quedarían sin funcionar o que alguna de las llantas saldría rodando. Por fortuna, nunca pasó algo así. Los mismos conductores se burlaban diciendo que traían una “lata de sardinas” con ruedas.

Cuando consideré que ya había aprendido muchas cosas relacionadas con la corrección, empecé a buscar trabajo en un medio de comunicación donde me ofrecieran mejor sueldo y prestaciones. Por las mañanas iba a dejar mi *currículum vitae* a varios lugares y también pedía a mis conocidos que me avisaran, en caso de enterarse, de algún medio donde necesitaran un corrector de estilo.

Al mes de hacer lo anterior, Martha Vera, una amiga de mi hermana Alejandra, quien estaba a cargo de Recursos Humanos en Seguros la República, me informó que en el periódico *El Financiero* les urgía un corrector. Me dio el teléfono y la dirección. Dijo que me presentara en las instalaciones del diario, y hablara con el jefe de la sección Provincia, el periodista Javier Ibarrola.

3.2. *El Financiero*

Ese mismo lunes concerté la cita para el día siguiente a las 2 p.m. A la 1:50, puntual como una inglesa, llegué a Lago Bolsena 176, colonia Anáhuac, donde se encuentra el periódico. Fui a la entrevista, e inmediatamente me aplicaron el examen: corregir una nota que acababa de llegar. El señor Ibarrola me dijo que lo había hecho muy bien. Luego me comentó que el trabajo sería sólo por 20 días, porque iba a cubrir las vacaciones del corrector Juan Carlos Carmona, y que lo único que me podía ofrecer por el momento era un sueldo (cuatro veces mayor al de *El Herald*), y viernes y sábado de descanso. El horario era de 6 de la tarde a 9 de la noche. ¡Qué sorpresa! ¡No podía creerlo! Abrí tanto mis ojos, que él pensó que era muy bajo el sueldo, y me aclaró que cada año había aumento salarial. ¡Mayor fue mi asombro!

Al preguntarme si me interesaba trabajar bajo esas condiciones y que cuándo podía empezar, mi respuesta fue: hoy mismo, pues es mi día de descanso y mañana presentaré mi renuncia al otro periódico. De más está aclarar que me arriesgué, segura de que era lo mejor. Recuerdo sus palabras: “Quizá no les agrade su renuncia tan repentina, pero si usted considera que estará mejor aquí, mañana la esperamos”. Entonces comencé ese noviembre de 1989, y al día siguiente fui temprano a renunciar a *El Herald*. No les pareció “correcto” que de un día para otro dejara la chamba, pero la verdad es que cuando llega una oportunidad no hay que dejarla ir.

Aunque sí sentí tristeza despedirme de mis compañeros, pero en especial de Fernando Rentería y de Napoleón. Y esto tuvo que ser de manera telefónica, pues ellos entraban a las 7 p.m. y yo a las 6 p.m., además la distancia entre ambos medios era bastante como para hacerlo en persona. Napoleón me dijo: “Qué lástima que te vas, Marthita, pues fue muy agradable conocerte y escuchar tus carcajadas en la Redacción, sobre todo cuando ya estábamos agotados. Todos los

correctores te vamos a extrañar, más porque eras la única mujer entre nosotros. Pero, por otro lado, me da muchísimo gusto que te vaya mejor allá. Es una decisión que vale la pena y te deseo mucha suerte. Sigue en la corrección”.

También el señor Rentería me dijo las siguientes palabras: “¡Marthita, la felicito! No dejó la corrección de estilo, pero sí va a dejar el periódico y, de paso, a nosotros. La voy a extrañar, pues fue agradable trabajar con usted. Y, por lo que sé, en *El Financiero* ofrecen buenas prestaciones. Así que le va a ir muy bien. La admiro porque la mayoría de la gente nos quedamos en una chamba, aunque no nos guste, por miedo a hacer un cambio”.

Ya estando en el periódico, me enteré de que mi jefe de Redacción de *El Herald*o, René Chambón (q.e.p.d.+), quien había renunciado dos meses antes a este diario, también laboraba en la sección de Deportes de *El Financiero*. Pocas veces lo vi porque su departamento estaba muy alejado del mío y ahí entraban más temprano. De él solo me queda un buen recuerdo como jefe y como persona, pues realmente fue poco el tiempo que lo traté. Lo que sí le admiro hasta la fecha es su memoria “fotográfica”, pues nada olvidaba. Tenía una habilidad increíble para solucionar cualquier imprevisto en sus secciones.

A pesar de que el señor Ibarrola me había advertido que solo era por esos días, no me importó porque tenía la confianza de que ahí mismo me quedaría más tiempo. Y sí, recuerdo perfectamente que un lunes le fui a preguntar que si había lugar para mí, aunque fuera en otra sección, pues el miércoles ya estaría de regreso el corrector. Me dijo que iba a ver, que no me preocupara. El martes vi entrar a alguien a la oficina del jefe, entonces supe, por mis compañeros, que era Juan Carlos, quien vivía en Toluca. Al salir, se despidió de todos, editores y correctores. Luego me llamó el jefe para decirme: “Oiga, se levantó con el pie derecho, pues acaba de venir este

compañerito a renunciar porque ya le ofrecieron algo mejor en Toluca. Así que hoy mismo firma su contrato con el que ya tendrá derecho a aguinaldo, utilidades, Seguro Social, caja de ahorro, prima dominical, ocho días hábiles de vacaciones, los cuales aumentarán dos por año, hasta llegar a 20. Además, cada miércoles le darán una despensa”. ¡Qué felicidad, ya era parte de este diario!

Cuando llegaba al periódico y percibía el olor como el del metro Merced, hasta ese momento me percataba de que era el día de despensa. Consistía en una bolsa grande de plástico transparente en la que venían plátanos, mangos, chiles, jitomates o tomates, brócoli. Variaba el contenido según la época del año. Así que cada miércoles bajábamos por nuestra bolsa a una bodega. Todos bromeaban diciendo: “hoy es miércoles de plaza”, “¿a cuánto el kilo de cebolla?”, “¿cuánto es lo menos?”, “aquí sí hay, y bueno”.

Aunque mi función era la misma, el modo de trabajar era distinto al de *El Heraldo*. Aquí sí existía una mesa de corrección y, alrededor de ella, estábamos cinco compañeros y yo, la única mujer. Lo curioso es que corregíamos sobre papel, marcando con los signos que me habían enseñado en la FES, más los que fui aprendiendo. Se hacía así quizá porque era una sección más nueva que las otras, pues en la redacción general y en las demás áreas, cada quien tenía su escritorio y su computadora. Veíamos las notas solo una vez, y las corregíamos hasta dejarlas como telarañas con tantas indicaciones. Luego se mandaban con un chico, a quien le decíamos “el gato”, a las capturistas, que estaban en otro departamento y ellas capturaban las correcciones que habíamos marcado, en computadora. Nosotros no volvíamos a revisarlas.

Me encantó trabajar en la sección de Provincia, porque realmente era un equipo y entre todos nos ayudábamos para resolver rápido las dudas respecto a un nombre o una palabra. Por ejemplo, para los sinónimos, Ricardo era excelente; para la gramática, Pedro Zamora (q.e.p.d.); para

los nombres de funcionarios, Poncho; para los términos en inglés, Mauricio, y para la escritura correcta de las palabras, yo. El trabajo era equitativo. Los editores ponían al centro de la mesa las notas y todos agarrábamos una al mismo tiempo. Cuando nadie podía resolver alguna duda, recurríamos a los diccionarios o enciclopedias, que también estaban al centro de la mesa.

El descanso era en viernes y sábado porque el diario, por dedicarse a la información financiera, solo se publicaba de lunes a viernes, ya que los bancos y las casas de bolsa trabajaban esos días. Así que la información que corregíamos salía al día siguiente, por eso lo del jueves salía el viernes y lo del viernes se revisaba hasta el domingo para salir publicado el lunes. Para ir a laborar el domingo nos poníamos de acuerdo si entrábamos temprano o en la tarde, dependiendo de las actividades de cada uno. De todos modos era un par de horas y además no había jefe, así que si alguien tenía prisa, todos nos apurábamos. Por supuesto, las carcajadas no faltaban.

También se descansaba un día anterior al festivo, pero este sí se trabajaba y lo pagaban doble o triple. Por ejemplo, el 15 de septiembre no se trabajaba porque al día siguiente no había periódico, pero el 16, sí, porque ya el 17 debía salir el diario. Así era con todos los festivos. En Semana Santa se descansaba de miércoles a sábado, pues no había periódico jueves, viernes ni sábado, pero el domingo ya era normal todo. Si el 24 y el 31 de diciembre caían en miércoles o domingo, nuestros descansos se alargaban porque esos días no se laboraban, pues al día siguiente no había finanzas y, por consiguiente, no había publicación.

El nombre de Provincia se debía a que las notas llegaban de Querétaro, Morelos, Puebla, Tlaxcala y del Estado de México, escritas por gente de los mismos lugares, que generalmente no había estudiado una carrera, así que de periodismo no tenía ni idea, y de redacción menos. Entonces vino la comparación: si en *El Heraldo* había visto notas mal escritas, en *El Financiero* estaban mucho

peor. No conforme con esto, los reporteros hablaban a menudo para reclamar que sus notas no eran respetadas, que los correctores les cambiaban el sentido. Por más que mi jefe inmediato y también corrector de estilo, Pedro Zamora (q.e.p.d.+), un hombre muy conocedor de nuestro idioma, les explicaba cómo debían escribir para evitar confusiones, ellos jamás lo hicieron bien. Se concretaban a decir que para eso estábamos, que su trabajo era escribir y el de nosotros corregir.

Ante esta negativa y después de hacer corajes, aprendimos a reír, pues de todos modos siempre escribían igual y sobre los mismos temas, carentes de interés. Entrevistaban al director de una sinfónica cada semana, al barrendero, al panadero. Por supuesto que son gente importante, pero las preguntas que hacían no aportaban nada nuevo: ¿Cada cuándo se corta el cabello? ¿Dónde compra su ropa? ¿Qué desayuna?, etcétera. Lo mismo sucedía cuando tenían frente a ellos a su gobernador o a personajes de la política, las preguntas estaban enfocadas hacia cosas triviales más que a la problemática del estado.

Además, en su afán por querer destacar como “el mejor reportero”, decían las cosas rebuscadas y mal escritas. Por ejemplo: “la leche empolvo, el gran alimento de los niños del México actual...”, “el gobernador tubo una jira por varios muni cipios”, “la economía en nuestra gran Republica Mexicana”, “con cierto majistral”, “la pólicia”, “dijieron”, “miercoles”, “sabado”, “péridico”, “abía”, “huvo”. Entonces estas palabras nos servían para burlarnos durante toda la jornada y decíamos que los reporteros agarraban un puño de puntos, comas y acentos, los aventaban hacia arriba y cayeran donde cayeran no había problema. Sabían que algunas palabras llevaban tilde, pero no sabían dónde. A veces, comentábamos: “¡Óoorale, te tocó la nota de fulanito(a)! ¡Suertudote, hasta que se te hizo!”. En ocasiones, nos aventábamos la nota y era una forma de divertirnos: “Te toca a ti”, “no, a ti”, hasta que llegaba con el primero que la había tomado.

No había día que no surgieran las carcajadas, incluso Javier Ibarrola se acercaba a ver qué nos provocaba tanta risa y él nos seguía la corriente, diciendo: “Esos reporteros son de los que dicen juites, juites y venites, ¿verdad?”, “más bien parece que los sacaron de la Merced, ¿o no, compañeritos?”. Por todo lo anterior, considero que es cierta la siguiente frase: “Cuando tu trabajo te gusta, entonces no es trabajo”. Para mí, siempre ha sido divertida esta labor, pues a la vez que voy aprendiendo palabras, estoy disfrutando. Y lo más importante es que me pagan por hacerlo.

Con un mejor sueldo ya podía hacer otras cosas. Por las mañanas iba a clases de natación, ya que siempre había querido aprender. Regresaba a casa, y después de comer me iba a clases de inglés en el Instituto Mexicano Norteamericano de Relaciones Culturales, en la Zona Rosa, el cual ya no existe. Nunca aprendí bien inglés, pero sí me sirvió para entender algunos textos en esa lengua. En otra etapa estudié arte dramático en el IMSS, incluso una ocasión le pedí permiso a Ibarrola porque me presenté en tres teatros, claro, como principiante. Ya no pude seguir con esto, pues requería más tiempo, incluso pedir otros permisos, y no era conveniente.

Al estar en *El Financiero*, iba consiguiendo lo que deseaba: relacionarme con reporteros y con toda la gente que ahí laboraba. Este ambiente era lo mío, aunque yo corregía las noticias en vez de buscarlas. Conocí a los de otras áreas, a jefes, como Carlos Ramírez; analistas de finanzas, como Darío Celis, quien era un jovencito; a Raymundo Riva Palacio; a correctores, reporteros, asistentes, economistas, capturistas y demás. También conocí al que cubría espectáculos, el señor León, quien me invitaba seguido a eventos, pero solo fui a dos o tres al Hotel Niko, después ya se me dificultó ir. En Internacionales estaba Lilia Montoya, quien había sido mi compañera en la FES. Ella me invitaba a eventos que organizaban las embajadas y fui a algunos. Entonces me daba tiempo de hacer cosas e ir a muchos lugares.

Cuando cumplí un año, vinieron mis primeras vacaciones (ocho días hábiles, más cuatro de mis descansos, más 24, 25, 31 de diciembre y 1 de enero). Con mi caja de ahorro, más mi “guardadito”, me alcanzó para llevar a mi mamá a conocer Villahermosa, Tabasco, y a uno de los estados más bellos de México, Chiapas. Ocupé todas mis vacaciones, 16 días, pues el dinero me rindió bastante. Me sentía feliz por darle a mi madre ese regalo y, además, porque desde *El Financiero* me había contactado con varios reporteros: Fredy López, en San Cristóbal de las Casas, Chiapas; Rodolfo Reyes, en Villahermosa, Tabasco, quienes laboraban para este periódico, y Javier Molina, también en San Cristóbal, pero él escribía para *La Jornada*. Todos se portaron muy bien con nosotras y además nos presentaron a más gente del medio y a sus familiares y amigos. Entonces en las noches, en el centro de San Cristóbal o en un antro nos veíamos para platicar y carcajearnos. Esas conversaciones abarcaban todos los temas, a veces se enfocaban a periodistas de renombre, a los periódicos, a la situación económica y política de México. Como en esa época surgió en Chiapas el permiso para abortar, era el tema del momento porque había mucha controversia, sobre todo porque solo había sido en ese estado. Como mi madre es una gran lectora y le gusta conversar, no tuvo mayor problema para adaptarse y dar sus opiniones. El tiempo transcurría con las pláticas tan amenas, que nos llevaban como a la una o dos de la mañana al hotel.

Vimos a Rodolfo Reyes en Tapachula, Chiapas, en donde había ido a pasar las festividades de diciembre. Conocimos a su abuela, a su tío Edi, a su esposa e hijos. Ahí nos dejaron en una casa y no nos permitieron ir a un hotel ni pagar nada. Fue una oportunidad que me dio la vida para disfrutar todo aquello en conjunto: la compañía de mi madre, la de los reporteros, músicos, lugareños y ver aquellos hermosos lugares, como Palenque, La Venta, las cascadas de Agua Azul, el Cañón del Sumidero, las Lagunas de Montebello, entre otros más.

Después de todo lo anterior, consideré que ya era tiempo de independizarme y dejar el hogar de mis padres, y para ello debía tener otro ingreso económico. Entonces empecé a buscar chamba y fue cuando mi compañero Agustín me dijo que en la Facultad de Contaduría y Administración de la UNAM necesitaban un corrector para cubrir una incapacidad por maternidad (más adelante hablaré de este tema). Fui, y ya no tuve que hacer examen, pues laborar en *El Financiero* daba prestigio. Ahí solo estuve tres meses, y con una parte de lo que me pagaron me alcanzó para dar el depósito y la primera renta de un cuarto en un departamento en la colonia San Miguel Chapultepec, donde vivían otras dos chavas. ¡Por fin ya era independiente!

La otra parte de ese dinero me alcanzó también para mis siguientes vacaciones, las cuales habían aumentado dos días. Ahora iba yo sola (el presupuesto solo alcanzó para mí) y fuera de México, por primera vez. El lugar elegido fue Cuba. Me fui en un *tour* y, a diferencia del viaje anterior, no había contactos. De todos modos estaba feliz porque trabajar en *El Financiero* me daba la oportunidad de viajar al extranjero. La experiencia ha sido inolvidable, pues también conocí a escritores y periodistas en los cafés a donde iba con los compañeros de viaje. En La Bodeguita del Medio, un café que ningún visitante debe perderse, había gente muy interesante. En la calle, cualquier cubano nos trataba con mucho gusto y nos decían: “lo mexicano son como hermano”, con su acento tan inigualable. Así que ahí también reí muchísimo.

A pesar de que en la sección de Provincia estaba muy contenta y de que ya vivía más cerca del periódico, me preocupaba salir muy tarde porque no tenía carro, y la colonia Anáhuac era peligrosa. Los correctores salíamos juntos y caminábamos hasta el metro San Joaquín, de la línea 7 del Metro. Afortunadamente, nunca nos pasó nada, pero se sabía que asaltaban seguido a la gente

por esa zona. Entonces, en marzo pedí cambio de área. Primero intenté en cultura, donde estaba Víctor Roura. Hablé con él, pero no había lugar para mí.

Alguien me dijo que en Finanzas necesitaban un corrector. Tuve la suerte de que el jefe de esta sección, el periodista y columnista Carlos Ramírez, me aceptara sin ningún problema. Aquí, de nuevo, mi horario fue más accesible: de 5 p.m. a 8 p.m., de lunes a viernes. La corrección la hacía en computadora, de ahí la mandaba al formador y no volvía a ver los textos. Así que ya tenía libre sábado y domingo. Dejaba todo corregido desde el viernes, pues en esta área se mandaba imprimir antes que en las otras.

Ahí corregía las columnas de este gran hombre, el periodista y analista Raymundo Riva Palacio y del analista Darío Celis. Por cierto, escribían de manera excelente, así que más bien revisaba que no hubiera dedazos. Cuando me surgía alguna duda sobre sus textos, podía preguntarles con toda confianza y los tres siempre me respondieron de buen modo y con mucha propiedad.

De nuevo, en otro periódico, no reconocido (sinceramente no recuerdo cuál) pedí la oportunidad de ser reportera. Cuando el jefe de Redacción se enteró de que yo estaba bien en *El Financiero*, me dijo esto: “Yo te doy la chamba, pero aquí el trabajo es antes que la familia y que tus compromisos personales. Tendrás un día de descanso, pero no se sabe cuál. Tu horario no es fijo. Además, tu sueldo sería menor que allá y no contarías con Seguro Social. ¿Estás dispuesta a dejar lo que tienes por algo así? Si de verdad quieres hacerlo, es tu oportunidad, pues de aquí han salido muy buenos periodistas. Aquí te empezarías a fogear”. Obviamente, mi interés por reportear no era lo máximo, así que sin pensarlo, dije que no. Le di las gracias y me despedí. Más valoré estar en *El Financiero*, y con mayor gusto fui a trabajar.

3.3. *El Nacional*

En *El Nacional*, en 1995, estaba como Coordinador Editorial Francisco Salgado, a quien había conocido en el revista *Época*, en 1993 (en otro capítulo hablaré de mi experiencia en esta). Yo seguía laborando en el semanario, pero Paco, como le decíamos, me llamó por teléfono y me dijo: “Oye, Liz, porfis, échame la mano solo tres meses para cubrir a una correctora que se va para tener a su bebé. Ya sé cómo trabajas y que eres muy responsable. Yo también te puedo ayudar dándote notas bien escritas y que te lleve pronto a tu casa alguno de los choferes”. Entonces fui al periódico y Paco me presentó con Jorge Fernández Menéndez, quien estaba como Director Adjunto. Me hizo algunas preguntas y firmó el contrato por tres meses. Al mes se fue del diario.

Así es que de *Época* salía corriendo a las 8 p.m. para llegar al periódico. Paco me permitía llegar un poco más tarde. Aunque me quedaba cuando mucho a las 11 de la noche, realmente fue muy pesado estar en los dos lugares al mismo tiempo. Lo que me ayudaba es que en *Época*, además de descansar sábado y domingo, mi jefe, José Antonio, me dio los lunes y a otra compañera, los martes, porque casi no había trabajo en estos días. Pero el jueves era hasta morir. Así que tenía 3 días seguidos aquí, pero en *El Nacional* descansaba, precisamente los días más fuertes en el semanario, jueves y viernes.

Aquí, la forma de trabajar la sentía leve. Paco me escogía las mejores notas para que terminara pronto, ya que al día siguiente debía ir a la revista, donde entraba a las 10 a.m. Llegué a corregir colaboraciones de Elena Poniatowska, muy bien escritas, y notas de varios reporteros con excelente redacción, así que casi era solo leer. Corregía una vez en la computadora y no volvía a revisar las notas. Estaban los correctores que revisaban las páginas ya formadas, entre ellos,

Angélica Rendón, a quien conocí en *Época*. Una chava que había estudiado periodismo en Veracruz, de donde era originaria. A sus escasos 24 años había leído a grandes escritores, por lo cual sabía bastante de español. Cuando alguno de ellos veía algo mal, lo mandaba corregir.

Lo más valioso es que me encontré con excompañeros de la FES: Jesús Esquivel, Rosa Rueda y Olivia. Entoncges sentía que era parte de la escuela, y empezaron los recuerdos de cuando éramos estudiantes y, al mismo tiempo, las risas y el buen humor. Cuando cumplí los tres meses, en el departamento de Personal me pidieron que me quedara de planta en el periódico porque les había gustado mi trabajo, pero no acepté, pues en la revista *Época* me pagaban mejor y además era pesado estar en los dos lados por más tiempo. Así que me despedí, quedé en buenos términos, y ese mismo día cobré mi cheque por tres meses. Este dinero lo ocupé para tomar un pequeño descanso en Puerto Escondido, Oaxaca. Para ello, pedí unos días. Ya de regreso, continué con el ritmo anterior, es decir, solo con el trabajo de la revista, pues no necesitaba más para mi estilo de vida.

Capítulo 4.

Redacción y corrección de estilo en revistas

En este capítulo voy a exponer la manera cómo realicé la redacción y corrección de estilo para las revistas que editó la Facultad de Contaduría y Administración (FCA). Aquí solo laboré en los últimos tres meses de 1992. También explicaré la forma en que corregí en el semanario *Época de México, S.A. de C.V.*, durante nueve años, de 1992-2001. Asimismo, mencionaré las diferencias y similitudes entre ambos lugares, en cuanto al modo de trabajar. Los conocimientos para hacer la corrección de estilo son los mismos; pero los temas, los tiempos para mandar a imprimir y las herramientas de trabajo variaban bastante.

4.1 Facultad de Contaduría y Administración (FCA)

Siguiendo con lo que mencioné en el capítulo anterior, en la Facultad de Contaduría y Administración (FCA) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) solo trabajé los últimos tres meses de 1992, pues cubrí una incapacidad por maternidad. Mi amigo Agustín, uno de los editores en Provincia, trabajaba en la FCA y fue quien me comunicó de esta oportunidad. Me aclaró que solo sería de octubre a diciembre. En este mes se laboraba nada más la primera quincena, así que no sería tan pesado. También me dijo que mi jefa inmediata sería la licenciada María del Carmen Márquez González, secretaria de Divulgación y Fomento Editorial.

Ella me recibió con una gran sonrisa: “Hola, Elizabeth, mucho gusto. Mira, primero que nada me interesa saber si estás dispuesta a que se te pague hasta enero, pues son las políticas de la

UNAM. El nombre de la plaza es Técnico Académico Auxiliar, el horario es muy cómodo: de 11 de la mañana a tres de la tarde, de lunes a viernes”. Le dije que estaba de acuerdo. Entonces me explicó paso a paso cuál sería mi función en ese puesto; principalmente debía redactar y hacer corrección de estilo. Respecto al pago, para mí era un ahorro, y no me preocupaba porque tenía el sueldo de *El Financiero*.

Enseguida me presentó con el Jefe del Departamento de Planeación Administrativa de la FCA, el licenciado Óscar Lara Fournier, y con dos o tres compañeros más. Todos me dieron la bienvenida y me aceptaron con agrado. Después me llevó al que sería mi cubículo, donde tenía un escritorio y una computadora para mí. Al lado, se encontraba su oficina. Me dijo que cualquier inquietud, duda o problema, acudiera a ella. Siempre me trató bien y me apoyó en mi labor. Por cierto, el puesto se lo había ganado por su habilidad para solucionar todo lo relacionado con la edición. Además, tenía la inteligencia para llevarse bien con todos. Se distinguía por su comprensión y tranquilidad para pedirle a los compañeros que hicieran bien su trabajo. Frente a las dificultades, como me tocó ver en ese corto tiempo, se mostraba serena y segura de hacer lo correcto para salir adelante.

Aquí, el trabajo era distinto a lo que hacía en el periódico. Revisaba en computadora los textos que saldrían en varias revistas especializadas en temas de contaduría y administración; algunas se publicaban cada mes, otras cada dos, y había una trimestral, que me tocó terminar en diciembre. Los textos los escribían contadores y administradores, por lo que tenían muchos términos relacionados con estas áreas. Aunado a esto, la mayoría de los autores no escribía bien. Entonces sí debía meter mano en ellos para dejarlos claros, precisos y concisos.

Respecto a la redacción, debía escribir el contenido de los folletos dirigidos al estudiantado de esta Facultad. A veces, me basaba en la información que me daban o me decían de qué se trataba y lo redactaba con mis propias palabras. También le ponía la cabeza o título a los textos. Ahí se publicaba información como la siguiente: conferencias magistrales de gente reconocida en este ambiente, cursos sobre contaduría o administración y venta de libros. Asimismo, se anunciaban ferias, festivales o cualquier evento relacionado con la FCA. Todos estos textos también los corregía. Una vez que ya estaban listos, se los llevaba impresos a Carmen, o se los enviaba a su computadora para que ella diera el visto bueno.

Al principio, redactar me costó trabajo, porque solo me había dedicado a la corrección de estilo. Cuando ya tenía más experiencia y lo hacía con mayor facilidad, se acabaron los tres meses, más bien los dos meses y medio, pues de diciembre fueron 15 días. De momento, sentí alivio porque sí era cansado laborar en dos lugares al mismo tiempo, sobre todo por la distancia entre mi casa, el periódico y la FCA. Entre los tres recorridos, diario me pasaba casi cuatro horas y media en el transporte público, además de que únicamente tenía el sábado para descansar. En la FCA era de lunes a viernes y en el diario de domingo a jueves, lo cual implicaba tener menos diversión y menor tiempo para salir con mi novio.

De Ciudad Universitaria (CU), donde está la Facultad, salía corriendo para comer y después llegar a *El Financiero*, donde en esta época ya había mucho más trabajo y nos habían pedido que entráramos una hora antes, a las cinco, y saliéramos más tarde. De aquí salía entre las 10 y 11, por lo que llegaba a casa ya pasada la medianoche, pues el trayecto era largo. De la colonia Anáhuac, donde está el periódico, hasta Aragón, hacía regularmente una hora con 30 minutos.

En este lugar aprendí otras cosas. Cuando había pláticas o eventos en el auditorio de la Facultad, yo debía estar presente, lo cual me agradaba. De esta manera, iba conociendo gente, aunque nada tuviera qué ver con el periodismo. Sin embargo, me seguía llamando más la atención estar en *El Financiero*, pues sentía el ambiente más relacionado con lo que me gustaba, además de que el sueldo era mejor.

Si me hubieran preguntado cuál de los dos trabajos prefería, sin pensarlo, hubiera dicho que el del periódico. Ahora que lo analizo, de haber pedido la oportunidad para continuar en la FCA, quizá hoy en día, estaría gozando de las prestaciones que tienen los trabajadores de la UNAM. Creo que no era tan difícil volver porque quedé en buenos términos con mi jefa, ya que le gustó mucho mi trabajo y, por consiguiente, al licenciado Óscar Lara Fournier. En ese entonces, la chica que tuvo a su bebé volvió en enero, así que no había lugar para quedarme. Finalmente, también he llegado a comprender que, al menos en mi caso, la juventud no me permitió ver más a futuro, pues los trabajos los conseguí fácilmente, y creí que así sería por siempre.

Volví en enero para agradecer a todos mis compañeros por su ayuda y comprensión, y para despedirme. Aproveché para cobrar mi único cheque. Como ya había tomado mis vacaciones a finales de diciembre y principios de enero, en Cuba, la mayor parte del dinero lo ocupé para pagar un pequeño préstamo. El sobrante me sirvió para separarme del hogar de mis padres y pagar una recámara para mí sola en un departamento compartido con otras dos chavas, con quienes hice amistad; Josefina Plata, que venía de Michoacán y Cristina, oriunda de Pachuca. Compartíamos la cocina, la sala, el comedor y el baño. Antes de Cristina estaba otra chica, quien me dijo que una amiga de ella trabajaba en *Época*, una revista nueva, pero que era muy difícil entrar a laborar ahí.

Continué en *El Financiero*, y pasó todo lo que mencioné en el capítulo anterior con relación a este medio. Ahí seguí hasta 1992, porque vino otra nueva y mejor época.

4.2 Época de México, S.A. de C.V.

Seguía muy feliz en el periódico, pero como ya vivía fuera de casa, y esto significaba ser autosuficiente y responsable de mí misma, había asumido que no debía pedir ayuda a nadie, mucho menos a mis papás o hermanos. Por el contrario, todavía le daba una pequeña ayuda económica a mi mamá y deseaba darle más. Afortunadamente, siempre he sabido administrar mi dinero y mi tiempo. Pero en esta situación, aunque podía solventar los gastos, quería estar en mejores condiciones. Además mi horario (de 5 p.m. a 9 p.m.) me permitía buscar otra opción laboral, de tiempo completo, ganando más, o un empleo de medio tiempo en la mañana.

De nuevo, hice lo que las veces anteriores. Llevé mi currículum a varios lugares y le encargué a todos los conocidos que si sabían de algún trabajo, me avisaran. Entonces, Alberto Salamanca, un editor de *El Financiero*, me comentó que en la revista semanal *Época de México*, necesitaban un corrector de estilo. Dijo que me presentara con el periodista Hugo L. del Río, quien estaba en 1992 como Subdirector de Información. En ese tiempo el semanario se ubicaba en una casona antigua en Donato Guerra 19, en la colonia Juárez.

Llegué un jueves a las 10 de la mañana, sin cita. Me presenté con el señor Hugo. Un hombre alto, robusto, de aspecto rudo, quien inspiraba más temor que confianza a primera vista, por su actitud intimidatoria. Le comenté que Alberto Salamanca me había dicho del puesto de corrector. Enseguida me hizo un examen, el cual consistía en un dictado de 20 palabras. Cuando se lo entregué, me dijo lo siguiente: “Mire, no conozco al tal Alberto, pero eso no importa. Lo rescatable es que ha

sido la única que ha tenido dos errores. Han venido otros, pero resultaron verdaderamente brutos, y creo que alguno solo tuvo dos palabras buenas, ja, ja, ja... perdón por lo de brutos, ja, ja, ja”.

Esto, aunado al estilo tan especial de hablar del señor Hugo (su voz impostada y sus movimientos que acompañaban a esta), provocaron en mí una carcajada, a la cual él respondió con otra más. La situación me hizo sentir en confianza con quien sería mi próximo jefe. Además, ya con la sonrisa, su rostro pasó a ser tierno y simpático. Después de estos segundos, que me sirvieron para romper la tensión, prosiguió: “Me gustaría que estuviera un mes de prueba por las mañanas, así que no vaya a renunciar a *El Financiero*, hasta que yo le indique si se queda con nosotros. Por lo pronto, no vale la pena que empiece a trabajar en estos días, porque ya es cierre de edición. Habría que explicarle algunas cosas, y no hay tiempo para eso, pues andamos en el acelere. Mejor la espero hasta el lunes, a las 10 de la mañana. Su salida, lunes y martes, puede ser como a las 2 o 2:30 p.m., ya que no hay mucho por hacer. Los otros días sería a las 3 p.m., a más tardar, para que le dé tiempo de ir a comer y llegar al periódico con calma. ¿Está de acuerdo?”. El sueldo por cuatro o cinco horas diarias sería igual al del periódico.

Obviamente, no podía decir que no. El lunes 17 de agosto, a las 9:50, estaba en las oficinas de Donato Guerra 19, para firmar el memorándum por mi periodo de prueba. Había copia para Abraham Zabludovsky, Guillermo Mora Tavares y Rafael Cardona. Después me presentó amablemente con todos los que se encontraban al momento. Poco a poco fueron llegando jefes, coordinadores, reporteros, su asistente Mercedes y otra correctora, Alicia de Urquijo. Con todos me presentó.

Ese día solo revisé una o dos notas, pues el movimiento fuerte empezaría el miércoles, y aumentaba para jueves y viernes. El señor Hugo nos dijo a Alicia y a mí: “Compañeritas, para que no

tengan malos pensamientos mientras llega la chamba, les traigo estos cables para que redacten unas pequeñas notas, por favor, ja, ja, ja. No se espanten, la siguiente semana llegará una persona que se dedicará a esto, ja, ja, ja”. A mi jefe lo recuerdo con sus carcajadas, a las cuales siempre respondí, pues eso hacía mi estancia placentera en la revista. Otro factor importante es que también había mesa de corrección, donde se reunían reporteros y correctores. Estaba en la entrada de la revista. Era una mesa grande, de caoba.

Esto me permitió conocer a todos los empleados, pues por fuerza pasaban por ahí y nos saludaban. Me sentía feliz porque de nuevo tenía contacto con jefes, coordinadores, fotógrafos, formadores, las chicas de intendencia y con todos los reporteros, por quienes me enteraba hasta de lo que no me tocaba corregir en cuestión de política, sin necesidad de salir a buscar la información. Después de hablar de economía y política, la diversión se hacía presente, pues los chistes, bromas y buen humor surgían casi a diario. Todos ponían su granito de arena.

Cuando la mayoría guardaba silencio es porque Abraham Zabludovsky entraba, casi corriendo, con aire de señor poderoso, y siempre con prisa. Entonces asomaba su cabeza y se escuchaba su fuerte voz: “Buenos días a todos. Vengan a junta, por favor”, decía a los coordinadores. Subía veloz a su oficina, ubicada arriba de la Redacción General. Tomás, su chofer, se quedaba un rato en la redacción. Minutos más tarde, Abraham gritaba desde allá: “Tomásss, súbeme una botella de Hornitos”. Al pobre se le borraba la sonrisa en cuanto oía a su jefazo, y subía más rápido que inmediatamente a llevarle su antojito, que sacaba de un gabinete colocado en la redacción.

El único que tenía llave era él. Cuando abría el mueble, veíamos la fila de botellas de tequila con su etiqueta verde y sus letras rojas que decían Hornitos. Todas de medio litro. Al rato, bajaba el chofer, platicaba con nosotros y reía. Momentos después, se repetía la situación: “Tomásss, otra

botella". Luego pedía otra y otra. Antes de su noticiario de la tarde, en Televisa, Tomás salía corriendo, enseguida Abraham, ladeándose. Durante la transmisión de las noticias daba la impresión de que no había tomado nada. Esto sucedía todos los días. Zabludovsky regresaba por la tarde-noche.

En *Época*, el trabajo resultaba distinto a los anteriores. Corregía sobre papel y las notas se mandaban a los formadores para que ellos hicieran mis indicaciones. Si no quedaba bien a la primera, se volvía a enviar. Una vez que ya quedaban listas, daba el visto bueno. Durante el día, Alicia y yo lo hacíamos así. Entre lunes y martes, las dos adelantábamos lo más que se pudiera. A partir del miércoles, como a las 7 p.m. llegaban otros tres correctores: Angélica Rendón, a quien mencioné en la página 59. Cuando ingresó a la revista, el señor Hugo la adoptó como nieta; a su vez, ella decía que mi jefe era su abuelo. Los dos conversaban acerca de autores clásicos. Quizá por eso hicieron mancuerna.

Ricardo Palacios y Alejandro Pérez eran los otros dos correctores nocturnos. También habían estudiado periodismo. Los dos, al igual que Angélica, leían mucho. En general, el trabajo de ella no era tan bueno como el de ellos, quienes ya tenían mayor experiencia en esto y lo realizaban con soltura. Además de compartir sus conocimientos, tenían gran agilidad mental para inventar chistes a partir de los errores en las notas. Siempre estaban de buen humor y sus ocurrencias hacían reír a todos los presentes.

Paradójicamente, Angélica se complicaba mucho para trabajar, pues quería hacer tan perfecto todo que casi destrozaba las notas y las volvía a escribir. Contrario a la mayoría de los correctores que hasta entonces yo había conocido, se tomaba la vida muy en serio, al grado de que nunca la vi burlarse de alguien ni carcajearse por nada. Es una de las pocas personas con las que no

pude hacer amistad, aunque nunca me incomodó su presencia. Convivimos solo un par de años, pero el trato entre ambas fue cordial.

El turno de ellos empezaba a esta hora. El miércoles salían entre 10 y 11 p.m., pero el jueves laboraban casi toda la noche, así que terminaban el viernes temprano, como a las seis o siete de la mañana. A esa hora se iban a descansar y volvían a las 7 p.m. La función de ellos era volver a revisar todas las notas ya autorizadas durante el día, y si encontraban algún error lo mandaban de nuevo a corregir. Varias veces llegamos Alicia y yo el viernes a las 10 de la mañana, y ellos seguían ahí. Incluso don Hugo nos decía: “Chicas, no es necesario que se queden, ya solo estamos esperando lo último. Ya le chingamos duro toda la noche. No sean mal pensadas, ja, ja, ja. Así que pueden aprovechar el día para hacer algo más interesante que estar aquí, ja, ja, ja, ja”. Nos causaba risa que esto lo decía con una sonrisa pícaro. Claro que con mucho gusto nos íbamos rápido, no fuera que se arrepintieran. Si era quincena, con más alegría me retiraba de ahí.

Los cinco trabajábamos en Información General, pero había un corrector para cada una de las otras tres secciones: Mauricio Pérez estaba en Patrimonio, donde corregía todas las notas relacionadas con economía y finanzas; Ana Luisa, en Mundo, donde se publicaba lo más destacado a nivel internacional, y Alejandro Leal, en Camaleón, que era la parte cultural, la cual variaba. Podía salir información sobre libros, teatro, cine, deportes, música, espectáculos, exposiciones, etcétera. De ahí su nombre.

La ventaja de este nuevo semanario era que solo tenía un año de publicación, y que había seleccionado muy bien a su personal. Llamaron a buenos reporteros de *El Financiero* y de otros medios. Todos ellos escribían muy bien y casi no le hacíamos correcciones a sus notas. Entre los nombres que recuerdo, en Información General, están los siguientes: Noé Cruz, Jesús Belmont,

Margarita García Colín, Elisa Robledo. Como colaboradores estaban Mónica Lavín y Marco Aurelio Carballo. Por ello, me sentía en confianza en la redacción porque me encontré con gente que había conocido en el periódico y, de repente, era como una extensión del mismo.

En cuanto a mi labor, trataba de respetar el estilo de cada quien. Además, ya sabía cómo escribían los que venían del periódico. Sin embargo, los correctores de la noche, por querer demostrar que sí hacían bien su tarea, en ocasiones, cambiaban mucho las notas. Ricardo y Alejandro no tanto, pero Angélica sí. Esto provocó, dos o tres veces, enojo por parte de algunos reporteros, y con justa razón. A pesar de todo, siempre admiré a mis colegas por su excelente corrección, más por hacerlo en ese horario.

También surgían las críticas entre las correctoras de la mañana y los correctores de la noche, pues nosotras decíamos que ellos exageraban en sus observaciones, y que nunca quedaban las notas como nosotras las habíamos autorizado. Ellos, por su parte, decían que Alicia y yo no trabajábamos como se debía. Así que nunca llegamos a un acuerdo, y mejor nos reíamos. Para evitar algún conflicto, cambiábamos de tema. De todos modos esto no interfirió en nuestra relación de compañerismo. Respecto a esto, siempre he pensado que si los textos están bien escritos, corregir no implica modificarlos.

Un lunes, antes de cumplir el mes en el semanario, me llamó Hugo L. del Río a su oficina. Con su peculiar estilo, dijo: “Elizabeth, ha cumplido muy bien con la prueba. Renuncie a *El Financiero*, porque la necesito aquí de tiempo completo a partir del miércoles. La entrada será a la misma hora. De 3 p.m. a 5 p.m. puede ir a comer. Lunes y martes podrá salir más temprano, el miércoles normal, pero el jueves sí le voy a pedir que se quede más tiempo, y el viernes, si es necesario, también. Su sueldo aumentará al doble. Tiene derecho al IMSS, a un mes de aguinaldo,

un mes de utilidades, a 10 días hábiles de vacaciones el primer año, los cuales aumentan dos por año. Los días que se quede muy noche, se le pagará la cena y taxi. ¡Sea usted bienvenida a *Época*!, Ja, ja, ja. También debo mencionarle que de vez en cuando tendrá que redactar algunos textos porque los reporteros estarán ocupados y hay que echarles la mano”. Me hizo ojitos como un niño, y su rostro se tornó angelical, y de nuevo se oyó su ja, ja, ja.

El martes, por la tarde, renuncié al periódico, pero todavía laboré ahí. Le di la explicación a Carlos Ramírez del porqué, y le ofrecí una disculpa por no avisarle con más tiempo, pero que esto no había dependido de mí. Él dijo: “No se preocupe, Elizabeth, pronto contrataremos a otra persona. Por el contrario, le agradezco la atención de avisarme y entiendo su situación, porque, según sé, están pagando bien en *Época*. Además, le va a ir bien porque es una persona responsable. Así que le deseo mucha suerte. Dígale a mi asistente que redacte una carta de recomendación para firmarla, pues seguramente se la van a pedir”.

Quedé muy agradecida por su comentario. Aproveché para decir adiós a todos los compañeros, quienes también me desearon suerte. Al mismo tiempo que sentí feo despedirme, estaba emocionada porque iba a ganar el doble y la revista ofrecía buenas prestaciones. Contrario a lo que me había dicho aquella compañera que vivió en el departamento donde yo todavía rentaba una recámara, me fue fácil entrar al semanario. ¡Bien por mí!

Durante mis nueve años laborando aquí vi desfilar jefes, reporteros, correctores, fotógrafos y demás personal. Incluso en Información General, en ocasiones, habíamos tres o cuatro correctores durante el día. También me tocó cuando Abraham Zabudovsky le vendió la revista a Guillermo (Don Memo) Mora Tavares. Independientemente de que hubiera cambios de personas o no, yo siempre adquiría nuevos conocimientos, y mi trabajo seguía siendo el mismo. En aquella época, cuando don

Memo estaba como coordinador, decidió llevar a Lázaro Montes, un corrector jubilado del periódico *Excélsior*, quien me enseñó nuevas cosas relacionadas con nuestro idioma.

Don Lázaro era un hombre, cuya edad oscilaba entre los 65 o 70 años, de estatura mediana, vestido a la usanza de los 60, lo cual lo hacía ver elegante, pero anticuado. Diario usaba traje diferente, con una camisa bien planchada, corbata, zapatos boleados y un sombrero. A un costado de este siempre colocaba una pluma que le combinaba con el color de su pañuelo que asomaba en la bolsa superior del traje. Al escucharlo hablar, cualquier persona se daba cuenta que era un hombre letrado. Sus términos para expresarse no eran comunes. Además, su trato era el de un caballero, más con las damas. Cuando contaba sus anécdotas, a todos los que nos encontrábamos a su alrededor nos mantenía entretenidos, esperando con ansia el final de cada una, pues podía hacernos carcajear o admirarnos.

Lázaro Montes era un ser que me impresionaba por sus conocimientos. En verdad que lo admiré muchísimo porque no había palabra que no conociera. Sabía, al derecho y al revés, nombres y fechas de personajes. Cuando él llegaba, los correctores decíamos: “ahí viene la enciclopedia ambulante”. Y si traía bolsitas de Sanborns, era seguro que llevaba dulces, chocolates o alguna golosina para “endulzarnos la vida”, así nos decía. A pesar de todo, era modesto y nunca trató de hacer menos a los compañeros. Siempre compartió su sabiduría, y me explicaba con mucho detalle sobre lo que yo quería saber. Convenció al señor Guillermo Mora para que comprara el diccionario de María Moliner, libros de gramática, de corrección y una enciclopedia para la mesa de corrección. También pidió diccionarios de inglés y de francés.

Su paso por *Excélsior* fue loable, ya que llegó por primera vez a este periódico a los 16 años de edad para trabajar en los talleres, y poco a poco fue ascendiendo por sus méritos. Se formó de

manera autodidacta, leyendo libros e investigando sobre nuestro idioma. Por ello se quedó como corrector de estilo. Después empezó a escribir una columna llamada *Gramatiquerías*, en la que hablaba cada semana sobre algo relacionado con las dudas del español. Así que para mí fue un gran honor laborar a su lado. Usaba la enciclopedia para mostrarnos mapas o cosas que desconocíamos. Todos los correctores aprendimos de él.

Los primeros dos años en la revista fueron excelentes. Recibí buenas utilidades, aguinaldos. Cuando se hacía el anuario, un número especial con todos los eventos del año en curso, el cual salía en enero, me iba muy bien porque se empezaba a hacer un mes antes. Para ello era necesario ir los fines de semana, porque de lunes a viernes el trabajo era normal y no daba tiempo de avanzar con el anuario. Los correctores nos poníamos de acuerdo para ver quién iba el sábado y quién el domingo. El primer día lo pagaban doble, y el segundo, triple. Nuestro cheque nos llegaba el mismo día que la quincena.

Además, en esos días, me pagaban la comida. Si me quedaba más tarde, también la cena. En ocasiones, me daban el dinero en efectivo. Cuando los demás querían pizza o hamburguesa, pagaba la empresa el pedido. Sí me cansaba más en diciembre, pero una vez que recibía mi cheque me sentía bien recompensada. En aquella época, el dinero rendía, lo que permitió seguir ayudando a mi familia.

Uno de los hechos más relevantes que me tocó vivir durante el tiempo que estuve en *Época*, fue el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el 1 de enero de 1994, encabezado por el subcomandante Marcos. Un grupo de indígenas armados intentaron ocupar siete cabeceras municipales el mismo día en que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari.

Recuerdo que desperté y, cuando oí las noticias, ¡no podía creer lo que estaba escuchando! ¡¿Guerrilla en México?! ¡¿En Chiapas?! Tres años antes, mi madre y yo habíamos estado de vacaciones en Unión Juárez, un poblado de Chiapas, a dos horas de la frontera con Guatemala. Estábamos decididas a ir a conocer este país, pero los familiares del periodista Rodolfo Reyes (mencionado en el capítulo anterior) nos advirtieron que allá estaba la guerrilla y que nos podían desaparecer durante el trayecto. Preferimos no arriesgarnos. ¡Increíble, ahora la guerrilla la teníamos aquí mismo! ¡Qué tristeza se percibía en el ambiente familiar y social!

El lunes, cuando iba rumbo a *Época*, sentía angustia y miedo. Quizá la mayor parte de la población estaba igual que yo porque alcanzábamos a ver lo que nos esperaba: crisis económica, desempleo, y tal vez hasta una guerra civil. ¡Fue horrible! Cuando llegué a trabajar, ya tenían los boletos de avión preparados para los reporteros que iban a ir a cubrir este hecho. Hablaron a la casa de cada uno para avisar que llevaran maleta, alimentos y ropa para varios días, porque tenían que ir a Chiapas. Que olvidaran compromisos familiares.

Uno de ellos, quien solo llevaba dos meses en la revista, llegó a la redacción, pero nunca se esperó que ya le tuvieran boleto de avión para ir a cubrir la guerrilla en la Selva Lacandona. Su primera reacción fue de sorpresa; la segunda, de enojo e inconformidad. Él argumentaba, con un tono nada humilde, que no era justo que lo enviaran si había otros reporteros. Además, que no iba preparado con maleta porque nadie le había avisado con tiempo.

Entonces, sucedió lo nunca me esperé: ver a mi jefe enojadísimo. Generalmente, su andar era lento, pero en esta ocasión salió como rayo de su oficina, casi bufando y con su rostro rojo, lleno de cólera. Se dirigió al reportero, sin importarle quién estuviera y, de manera cortante, con un tono fuerte, le dijo: “¡Mire, le recuerdo que la chamba es la chamba, y que usted está para recibir

órdenes, las cuales están respaldadas por Abraham! ¡Desde el momento en que aceptó trabajar como reportero aquí, sabía que primero es el trabajo y después la familia y los compromisos personales! ¡Y sí se le llamó a su casa, pero nadie contestó! El vuelo sale en tres horas, si no le da tiempo de ir a su casa, se le dará más dinero para que se compre allá lo necesario. También le recuerdo que un buen periodista es el que se adelanta para conseguir la información, no aquél que está sentado, esperando a que lo lleven de la manita. Si no quiere ir, ¡dígamelo, pero en este preciso momento se larga!”. El regañado, ya también sonrojado, no sé si de enojo o de pena, aceptó ir. A su regreso, después de 10 días, tampoco supe si renunció o lo corrieron, pero jamás volví a saber de él. Hasta la fecha, nadie de mis conocidos sabe de su paradero.

Hugo L. del Río entró a su oficina. Más tarde, salió para ofrecernos una disculpa, y de nuevo sonrió: “Vaya, por Dios, de que hay pendejos, los hay, ja, ja, ja. Creo que es mejor volver a la normalidad, ja, ja, ja, porque no vale la pena acabarse por alguien así. Ya debería estar acostumbrado a tanta tontería. Lo de menos era decirle a este cabrera que se cancelaba el vuelo, pero ahora se chinga y se va a tener que aguantar el miedo, pues eso es lo que le pasa, el pobre tiene temor”.

Reporteros iban a Chiapas y volvían al D.F. Entonces yo los entrevistaba: ¿Cómo está la situación en San Cristóbal de las Casas? ¿Cómo ven el futuro de México? ¿Pudiste entrevistar al comandante Marcos? Etcétera. Así que sin estar en los hechos, me enteraba de todo lo que quería saber. Esto me parecía cómodo. Luego, al revisar las notas o reportajes aprendía otras cosas y solucionaba más dudas. Todo el año hubo notas relacionadas con los sucesos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y del encapuchado, el comandante Marcos.

Pensé que 1994 sería un año en el que habría recorte de personal a más no poder, incluida yo, por lo ocurrido en Chiapas. A mí no me despidieron, pero sí a varios compañeros. Lo que sí es que mi gran jefe, Hugo L. del Río, renunció (o tal vez lo obligaron a hacerlo), y en su lugar se quedó José Antonio Vázquez, quien estaba como editor. Un hombre de 36 años, de estatura baja, moreno, gordo, con voz varonil. Afortunadamente, también resultó ser una persona comprensiva y divertida. Él había laborado en varios medios de comunicación como redactor y editor, por ello su desempeño en la revista fue excelente.

Casi al mismo tiempo hicieron renunciar al mejor corrector. Algún coordinador dijo que tener ahí a un viejo decrépito (Lázaro Montes) no valía la pena, porque era un gasto innecesario. Así que de un día para otro, nos dijeron a los demás correctores que ya no le diéramos trabajo al “anciano”. Que mejor se fuera a descansar a su casa. A nosotros nos pusieron entre la espada y la pared. Entonces don Lázaro se sintió obligado a renunciar y no le dieron ni un quinto. Con esto, me quedó claro cómo las personas no saben apreciar la labor de un corrector de estilo.

Independiente de esto, permanecer ahí me permitió ver cómo se manejaba la información a partir de otros dos hechos muy lamentables en el país en 1994: el magnicidio de Luis Donaldo Colosio Murrieta, candidato a la Presidencia de México por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), y el asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, miembro del mismo partido, y otrora cuñado del expresidente Carlos Salinas de Gortari.

El miércoles 23 de marzo de 1994, estaba sentada a la mesa de corrección. Había otros compañeros. Siempre entraban llamadas telefónicas, y quien anduviera cerca, contestaba. Sin embargo, ese día sonó uno de los teléfonos, era el reportero Juan Manuel, quien estaba cubriendo la campaña de proselitismo de Luis Donaldo Colosio, llamada Acto de Unidad. Contestó el editor

Francisco Salgado (lo mencioné en el capítulo anterior, cuando estaba en *El Nacional*). Primero gritó: “¡No puede ser! ¡¿Estás seguro, cabrón?! ¡No se vale hacer esas bromas! ¡Qué poca madre! ¡¿A qué hora fue?! ¡¿En su campaña, en Lomas Taurinas?! ¡¿Cómo estuvo?! ¡¿Ya está en el hospital, cabrón?!”. Mientras sostenía el auricular con la mano derecha cerca de su oreja, con la mano izquierda se agarraba la cabeza y se jalaba el cabello. Se movía con desesperación. Todos en la redacción nos quedamos en silencio, esperando que colgara para decirnos qué estaba pasando. Yo sabía que Colosio se encontraba en Tijuana, Baja California. Cuando escuché a Paco, me quedé sorprendida porque entendía que algo terrible había pasado. Pensé que Colosio se había sentido mal, pero nunca imaginé lo sucedido al candidato a la Presidencia.

¡Todos estábamos paralizados y sorprendidos! Nadie aclaraba nada. La redacción se fue llenando de reporteros y del personal en general. ¡Todo era una verdadera confusión! La noticia era, más o menos, que a las 17:12 p.m., tiempo del Pacífico, uno de los casi cuatro mil asistentes al mitin, puso un revólver Taurus, calibre 38, cerca del oído derecho del candidato, y disparó. Un segundo disparo fue en el abdomen. Entonces cayó al suelo inconsciente, sangrando bastante de la cabeza. El grupo de seguridad capturó al supuesto asesino, Mario Aburto Martínez, de unos 25 años, complexión delgada, vestido con pantalón de mezclilla y chamarra negra.

A las 17:20 Colosio fue ingresado a Urgencias del Hospital General de Tijuana, pero clínicamente tenía muerte cerebral, así que ya estaba muerto, decían, aunque se realizaron maniobras encaminadas a tratar de salvar su vida. El Partido Revolucionario Institucional estaba perdiendo a su candidato presidencial, Luis Donald Colosio Murrieta. ¡No puede ser, qué poca madre!, seguían diciendo los reporteros.

Como a las 6 p.m., Abraham Zabudovsky entró velozmente, su saco le volaba. Su rostro denotaba preocupación. No saludó, solo dijo: “Atrás todo lo que ya estaba hecho. Este hombre está muerto, le dieron un balazo en la cabeza. Hay que hablar lo mejor que se pueda de él”. Subió corriendo y todos los jefes detrás de él. Se pusieron de acuerdo en cómo organizar el trabajo. A cada reportero se le encargó información relacionada con Colosio. Ese día me quedé más tarde y empecé a corregir unas notas, pero lo más fuerte llegó entre jueves y viernes. Finalmente, como a las 8 p.m., se confirmó la muerte de Luis Donaldo. Ya todos los medios lo sabían. Fue una semana pesada, sobre todo porque, de nuevo, el ambiente en el país se sentía tenso y había mucha incertidumbre en la población. Este hecho implicaba que la crisis aumentaría. A las 6 a.m. del domingo 27 de marzo, *Época* circulaba por todos lados.

Entre los dos sucesos mencionados, recuerdo que también tuve que trabajar el domingo 21 de agosto de 1994, cuando fueron las elecciones presidenciales. La revista normal ya estaba a la venta desde temprano, pero este número especial se imprimiría en la madrugada del lunes. En mi memoria guardo esta fecha con mucha emoción, pues trabajamos reporteros, fotógrafos, correctores y los jefes. Parecía día de fiesta o una reunión cualquiera. Llegamos vestidos de manera informal. Algunos de mezclilla, otros de bermudas, unos de tenis o hasta de sandalias. Todos cómodos porque nos esperaba una larga jornada. Mandaron traer pizzas, hamburguesas, tortas y refrescos. Veíamos la televisión, reíamos, contábamos anécdotas personales, en fin, era como estar en casa de alguien querido y de mucha confianza. Ya entrada la noche, supimos que había ganado de nuevo el PRI, y nuestro siguiente presidente sería Ernesto Zedillo Ponce de León.

A los seis meses del asesinato de Luis Donaldo Colosio, el miércoles 28 de septiembre del mismo año, a las 9:30 a.m., fue asesinado el abogado y político mexicano José Francisco Ruiz

Massieu, miembro del PRI. Esto sucedió en la Ciudad de México, después de haber asistido a una reunión con diputados electos de su partido, la cual se llevó a cabo en el Hotel Casa Blanca. Estaba a punto de abordar su automóvil cuando el joven Daniel Aguilar Treviño le dio desde atrás un disparo en el cuello. Horas después falleció.

Nuevamente, Abraham llegó a la revista. Se llevó a cabo el protocolo y se repartió el trabajo entre reporteros para reunir la información, y dedicarle el número a Ruiz Massieu. Otra vez la incertidumbre y el miedo se hicieron presentes en la población. En la revista me quedé más tiempo a corregir, y jueves y viernes fue pesado, pero ya empezamos a reír entre todos, porque decíamos muchas cosas para hacer ameno el trabajo: “¿Quién creen que siga, fulano, zutano o perengano? ¿Cuántos muertitos habrá en lo que resta del año?, ja, ja, ja, ja”. Después salía José Antonio de su oficina con otra ocurrencia: “Mientras no sea yo, no hay problema, compañeritos. Además, a mí no me dedicarían un número de *Época*, ¿verdad?, ja, ja, ja”.

Volviendo a un tema más agradable, otra ventaja que tuve en este tiempo es que mi jefe siempre llegaba cantando y bailando alguna canción del grupo Bronco, para hacernos el día menos tenso: “Con zapatos de tacón, las chicas se ven mejor que con zapatos de piso...”, o con la de Banda Machos: “Yooo gritéeeee... hay la culeeebra... si me muerde los pié ... ven paacá...”. Después de esto, volteaba a verme porque sabía que le festejaba con una carcajada. Entonces, él soltaba otra carcajada y decía: “Me encanta escuchar cómo se ríe, compañerita. Usted me hace sentir artista, ja, ja, ja”. Esto ayudó para tener una relación laboral amable, respetuosa y cordial, pero sin llegar a hacer amistad, aunque sí fui invitada a su boda en el salón Emporio, en Paseo de la Reforma. La fiesta fue un viernes, así que todos nos apuramos en la revista para salir lo antes posible e ir al festejo. Nos divertimos, pues la boda estuvo muy bien.

José Antonio sabía que podía contar con mi compañera Alicia y conmigo para quedarnos más tiempo cuando fuera necesario, por lo que nos compensó dándonos un día más de descanso a la semana. Mi fin de semana era de tres días: sábado, domingo y lunes. Alicia escogió el martes. Cuando la quincena caía en viernes, llegaba desde temprano con mi maleta y, al salir de la revista, me iba directamente hacia la Terminal de Autobuses del Sur, donde me veía con mi novio. Comprábamos boletos para un acapulcazo o íbamos a la TAPO y nos dirigíamos a Puerto Escondido. Estando allá, comprábamos boleto de avión para regresar el lunes a las 2 p.m. o 3 p.m., pues él entraba a trabajar a las 5 p.m. a *El Financiero*.

Otras veces decidíamos ir más cerca: Querétaro, Puebla, Cuernavaca, Hidalgo. En ocasiones también salía de la ciudad con mi familia o con amistades. En la etapa en que no tuve novio fue también agradable, pues era más fácil ir y venir sola a donde quisiera. Desde el momento en que me separé del hogar de mis padres me hice más autosuficiente e independiente. Así que me sentí afortunada en esta época porque tenía un buen sueldo y tiempo para divertirme y aprender mucho con relación a mi trabajo.

Para 1995, la situación en la revista empezó a decaer. Ya no aumentaron el sueldo y el ambiente se tornó un poco difícil. Corrían a la gente como si nada. De un día para otro ya no veíamos a algún compañero, pero nadie sabía nada. Esto también se prestó para burlarnos y reír entre tanta tensión. “Quihubo, cabrón, ¿aún estás aquí?, ja, ja, ja”. “Si mañana no me ven, no andaba de parranda, es que ya me *fueron*”. Cuando alguien se despedía nos decía: “Les deseo mucha suerte, por si ya no nos vemos”. “Ahora me ven, mañana no lo sé, ja, ja, ja”.

Nadie quería perder el trabajo, más porque con la crisis muchos compañeros de otros medios habían sido despedidos y no encontraban chamba rápidamente. Yo, al menos, tenía el

sueldo seguro y el IMSS. En 1996, un corrector de la sección cultural Camaleón, renunció. David Siller, el coordinador de la misma, propuso que en su lugar se quedara alguien de la revista porque no quería batallar con gente nueva. Se enteró de mí, y me mandó llamar: “Oiga, ¿le interesa estar aquí? La verdad es tranquila esta área. Saldría más temprano. Yo tengo un genio de la chingada, pero si usted es cumplida, como me lo han informado, no creo que tengamos problemas”.

Recordé frases célebres entre compañeros: “¿Quién soy yo para negarme esta oportunidad? ¿Con qué derecho me niego al placer de estar en esta sección?”. Hablé con José Antonio Vázquez de esto y me dijo que no le parecía que David me pidiera para Camaleón, pero que además ya estaba hablado el asunto entre coordinadores. Entonces le comenté que siempre me había llamado más la atención lo cultural que lo político, y que era mi oportunidad. Entonces dijo: “Compañerita, espero le vaya bien allá, y aguante a David Siller, pues dicen que es un cabrón. Me va a extrañar, porque no habrá quien le cante, ja, ja ja”.

En esta sección revisé notas sobre artes visuales, exposiciones, sociales, ópera, espectáculos, toros, presentaciones de libros, conciertos y demás temas interesantes. En general, estaban bien escritas por los tres reporteros: Gabriela Romero, Verónica Suárez y Fernando Argueta. También los colaboradores como Pepe Návar y José Luis Muñoz, entre otros, redactaban aceptablemente. Pese a lo que me habían dicho de David, me entendí con él y logramos buen ambiente entre todos. Apliqué la misma regla que con mis otros jefes: hacer bien mi trabajo, ser puntual, no meterme en broncas con nadie y festejarles todos sus chistes.

Durante 1996 siguió la crisis. Yo buscaba trabajo en otros lados, pero no me convenía irme porque me ofrecían el mismo sueldo que en la revista y por más trabajo, además tenía que checar entrada y salida. Al menos hasta esta fecha nunca había checado en ningún medio de comunicación,

lo que daba cierta flexibilidad para llegar un poco más tarde o salir temprano, según hubiera de trabajo. Incluso, en ocasiones me salía pronto porque algún conocido me encargaba corregir textos. Esto lo hacía en mi casa y me pagaban.

Por todo lo anterior, decidí permanecer en *Época*. Además, ahora mi compromiso era mayor porque un año antes tuve la suerte de que una amiga me rentara un departamento pequeño en la colonia Portales. Así que cumplía con otro objetivo en mi vida: vivir totalmente sola. Obviamente, implicaba pagar más de renta y por todos los servicios, pero eso sí, ¡realmente era feliz! Entonces no renunciaría tan fácil al trabajo, aunque no estuviera tan bien como al principio.

Con esta situación recordé lo que decía mi profesor Moisés Chávez: “Quemen cartuchos, jóvenes”. Por ello, empecé a buscar la manera de obtener otro ingreso económico, pero haciendo algo diferente al periodismo. Un día, en mi desesperación, compré plastilina e intenté modelar algunas figuras. Entonces, descubrí que tenía la habilidad para hacer flores y animales, solo que en miniatura. Después, mi vecina Marcela me proporcionó la receta para preparar pasta francesa para seguir haciéndolas. Esta tenía una consistencia de plastilina, pero una vez hecha la figura, minutos después, se endurecía. Mi hermano Carlos, que es artista plástico, me dio un consejo para que la pasta quedara más blanca y me enseñó a hacer mejor los alcatraces. Me compré libros de animales, de ahí fui sacando los detalles para hacerlos. Solo faltaba saber dónde venderlos. Mi hermana Mireya me sugirió que en Coyoacán.

Así fue como me convertí en artesana de Coyoacán, junto a los *hippiosos*. Sin conocer a nadie, poco a poco me metí en ese ambiente hasta empezar a vender mis figuras, sábados y domingos. Al principio no vendía mucho, y no sabía qué precio poner a cada pieza. Los mismos artesanos me dijeron cómo convencer a la gente para que comprara. Hacía alcatraces, girasoles,

rosas y tulipanes. Los ponía en floreros miniatura y gustaban mucho. Después hice gatos, perros, ranas, changos, patos, víboras, elefantes y toda clase de animales. Los ponía en tronquitos o varitas naturales. En poco tiempo las ventas se incrementaron, pues muchos compradores eran coleccionistas de miniaturas o de algún animal en especial. Los extranjeros resultaban ser buenos clientes porque los alcatraces los relacionaban con Diego Rivera. Algunas veces hasta me pagaron en dólares. También hice aretes con las flores, rosarios y muchas otras cosas. Todas se vendían muy bien. La gente admiraba mi trabajo y decían que era una artista. Mi economía mejoró, pero no renunciaba a *Época* porque al menos tenía Seguro Social y no me retiraba del ambiente periodístico.

Así estuve varios años. En Coyoacán, el tipo de gente era completamente distinto al de los medios de comunicación, aunque muchos artesanos también habían estudiado una licenciatura y laboraban entre semana. Con ellos aprendí la jerga de los vendedores en esta área, lo cual me ayudó para conocer otra pequeña parte de nuestro hermoso idioma. A un cliente le corregí un libro, muy mal escrito, y a otro, unos textos. Por supuesto que me daba mis fines libres para no agotarme, sobre todo cuando los compañeros de trabajo me compraban cosas entre semana.

En 1998, Abraham compró un edificio de cuatro pisos en Medellín 94, esquina con Álvaro Obregón, colonia Roma. Nos mudamos ahí. Todos parecíamos hormigas, empacando y llevando nuestras cajas con los materiales de cada sección. Al principio fue agradable, eran nuevos aires en ese lugar y había gente nueva. Zabludovsky ocupó el cuarto piso para él solo. Yo seguía en Camaleón, que se ubicaba en el primer piso. También estaban Patrimonio, la oficina de Guillermo Mora Tavares, Publicidad y Contaduría, donde pasábamos a recoger nuestros cheques cada quincena. En la planta baja estaban los departamentos de Diseño, Fotografía y Cromalines. En el segundo piso estaban Redacción General y el cuarto a donde llegaban los faxes. En esta época también me cambié

de Portales a Balbuena, pues mi hermano Javier se había ido a vivir a Toluca y me rentó su departamento, más bonito y más grande, por una cómoda cantidad. Para llegar a la revista solo tomaba trolebús, uno de ida y otro de vuelta. Disfruté mi estancia aquí, sobre todo porque tenía espacio para hacer muchas reuniones y fiestas.

Ya en la nueva oficina, me perdí el gusto de escuchar “Tomás,ss,ss...”. A Abraham, pocas veces lo volví a ver, pues llegaba directamente a su oficina y desde ahí su asistente llamaba a todos para que fueran a junta. Sabía que se encontraba en la revista por el horario o porque de repente veía a Tomás rondando por algún piso, esperando a que su jefe le gritara o le llamara por radio. También cuando no estaban los jefes en su lugar es porque se encontraban en el cuarto piso.

Época seguía publicándose, y nosotros nos manteníamos “contentos”. Tiempo después, Abraham vendió la revista, mas no el edificio, a Guillermo Mora Tavares. Entonces sí, la situación comenzó a cambiar, pero no para bien. Cuando Mora nos informó de su nueva adquisición, prometió grandes cosas, de las cuales ninguna cumplió; por el contrario, el salario siguió siendo el mismo, ya no hubo utilidades para nosotros. De aguinaldo nos dio, con muchos trabajos, una quincena. Hasta ahí, no había mayor problema, aunque esto me causaba malestar y tristeza.

A partir del 2000, empezó la peor época en *Época*, porque Guillermo Mora se salió de control con sus gastos personales y dejó de pagar a tiempo a los empleados. Los pagos los retrasó por meses. Entonces, decidí que ya era tiempo de salir de ahí. De momento no quería, me daba miedo, y además porque tenía la esperanza de que me pagaran lo atrasado. Supongo que sus más allegados o sus consentidos no padecían esta situación, pero ellos hacían la pantomima de que tampoco les pagaba.

Dentro de lo que cabe, estar con David Siller era cómodo. Después le pidió a Alicia de Urquijo que se pasara con nosotros, y entre las dos corregíamos Camaleón. Nos dejó que nos organizáramos para trabajar de la siguiente manera: una semana, yo entraba a las 10 a.m. y salía a las 3 p.m., incluía el horario de comida. Alicia, esa misma semana entraba a las 2 p.m. y salía a las 8 p.m. También ahí comía. La siguiente semana nos tocaba el horario inverso. Lo más pesado para las dos era el jueves, el día de cierre. Todo debía quedar listo en cromalines a más tardar a las 10 de la noche. Cualquier error, los diseñadores todavía podían quitarlo en pantalla. Las otras secciones se imprimían después.

Este horario resultaba agradable, incluso tenía más tiempo para hacer lo de Coyoacán. Empecé a vender mejor y, cuando mis compañeros se enteraron de lo que vendía, también me compraron figuras. Una ocasión, cercana a diciembre, empecé a hacer nacimientos en miniatura. Guillermo Mora me mandó llamar para encargarme uno. Se lo llevé y me lo pagó bien. De esta manera seguí combinando las dos cosas. Para seguir con mi ritmo de vida en cuestión de diversiones, a veces le pedía a mi jefe me diera el viernes para ir de paseo, pues ese día se adelantaba lo de la semana siguiente, pero no urgía. En ocasiones, solo hacía acto de presencia un par de horas y me retiraba pronto. Otras, sobre todo cuando la quincena caía en viernes, me iba a comer con mis compañeros y después me retiraba para ir a bailar o a la muestra de cine en la Cineteca Nacional. Prácticamente mi fin de semana era viernes, sábado y domingo.

Cuando me tocaba ir por las tardes, era mucho mejor porque David siempre se retiraba a las 3 p.m. Corregía tranquilamente, pues además ya no había reporteros ni nadie que me interrumpiera. El verdadero problema era que no nos pagaban a tiempo. Llegaron a atrasar el

cheque dos o tres meses, y sólo nos pagaban una quincena o dos. Mi jefe nos dijo que ante esta situación buscáramos otro trabajo porque no se veía buen panorama.

Alguien me informó que podía anunciarme en la bolsa de trabajo de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (CANIEM), la cual tiene afiliadas a más de cien editoriales. Un día, antes de llegar a *Época*, pasé a Holanda 13, en la colonia San Diego Churubusco, donde aún está la Cámara, y pagué para que me anunciaran por un mes. Nadie me llamó. Volví a pagar dos veces más. Por fin recibí la llamada de Patricia Guzmán, la jefa de Recursos Humanos de Grupo Editorial Vid, S.A. de C. V., quien vio mis datos en la publicación. Me citó la primera semana de enero de 2001. En el siguiente capítulo hablaré con más detalle acerca de mi trabajo dentro de esa editorial.

Capítulo 5.

Corrección de estilo en editoriales

En este capítulo voy a hablar de mi experiencia laboral en dos editoriales: Grupo Editorial Vid y Caligrama Editores. En la primera se publicaban historietas mexicanas, cómics y mangas (así se le llama al cómic en Japón); en la segunda, sólo cómics y mangas. Por ello, mi función principal consistía en corregir y adaptar los textos traducidos de inglés y japonés a español. Asimismo, mencionaré las diferencias y similitudes entre ambas editoriales.

5.1 Grupo Editorial Vid, S. A. de C.V.

Al día siguiente de que me llamó Patricia Guzmán, llegué a Pino 1, colonia La Florida, 10 minutos antes de la cita. La mujer alta, blanca, guapa, pero poco afable, me recibió en su oficina con una sonrisa forzada. Me hizo las preguntas de rigor. Entre ellas, por qué buscar otro trabajo si estaba en *Época*, revista que, según la opinión pública, funcionaba de maravilla. No me esperaba esa pregunta, así que tuve que decirle que la situación económica en la revista ya no era favorable. Después me llevó directamente al Departamento de Corrección, donde estaban Julieta Espinoza y Lucero Bladinières. La primera de ellas me aplicó el examen, el cual constaba de dos páginas y un dictado de 30 palabras.

Después de revisarlo, me dijo que lo había pasado bien. Me preguntó que cuándo podría empezar a trabajar. Por primera vez, no dije hoy mismo. Le mencioné que tenía tiempo libre hasta antes de las 2 p. m. porque laboraba en el semanario, y mi entrada era a las tres de la tarde. También

tuve que explicarle por qué buscaba otro empleo. Y, algo más, decirle que a partir de la siguiente semana, me tocaban 20 días hábiles de vacaciones, más ocho días de descanso, por lo cual había planeado ir durante 18 días a la Ruta Maya, con mi madre y dos de mis hermanas. Nunca esperé que me llamaran tan rápido de alguna editorial, por ello ya había organizado el paseo.

Consultó algo con Lucero, en voz baja, y le enseñó mi examen. Luego, me dijeron que esperara unos segundos, y las dos salieron del departamento. Regresaron minutos después con su jefe, el Director Editorial, Francisco Jiménez, y me presentaron con él. Un hombre de casi dos metros de estatura, sonriente, amable, pero muy directo. Me dijo algo que nunca esperé: “¡Qué tal! ¡Mucho gusto, Liz! Mira, me dicen las muchachas que has sido la única que ha resuelto bien el examen. Han venido otros, pero son muy ‘maletas’. Por ello, prefieren que tú te quedes en la editorial. Además, me comentaron cuál es tu situación laboral y que solo podrías venir por las mañanas. Yo dejé que ellas decidieran quién se quedaba, pues finalmente aquí van a estar las tres solas. Ellas consideran que es mejor tener a alguien de medio tiempo, pero que sepa trabajar, a alguien de tiempo completo, que se haga ‘güey’. Por mi parte, no hay ningún inconveniente. También me comentaron que ya tienes planeadas tus vacaciones para la siguiente semana, y estuvimos de acuerdo en que te vayas a tu paseo. Así que vamos a Recursos Humanos para dejar tu contrato firmado. Le decimos a Paty que te presentarás hasta el martes 6 de febrero, porque el lunes 5 es festivo”.

Patricia Guzmán, nos recibió con una sonrisa fingida. Paco le comentó sobre todo lo que me había dicho. A ella no le pareció nada, ni que yo trabajara de medio tiempo, mucho menos que dejara contrato firmado, y volver 20 días después a laborar. Entonces, Paco le dio la explicación del porqué, y ella no tuvo más remedio que seguir el protocolo. En la editorial tenía más peso él que ella, así que no tuvo opción. Antes de firmar mi contrato, dijo: “Te recuerdo, Paco, que va a estar a

prueba un mes y que no tiene derecho a ninguna prestación porque la voy a contratar por honorarios. En caso de que decidas si se queda de tiempo completo, ya entraría a nómina. Su sueldo será de tanto, y cobrará catorcenalmente”. Mi futuro jefe estuvo de acuerdo. Saliendo de ahí, volteó a verme: “No te preocupes, primeramente Dios, todo saldrá bien. Solo que esta chava la hace de emoción. Respecto a la chamba, las muchachas te irán diciendo cómo se hace”.

El sábado siguiente empezó mi paseo. Esta vez no tuve más dinero para ocupar todas las vacaciones, pero con eso me conformaba. Apliqué la frase que había escuchado alguna ocasión: “Hay que trabajar para vivir, no vivir para trabajar”. La Riviera Maya nos encantó y nos divertimos muchísimo. Conocimos el hermoso sureste de México. A Grupo Editorial Vid regresé el 6 de febrero, y a *Época* el 12. Mi horario en la editorial fue de 8:30 a 13:30, y el de la revista, de 15:00 a 20:00. Los jueves me quedaba más tarde. Saliendo de Vid, corría hacia Insurgentes para tomar un pesero que me dejaba más cerca del semanario. Comía rápido, y luego llegaba a la oficina a mi hora.

Las correctoras se encargaron de platicarme acerca de Paco, entonces fue cuando lo admiré mucho porque tenía casi 25 años trabajando en la empresa como Director Editorial. Fue uno de los empleados preferidos y reconocidos por la pareja de esposos y dueños de Grupo Editorial Vid, Yolanda Vargas Dulché y Guillermo de la Parra, así que tenía un lugar muy especial. Desde joven se interesó por los cómics. Lo entrevistaban bastante en radio y televisión, sobre todo cuando eran las convenciones relacionadas con los cómics y los mangas, como la TNT, en Tlatelolco, y en varios puntos de la ciudad. En dichos eventos, que aún se realizan, hay venta de cómics, mangas, ánimes, ropa, artículos de Japón, además de grupos musicales de jóvenes japoneses.

Paco siempre está presente en ellos, pues es una de las personas más conocedores de la historia del cómic y del manga. Aunque ya no es tan joven, convive, en la mayoría de los casos, con

chavos. Quizá por ello aparenta menos edad. A ellos van dirigidas esas publicaciones. A la fecha, trabaja para Caligrama Editores, promoviendo este tipo de ediciones en la República Mexicana.

Otra vez cambió el modo de trabajar. La editorial me gustó bastante; en primer lugar, porque ya tenía un sueldo mejor y seguro y, en segundo, porque el pago era catorcenal. Así que cobraba un viernes sí y otro no. El dinero me rindió más, y aunque en *Época* seguía mal la situación económica, no perdía la esperanza de que me pagaran lo atrasado. Así que me mantuve seis meses en las dos empresas. Con eso pude solventar mejor mis gastos, aunque ya no tenía el mismo tiempo para hacer las miniaturas y vender en Coyoacán.

Lo más interesante era que Grupo Editorial Vid, antiguamente Editorial Argumentos (EDAR), fue una empresa que se dedicó a publicar historieta en México y Sudamérica. La señora Yolanda Vargas Dulché creó una de las más conocidas, *Memín Pinguín*, en 1943. Se trata de un personaje inspirado en un niño cubano, negrito y travieso. El nombre es diminutivo de Guillermo y de pingo. En ese entonces el novio de la señora Yolanda, quien después sería su esposo, así se llamaba, y además era un pingo. El matrimonio formado por Yolanda Vargas Dulché y Guillermo de la Parra Loya fundó también su propia editorial. La revista *Lágrimas, risas y amor* presentaba historietas variadas, entre las más conocidas están *El pecado de Oyuki*, *Ladronzuela*, *Yesenia*, *María Isabel*, *Rubí*, *Cassandra* y *Rarotonga*. Algunas fueron adaptadas para televisión y otras para cine. A partir de los años 80, Grupo Editorial Vid enfocó su producción al material importado, que resultaba más barato, produciéndose un *boom* del cómic de superhéroes y el manga.

Desafortunadamente, con el último dueño, Manelick de la Parra, quien heredó la editorial por parte de sus padres, Yolanda y Guillermo, la empresa empezó a decaer, ya que no le dio la misma importancia que sus fundadores. Sin embargo, a mediados de los años 90, Vid vivió su

periodo de mayor éxito, teniendo las licencias de editoriales estadounidenses como DC Comics y Marvel Comics, sin dejar de lado los títulos como *Lágrimas, Risas y Amor* y *Memín Pinguín*.

Con Marvel se editaron los siguientes cómics: *Spider-Man*, *X-men* y *Avengers*. Posteriormente, *Daredevil* y *Wolverine* y; a inicios del 2000, publicaron la línea *Ultimate*. Al mismo tiempo, creció el interés por los mangas, pero *Vid* se enfocó casi exclusivamente a estos. A partir de 2005, vuelve a publicar la historieta mexicana: *Memín Pinguín*, *Lágrimas Risas y Amor*, y *El Pantera*. Grupo Editorial Vid publicó varias historietas, cómics y mangas. En 2006, Manelick de la Parra dejó como encargado de la misma al contador Miguel Ángel Lara, y entre los dos, con sus malos manejos económicos, dejaron caer rápidamente la editorial. Así que la peor época para Vid fue a partir de 2009, hasta que desapareció, en 2011. De haber quedado a cargo de personas más responsables, que se hubieran preocupado por la situación de los empleados, quizás todavía existiría la editorial, pero como dicen: El hubiera no existe.

Aquí se trabajaba de la siguiente manera: había cuatro coordinadores, Armando, Ulises Buenrostro, Carlo Angie (q.e.p.d.†) y Pedro Infante, quien nada tiene que ver con el ídolo mexicano. Paco, a cada uno, le designó historietas, cómics y mangas, al igual que a nosotras para corregir. Las tres correctoras marcábamos los errores sobre papel con los signos de corrección, pues nunca nos dieron computadora. Nos tocaba de los tres tipos de textos, por lo que debíamos entendernos con cada uno de los coordinadores. Estos, estaban en el mismo departamento que Paco. En ocasiones, por semana, cada correctora veía cinco o seis cosas al mismo tiempo. A veces, solo una o dos.

En el Departamento de Diseño imprimían solo el texto, tanto de historietas, cómics o mangas, sin imágenes. Entonces, entre Paco, coordinadores, correctoras y diseñadores debíamos trabajar en equipo. Primero, Paco le daba el material al coordinador. Luego, este lo mandaba a los

diseñadores. Después, ellos regresaban solo el texto, sin imágenes, a los coordinadores. Estos, nos los llevaban a nosotras. Una vez corregidos, se los regresábamos a ellos mismos. Estos, de nuevo, a los diseñadores. Siempre se laboraba de este modo, en forma circular, hasta que entregábamos al coordinador todas las páginas autorizadas y firmadas, ya con imágenes. En este paso, debíamos checar que el texto correspondiera a la imagen. El proceso podía llevar varias vueltas y varios días si no había urgencia; de lo contrario, le echábamos montón para que saliera a más tardar en un día si el texto no estaba tan cargado o, en dos, si había bastante y muy mal escrito.

Todos los textos, en el original, venían dentro de lo que se llama globo, las nubes que ponen para los diálogos de los personajes. El número de páginas era muy variado, podía ser entre 28, con las historietas, 50, con los cómics, y hasta 200 o 250 con los mangas. Y la cantidad de palabras dependía de cada uno de ellos. A veces, los mangas tenían hasta 20 globos por página y otras ocasiones solo cinco. Hubo un manga que estaba plagado de diálogos y costó mucho trabajo corregirlo, porque además de tener la letra muy pequeña estaba mal traducido.

En cuanto a las historietas, mi trabajo no implicaba mayor problema que corregir algún pequeño detalle, y actualizar datos, pues era reedición. Por ejemplo, si en *Memín Pinguín* alguno de los personajes decía que algo había costado 20 centavos, porque fue escrito en los años 50, yo ponía el precio actual, quizá 100 pesos. Además, las historietas no pasaban de 50 páginas y me gustaban mucho porque se manejaba un lenguaje coloquial, un poco de barrio y, al mismo tiempo, usaban palabras poco comunes, sobre todo en *Memín Pinguín* y en *El Pantera*. Algo muy loable es que no usaban ninguna mala palabra y hacían reír bastante. A quien le tocara corregir cualquier historieta, sabíamos que significaba divertirse y esperar con gusto el siguiente capítulo. De *Memín*, por ejemplo, fueron 327 números. Así sucedía con todas las historietas.

Corregir cómics también fue interesante porque salían en serie. Cuando me gustaban mucho, esperaba con emoción el siguiente número, hasta que llegaba el final. Los coordinadores me daban el original en inglés, junto con el texto traducido al español. En este caso, aunque no tenía suficiente conocimiento de aquel idioma, debía cotejar que la traducción correspondiera al texto original. Aquí sí empleaba mi lógica y el contexto dentro del cómic, pues generalmente los traductores lo hacían muy literal, por lo que debía adaptar el texto para que fuera comprendido por el público al que iba dirigido, sobre todo a los adolescentes. Cuando tenía dudas acerca del significado de una palabra, le preguntaba a mi compañera July, pues ella hablaba inglés. No recuerdo los nombres de tantos que revisé, pero sí me gustaron todos.

Algunos cómics norteamericanos habían sido traducidos en España. Aunque se supone que estaban en español, la traducción nada tenía qué ver con nuestra forma de hablar. En estos casos, era como volver a rehacer y adaptar los textos al lenguaje coloquial de México. Algunas palabras o frases eran como las siguientes: ¡Largaos! ¡Idos (vayan) lejos de aquí! Id (ir), a donde ya sabéis; fuistéis; llorastéis; ¡Jolines! ¡Ese tío tiene cojones! ¡Gilipollas! ¡No cogéis esa basura! ¡Que te den por culo! ¡Coño!, etcétera. Según los dibujos, mi intuición y mi lógica era como adaptaba estas expresiones.

Respecto a los mangas, también fue agradable porque eran series continuas. Se seguía el mismo proceso que con los cómics, con la diferencia de que al principio no entendía ninguno de sus signos en japonés. Poco a poco fui aprendiendo a comprenderlos. Las onomatopeyas también son distintas a las que usamos: por ejemplo, *guau, guau*, (ladrido), en japonés es *wuaa wuaa*, sin coma. El toquido en una puerta en español suena *toc, toc*; en japonés, *taka taka*. La traducción también se

hacía muy literal. Curiosamente, los traductores japoneses no lo hacían tan bien como los mexicanos.

Fernando, un joven de 21 años, quien había estudiado idiomas, hablaba perfecto inglés, francés, italiano, alemán, japonés y español. Su trabajo para Vid era excelente. Además de que no tenía faltas de ortografía, su traducción no era literal. Cuando venía su nombre en los textos traducidos, significaba que todo estaría ¡super bien! Él sabía darles el toque especial en español a los chistes que venían en japonés, pues obviamente aquí no tenían el mismo sentido. Considero que le ayudó mucho el hecho de saber bien el español, tener amigos nipones, con quienes hablaba para que lo sacaran de dudas, sobre todo, haber visitado Japón dos veces.

Todos los traductores trabajaban por fuera, por honorarios, así que les iba bien económicamente. En esos años todo se hacía de manera personal. Iban por material y lo regresaban a los dos o tres días. Casi cada semana hacían una traducción. Un dato muy curioso es que la portada de los mangas es lo que para nosotros, los mexicanos, corresponde a la contraportada. Entonces, se leían de atrás para adelante; por ejemplo, si un manga tenía 300 páginas, la número uno empezaba hasta atrás y la 300 era la primera. Yo cotejaba cada hoja con las traducciones.

Cuando alguno de los traductores no hacía bien su trabajo y me surgía una duda, entonces le comunicaba esto al coordinador que se encargaba de dicho manga. Él llamaba por teléfono al traductor, pues las redes sociales no funcionaban como ahora. Si este no estaba, le hablaban a otro. Si no encontraban a ninguno, a veces, yo resolvía el problema. Siempre me resultó perfecto, pues nunca hubo reclamo alguno.

El contenido de la mayoría de los mangas era educativo y tierno. En ocasiones, venían artículos en los que hablaban acerca de las costumbres de los japoneses. Entendí que también son

machistas y supersticiosos, que no demuestran sus sentimientos. Además, toman mucho sake, bebida embriagante hecha de arroz. En muchas situaciones son parecidos a los mexicanos, pero en otras son todo lo contrario. Algunos de los mangas tiernos fueron *Clover*, *Nana*, *Naruto*.

También está la contraparte, pues hubo varios con alto contenido violento o pornográfico, o con ambas situaciones. En uno de ellos, no recuerdo el nombre, la protagonista era una niña como de ocho años, con un rostro tierno y dulce, pero era todo lo contrario. Abría de un costado la pierna derecha, y salía una pistola, de la izquierda salía otra arma; ella fácilmente podía matar a la gente en su camino. Otro manga es *GTO (Great Teacher Onizuka)*, un joven profesor llamado Onizuka, quien se encargaba de hacer justicia, sobre todo contra el subdirector de la escuela donde él daba clases, ya que siempre quería abusar de las estudiantes. Incluso a la chica que más le gustaba a Onizuka, la acosaba sexualmente en el transporte público. Cuando lo descubría, lo echaba de cabeza y castigaban al director. Cabe mencionar que entre las correctoras y coordinadores, decíamos “te toca el OGT”, pues sonaba como palabra altisonante y resultaba gracioso. Otro caso es el de *Death Note*, una libreta en la que el nombre del que apareciera, moriría pronto. Había otro donde violaban a unas chavitas, pero lo peor es que los dibujos lo representaban tal cual.

En fin, podría mencionar otros cuantos, pero no lo considero necesario. De lo que sí estoy muy segura es que estos temas no me agradaban, no tanto porque me espantara, sino porque me parecía que el público al que estaban dirigidos podía tomar ejemplos de ahí para justificar acciones violentas. Pero a mí me pagaban por hacer lo mío, y punto. No podía hacer nada al respecto. Entonces, mejor me reía con mis compañeras sobre los temas y hacíamos el trabajo de manera divertida.

El ambiente con las correctoras de la mañana era tranquilo, sobre todo por Lucero Bladinières, una mujer alta, robusta, de ojos verdes y simpática, cercana a los 50 años, quien tenía su radio en el departamento para escuchar diariamente *El Fonógrafo... música ligada a su recuerdo*. Dos o tres veces por semana oíamos al locutor: “Y ahora, con ustedes, esta canción dedicada a la señorita Lucero, que se encuentra en estos momentos laborando en Grupo Editorial Vid”. Entonces, escuchábamos: “Aquelloos ojos veerdes, de mirada serena, la la laaaa lala...”. Y, enseguida, se paraba para hacernos ojitos, con sus grandes pestañas. Por supuesto, nos reíamos de esto.

No había día en el que Luko, como le decíamos todos, no llegara con un chiste o alguna ocurrencia. También cambiaba las palabras para hacernos reír. Diario era lo mismo. Julieta y yo nos atacábamos de risa. Además, fue una compañera que compartía sus conocimientos, por lo cual me recordaba a Lázaro Montes, el gran corrector de *Época*. Cuando yo tenía alguna dificultad con un texto, ella me respondía de buen modo, y me daba la explicación.

Otra cualidad de Luko era ser generosa. A menudo invitaba a alguno de nosotros a comer a su casa, donde nos esperaba Mauro, su marido jubilado, con una deliciosa comida preparada por él mismo. Algunas tardes, de regreso a la oficina, ella compraba conchas recién horneadas para disfrutar con un cafecito. Nos invitaba a Paco, a los coordinadores, a July y a mí. No conforme con eso, diario le echaba un aventón a dos o más compañeros al metro Portales, por donde ella vivía. Su padre (q.e.p.d.†) también había sido corrector de estilo en Grupo Editorial Vid, y le heredó esa habilidad, la cual la desarrolló muy bien, sin necesidad de haber estudiado una licenciatura.

Una gracia más de Luko es que abría un cajón de su escritorio y estaba repleto de dulces, chicles, chocolates, bombones y galletas. Estas no eran para repartir, sino para vender en la empresa. A las 9 de la mañana gritaba: “ya está abierta la lukotienda y hay lukocitas”. Enseguida se acercaban varios y ella sacaba su libreta para apuntar a los deudores, quienes le pagarían el día de cobro. “Esta cuesta un pesolukito, porque está chiquito”, “esto cuesta un pesolukote porque está grandote”, ja ja ja. Llegada la catorcena, cobraba con simpatía: “Tú, fulanita, me debes 20 pesolukos”, “tú, zutano, me debes la fabulosa cantidad de 50 pesolukos, pero como estoy de buenas, dame 49.50”, ja ja ja.

Al poco tiempo de conocernos, un día le expresé lo siguiente: “Ese lugar, donde tú te sientas, me gusta para mí. Entra bastante luz, y eso me agrada”. Me respondió con una carcajada: “Para que alguien esté en este lugar, va a ser difícilíissssimmo, querida”. Me hizo ojitos, y las dos nos reímos. A los seis meses de esto, renunció, y cuando quiso regresar, ya no la recibieron. Así que me quedé en el escritorio que ocupaba ella. Fue una lástima. Todos la extrañamos, pues nos contagiaba su alegría y buen humor.

En cuanto a July, la otra compañera, guapa, de 48 años, la situación era distinta. No sabía tanto en cuestión laboral como Lucero; sin embargo, me trataba bien. Hablaba muy bien inglés, así que nos sacaba de dudas rápidamente cuando urgía algo, esto nos ahorra tiempo porque ya no consultábamos el diccionario. Se divertía de lo que decíamos Lucero y yo, pero de repente también hacía comentarios graciosos. En general, el ambiente era relajado. Lo que no me parecía es que las dos se la pasaban “bailando la manzanilla”, mientras yo hacía parte de su trabajo. Como era nueva y salía temprano, no me percataba de ello.

Entre las tres acordábamos criterios de corrección. Yo llevaba lo aprendido en los periódicos y revistas, pero ellas solo habían trabajado ahí, por lo que hicimos nuestro propio manual. Como me di cuenta de que eran conflictivas, preferí sobrellevarlas, y jamás tuve discusión alguna ni desacuerdo con ninguna de las dos. Por el contrario, me decían que ya estuviera de tiempo completo, seguramente para hacer la chamba de ellas, pero yo seguía con la esperanza de que me pagaran los meses atrasados en *Época*, por eso no renunciaba.

Mientras tanto, con Alicia de Urquijo, la correctora de *Época*, la situación cambiaba mucho. Era una mujer no muy agraciada físicamente. Había estudiado licenciatura en arqueología o en antropología, además sabía inglés, nunca la escuché hablar, pero entendía bien por escrito. El francés también lo escribía y lo entendía, pero no sé si alguna vez lo habló. La relación entre las dos era cordial, a pesar de que desde un principio se portó egoísta conmigo. Alguna vez le pregunté el significado de una palabra. Ella, haciéndose la simpática, me respondió así: “Mira, mi querida Elizabeth, a mí me ha costado mucho trabajo, dinero y esfuerzo saber todo lo que sé. Y no me parece justo que alguien llegue, me pregunte y yo le responda como si nada. Por eso hay libros para consultar”. Con esa respuesta no me quedaron ganas de volver a preguntarle algo.

Esto sucedió en Información General, en la revista. Cuando volvimos a estar juntas en Camaleón, con David Siller, traté de sobrellevarla para laborar en armonía. Mi jefe nos repartía la sección en dos, así que nos tocaba corregir entre 10 y 12 páginas por semana, más otras cinco de adelanto para el siguiente número. De estas, no siempre salían publicadas, pero había que tenerlas listas. Entonces, me odiaba porque yo terminaba antes que ella, y decía que era porque no hacía bien mis correcciones. Sus comentarios nunca me lastimaron ni me preocuparon. A mí me parecía que en su afán de querer destacar y querer hacer todo perfecto, exageraba demasiado.

Con los textos de algunos reporteros, Alicia de Urquijo se tardaba hasta ocho horas corrigiendo una página, y luego decía con desmedido disgusto: “Este pendejo, pone el sujeto hasta el final. ¡Ay, (bufando) no puede ser! ¡Este estúpido (se jalaba el cabello), quién le dijo que se escribe así!” Después de ocho horas con la misma página y rezongando, decía: “¡Ay, mi cabecita, me duele, me duele! ¡David, corre a este reportero y consigue uno que sí sepa escribir! Mi jefe le respondía: “Sí, claro, Alichita, mañana traigo otro”. Me hacía ojitos y nos carcajeábamos. Entonces, Alicia, después de torcer la boca, también se reía. Algunas veces no se presentó a trabajar porque, según ella “el dolor de cabeza no la dejaba ver bien”, así que yo hacía lo suyo. Cuando David estaba de buenas, le decía: “Oye, ¿de casualidad no te llamas Alicia de Urquijo y hijo? ¡Porque cómo friegas!”. Ella, si también se encontraba de buenas, se reía.

A pesar de su “trabajo perfecto”, cometió dos o tres errores, pero hubo uno que le costó la burla de todos, incluso de Guillermo Mora. La pobre se enojaba muchísimo. Por supuesto que también cometí un error grave. Cambié la idea del reportero. Un lunes llegué a las tres. En cuanto mi jefe me vio, me dijo: “Hola, mamaticita (así me decía), ya te iba a correr por esto (me señaló el motivo). Habló el reportero y se quejó, pero vienes tan guapa, y con esa sonrisa tan hermosa, que mejor te perdono. Eso sí, que no se vuelva a repetir”.

Cuando Alicia lo escuchó, se levantó como cuete para decir lo siguiente: “¡¿Por qué no le repites lo que dijiste de ella durante la mañana?! Qué era una pendeja, que había hecho las correcciones con las patas. Que en cuanto llegara la correrías. Ándale, díselo. Sólo porque llegó muy arreglada, le perdonas todo, ¿verdad? Y a mí, que me lleve la chingada, ¿no? bla, bla, bla...”.

David, como él me lo había dicho, tenía un carácter explosivo, y ahí lo comprobé: “¡Alicia, te recuerdo que yo soy el jefe y yo decido si se queda alguien o se va! ¡Elizabeth, se queda! Si no te

parece, te puedes ir tú". Desde esa ocasión, ella se empezó a molestarse contra mí, cosa que nunca me preocupó, pues mi mentalidad siempre fue que yo iba a lo que iba: a trabajar. Lo que me ayudó para estar bien con David, fue laborar con gusto, ser cumplida, puntual y, sobre todo, festejarle todas las bromas que hacía. Aunque era vulgar, nunca me faltó al respeto. Siempre lo recordaré bien.

Alicia sintió el verdadero odio contra mí cuando me fui a Vid, porque no tuvo más opción que trabajar por la mañana, y yo por la tarde. Cuando se quejó con David, le preguntó que ¿quién era yo para hacer lo que hice? Mi jefe le comentó que si ella podía irse a otro lado, también lo hiciera, pues la revista no tenía para cuándo pagar. Además, le dijo que no me podía correr y que si lo hacía, ella tendría que hacer lo mío. Alicia comentó en la oficina que se vengaría de eso, pero afortunadamente cuando renuncié fue por teléfono y sólo hablé con mi jefe, así que no tuve que volver a verla. A la fecha, no sé nada de su vida.

En mayo de 2001, cuando ya habían pasado casi cinco meses en Vid, tuve dos oportunidades más de trabajo. En Comunicación Social de la Presidencia y en otra editorial. De esta me llamaron porque vieron mis datos en la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana. Otro excompañero de *El Financiero* me dijo de Presidencia. Entonces hice maña para ir a las entrevistas, porque estaba en los dos trabajos. Ocupé dos tardes; al fin y al cabo, en *Época* no me pagaban. A David Siller no le pareció, pero como se iba temprano opté por no avisarle y hacer lo más conveniente para mí.

Primero fui a Comunicación Social de la Presidencia, ubicada enfrente de la Residencia Oficial de los Pinos, en la colonia San Miguel Chapultepec. Una oficina nada atractiva: mobiliario anticuado, mesas con patas metálicas; separaciones con tablarroca; poca luz, con la que el piso gris

pasaba a ser gris oscuro. En pocas palabras, estilo burocrático. Ahí me entrevistó el coordinador del área, quien me dio un fax recién llegado para corregirlo. Estaba escrito, como decimos los correctores, “con las patas”. Así que lo arreglé lo mejor que pude. El señor quedó contento con el resultado, y después de enterarse de mi situación en la revista, me dijo: “Excelente su examen. Si le conviene laborar aquí, puede ser a partir de mañana. Pero antes debo plantearle bien la situación. Presidencia no está ofreciendo plazas, se supone que en dos años abrirán algunas, pero no es seguro. Por el momento, solo tendría derecho a su sueldo y seis días hábiles de vacaciones el primer año. El horario de entrada sí es seguro: a las 9 a.m.; el de salida, nunca lo va a ser. Se supone que es a las 7 p.m., pero usted bien sabe que quienes trabajamos en esto de la comunicación nunca podemos hacer planes con la confianza de poder cumplirlos. Habrá días en que salga a las 11 o 12 de la noche, pero al día siguiente la entrada es a la misma hora. También tendrá que hacer guardia algún sábado o domingo. El sueldo es de tanto (lo mismo que en *Época*, pero menos que en *Vid*, de tiempo completo). Me gustaría que se quedara con nosotros; de no ser así, hágamelo saber mañana a primera hora, por favor. Piénselo bien, pues si la revista no se va a componer económicamente, qué puede perder aquí”.

Me despedí y me fui pensativa. Por un lado, me llamaba la atención porque tendría contacto con reporteros y gente del medio periodístico. Sonaba más interesante decir trabajo en Comunicación Social de la Presidencia que en Grupo Editorial Vid. Además, estando ahí llegaría un conocido o alguien que pudiera echarme la mano para ir a trabajar a un mejor lugar. Si me daban plaza tendría muchas ventajas, pero la posibilidad era remota. Por otro lado, estaba la incertidumbre de que en cualquier momento me despidieran por un pequeño error y no me darían nada. Pero lo que realmente me desanimaba era dejar mi vida privada para estar dentro de una oficina más de

12 horas, y sin buen sueldo. Consulté con mi almohada y, a la mañana siguiente, hablé para decir que no me convenía.

Después fui a la editorial. Ahí me ofrecían el mismo sueldo que en *Época*, pero con un horario más extenso. Se trataba de corregir libros, pero no de escritores reconocidos, entonces no me interesaba. Después de la entrevista que me hizo una señorita, inmediatamente le dije que no me convenía laborar con ellos. En primera, por la distancia, pues quedaba por la delegación Tlalpan; en segunda, por el sueldo tan bajo; en tercera, por el horario tan pesado, de 9 a.m. a 7 p.m. o más tarde, en caso de urgencia. Aunque era de lunes a viernes, no me agradaba la idea. Finalmente, les di las gracias por haberme llamado y me retiré pensando en que ya era tiempo de decir adiós al semanario para quedarme solo en Vid.

Antes de renunciar, un viernes, conseguí una entrevista con Guillermo Mora Tavares para negociar que me pagara. América, su asistente, siempre me había dicho que no estaba y que me apuntara en una lista para que ella me avisara cuándo podía platicar con él, cosa que nunca pasó. Entonces, me salió la parte interna de un periodista: conseguir una entrevista, usando mi ingenio. Llegué con América, y le dije que David ya no estaba, pero que había problema con una nota, que me permitiera pasar. “Solo son dos minutitos”, le supliqué. Casi no había nadie en la revista, porque estaban llegando de comer y de cobrar el cheque que nos habían dado, además muchos salían temprano. Finalmente él autorizó que yo entrara.

De frente, después de un saludo cordial y una sonrisa, fingida, de parte de ambos, le dije el verdadero motivo de mi visita: “Vengo para decirle que me pague los cuatro meses que me debe, pues nunca he fallado como empleada y me merezco ese dinero. No le estoy pidiendo de su bolsillo, sino lo que me corresponde”. Al instante, se le fue la sonrisa, y me dijo: “Tienes derecho a pedirlo,

pero lo que no me gustó es la forma en qué mentiste para entrar a la oficina. De todos modos, te prometo que el lunes te los doy”. Le respondí: “Le recuerdo que estudié periodismo y, aunque no soy reportera, me gusta conseguir entrevistas”. Volvió a sonreír y me dio la mano para despedirme. Agregué: “Espero me cumpla lo del pago”. Obviamente, no me lo dio de manera voluntaria. Fui a Conciliación y Arbitraje, y un mes después me llamaron para pasar a recoger mi primer cheque. Al siguiente mes, me volvieron a llamar para ir por el resto. Con esto, me alcanzó para cumplir otros de mis propósitos, de los cuales hablaré más adelante.

Salí contenta por mi logro. Recorrí todo el edificio, porque sería el último día que estaría ahí, pero a nadie se lo diría. Era mi despedida, en silencio, así que tenía mis sentimientos encontrados: tristeza, alegría, desilusión. Había decidido hablar por teléfono el lunes para agradecerle y decir adiós a David, solo a él. Ya no valía la pena hacerlo personalmente, además ya estaría de tiempo completo en Grupo Editorial Vid. Mi exjefe se molestó porque lo hice de esta manera y me pidió, de mal modo, que al menos fuera esa semana para terminar con mi trabajo mientras conseguía a alguien más. “¡No seas cabrona, no puedes dejar así como así la chamba! Alicia se va a poner como pinche loca porque no se esperaba esto”. Como le estaba hablando desde Vid, le dije lo siguiente: “¿Sabes qué? Ya decidí quedarme de tiempo completo aquí. En la revista me deben mucho dinero y nadie se preocupa por pagarme. Entonces a mí tampoco me interesa quedar bien con ustedes. Antes di que te avisé, pues tú sabes que me gusta todo derecho y que el trabajo no me espanta, pero en este caso no se lo merecen. Además, estoy chambeando. Así que gracias por todo y te deseo mucha suerte”. Estas fueron mis últimas palabras para él.

Mientras tanto, en Vid, la situación mejoró. Paco me llevó de nuevo a Recursos Humanos, con Patricia Guzmán, le dijo que yo estaría de tiempo completo porque mi trabajo había sido bueno.

Que me explicara todo lo necesario respecto a las prestaciones. Él salió y me dejó con Paty. Ella tuvo mejor actitud que la primera vez. Su sonrisa fue natural, y me dio la bienvenida de manera formal, pues durante los meses que llevaba ahí nunca llegué tarde y jamás hubo problema, ni con mi trabajo ni con mis compañeras. Además, una vez que platicué con ella me comentó que su mamá coleccionaba miniaturas. Entonces le llevé varias figuritas de las que yo hacía para que se las diera a la señora. Desde esa ocasión su actitud para conmigo fue más amigable.

“¡Felicidades! ¡Ahora sí ya eres empleada Vid! Tienes derecho a ganar el doble de salario, por catorcena; aguinaldo y utilidades; el horario es de 8:30 a.m. a 5:30 p.m., de lunes a viernes; si llegaras a laborar horas extras, se te pagarán; no trabajarás días festivos; tienes diez días hábiles de vacaciones el primer periodo, dos más por año; vales de despensa cada mes; Seguro Social; seguro de gastos médicos mayores y seguro de vida. Algo muy importante, aquí hay caja de ahorro, por ello se te descontará el 13% de tu sueldo, y al final de año se te dará el doble de dinero. Esto es obligatorio. Tu crédito saldrá en lo que corrijas y se te dará un ejemplar de cada uno. Para una mejor convivencia entre los empleados se hacen concursos, y al departamento que gane se le dan vales de despensa. Cada mes la empresa festeja a los cumpleaños con pastel y café o atole, en el comedor. En este, diario hay galletas y café para todos, puedes tomar las tasas que gustes, siempre y cuando no abuses con el tiempo. Vas, te lo preparas y te lo llevas a tu oficina. En el comedor hay refrigerador, horno de microondas, mesas y sillas para que los empleados calienten sus alimentos. El horario para comer lo establecen en cada departamento, según el jefe y las necesidades del área”.

Más amable, me inspiró confianza y, a partir de esa fecha, mantuve una relación agradable y de comprensión de parte de ella para conmigo, pues nunca me negó permiso alguno y mis vacaciones siempre me las respetó, lo cual no sucedía con la mayoría de los empleados, según los

comentarios de mis compañeros. Considero que mi honestidad y la manera de negociar las cosas me ayudó, no solo con Paty, sino en muchas situaciones. A pesar de lo anterior, nunca hubo amistad, simplemente nos llevamos bien durante el tiempo que estuvo en la empresa. La despidieron como dos años antes que a mí. Tampoco he vuelto a saber de ella.

Prosiguió explicándome: “Claro que para tener estos derechos, debes cumplir muy bien con tus obligaciones, ¿verdad? Si checas tarde tres veces al mes, se te cuenta como un día sin goce de sueldo. Si pides un permiso para salir temprano o para llegar tarde, debes pagar con tiempo; es decir, tienes que quedarte más tarde de tu horario normal el día o días que tú decidas, ¿correcto? Con tu jefe ya te pondrás de acuerdo en la forma de trabajar. Si hay algún problema contigo, él me lo hará saber y se tomarán cartas en el asunto. En tu caso no lo creo, pero es algo que se debe decir a cada persona que ingresa a la empresa, ¿te parece?, ¿alguna duda? Si surge alguna, con toda confianza vienes a preguntarme”.

No tuve dudas. Entonces firmé el contrato formal, y los papeles relacionados con los seguros de vida. Puse a mi mamá y a una hermana como beneficiarias en caso de que yo “colgara los tenis”. Después de esto, me dijo: “Eso es todo por el momento, gracias y espero que siempre estés contenta con nosotros. Bienvenida a Grupo Editorial Vid”. Me despidió hasta la puerta. Subí al Departamento de Corrección para seguir trabajando, pero feliz por las prestaciones que iba a tener, lo cual me permitiría volver a hacer nuevos planes de vida.

Con este trabajo tuve la oportunidad de satisfacer bien todas mis necesidades, porque contaba con un buen sueldo y era seguro el día de pago, lo cual se combinaba con mi manera de organizar el dinero y el tiempo. Además, volví a cambiar de domicilio para estar más cerca. Ahora vivía a dos calles del metro Eugenia, en Narvarte, en un minidepartamento. Este, lo arreglé bonito.

Le mandé poner piso, zoclo y lámparas. Compré muebles pequeños y puse muchas plantas, por lo que todas las personas que lo conocieron decían que era la casa de muñecas. La editorial quedaba a dos estaciones, cerca del metro Zapata. De aquí me iba caminando. Tenía la idea de comprar carro, pero cuando calculé los gastos que implicaba tener un auto, me di cuenta de que gastaba lo mismo que en radiotaxis y en estacionamientos. Para mí sola era más cómodo no tenerlo porque no tenía dónde guardarlo, el trabajo me quedaba cerca y, además, nunca me perdí de nada por no tener automóvil. Estuve siempre en los eventos importantes de la familia y de mis amistades.

El horario no era tan cómodo como el de *Época*, pero tenía libre de las 5:35 en adelante, más los fines de semana y días festivos. A mi mamá le daba una ayuda económica, a mis hermanos cuando lo necesitaban, también. Podía pagar la renta del departamento. Me daba tiempo de echar novio, de convivir con mi familia, con amigos. De hacer comida para unos y para otros. Asistía a ver algunas películas de la muestra en la Cineteca Nacional. Para llegar a ésta caminaba desde la calle de Pino, donde estaba la empresa. Llegaba a las 6 p.m. y entraba a la de las 6:30. Iba a tomar café con amigos por las tardes. Un tiempo tomé clases de baile (nunca aprendí bien), pero de todos modos todos los jueves iba a bailar a un antro, cuando podía también los viernes. Los sábados tomaba clases particulares de natación.

En el Celex de UPIICSA, que pertenece al Instituto Politécnico Nacional, ubicado en avenida Té 950, colonia Granjas México, estudié inglés unos meses, pero seguí sin aprender bien. En la Casa de Cultura de Santa Catarina, en Coyoacán, pagué dos cursos de pintura. Solo pinté dos o tres cuadros. En la Academia de San Carlos, en Academia 13, tomé dos cursos de Anatomía Artística; en una exposición colectiva participé con una mano, un esqueleto pequeño y un cráneo.

Algunos fines de semana me la pasé encerrada, solo por el placer de hacerlo. No aceptaba invitaciones a ningún lado porque quería estar sola. Como vivía en un quinto piso, compraba todo lo necesario para no salir ni por el pan. Me dedicaba a ver películas o a estar tirada en mi cama leyendo, limpiando o simplemente haciendo algo diferente. Aunque soy muy sociable y de familia numerosa (mi mamá, nueve hermanos, cuñadas, cuñados, sobrinos), la soledad siempre ha sido mi aliada. Así que disfruté sola muchas de mis actividades, como bailar, nadar y viajar. Esto para mí ha sido mi mejor cualidad, porque procuro no depender de nadie y ser independiente para todo y, al mismo tiempo, puedo adaptarme a estar con mucha gente.

Muchas veces, los viernes de pago, cuando el lunes siguiente era festivo, llegaba con maleta en mano a la oficina para irme directo a alguna terminal después de salir. A las 6:30 podía ir camino a Puebla, donde me esperaban mi amiga Adriana y su esposo Said; a Querétaro donde está mi hermana Mireya; a San Miguel de Allende, donde me recibía mi amiga Chela; a Cuernavaca donde tenía otros amigos; o con Sandra a Taxco; a Oaxaca sola o con mi mamá. Así que seguido lo pude hacer, con invitación o sin ella, pues yo tenía para pagar hotel. En esta etapa no iba mucho a Coyoacán, pues mis gastos los solventaba satisfactoriamente.

El trabajo me gustaba e iba siempre feliz. Jamás me descontaron un quinto porque nunca llegué tarde ni falté. Corregía hasta 200 páginas con poca información, a veces con mucha. Esto variaba; sin embargo, nunca me importó la cantidad. De todos modos yo organizaba mi tiempo para salir a las 5:35 a más tardar. Recuerdo haber salido una vez a las 11 p.m., porque urgía un manga de 250 páginas, pero me pagaron horas extras, comida y radiotaxi. Aun con todo esto, siempre preferí mi horario normal.

Además de todas estas ventajas, la empresa nos organizaba, en el comedor, un desayuno mes con mes para festejar a los cumpleaños. Luego, en enero, se partía la Rosca de Reyes. Para febrero, era el desayuno con tamales. En abril, se festejaba el día del niño. Lo mismo sucedía para el día de las madres y del padre. De ahí hasta septiembre, nos organizaba una comida el 14, para festejar las fiestas patrias, pues el 15 no se laboraba. Mandaban hacer pozole o chiles en nogada y todos comíamos a la misma hora. Para cada aniversario de Grupo Editorial Vid contrataban un salón, con comida y música para bailar. A veces había rifas, nunca gané algo. Lo mismo sucedía para cada fin de año. Primero nos hacían una comida en el comedor y después, ya en grande, contrataban la Hacienda de los Morales o la Exhacienda de Tlalpan o cualquier otro buen lugar. También había excelente comida, música, regalos y diversión.

Como comenté, el ambiente era agradable; sin embargo, Lucero renunció por enésima vez. Siempre la recontrataban, pero esta ocasión le falló y no la llamaron de nuevo. Entonces, quedé en su lugar y me pidieron que llevara a algún conocido para que supliera a Luko. Mi amiga Mónica Lagar, quien había sido diseñadora en *Época*, me dijo que Gabriela Cruz, otra correctora que aún laboraba en la revista, era excelente en este trabajo. A ella la traté una o dos veces en el semanario, y no sabía más de su vida. Le llamé y sí la contrataron rápido. Esto fue poco antes del 11 de septiembre de 2001, cuando ocurrió el atentado a las torres gemelas, en Nueva York, Estados Unidos. Las dos estábamos muy preocupadas porque no sabíamos qué nos deparaba. De repente nos quedamos sin correcciones, pues los cómics llegaban de aquel país. Creímos que nos dirían que hasta ahí llegaba nuestra chamba, pero seguimos y, poco a poco, fuimos recobrando la calma. El trabajo también fue llegando y fue un gran respiro.

El día del ataque a las torres gemelas, las dos vimos las noticias en la televisión de la editorial. En primer lugar, nos dio miedo por todo lo que esto implicaba a nivel mundial: la economía, la situación laboral, la situación social; en fin. Más bien sentíamos terror. En segundo lugar, nos lamentamos de que las cosas en *Época* estuvieran tan mal; de lo contrario, decíamos, estaríamos viviendo de otra manera la información. Quizá ella hubiera corregido eso. Yo no, porque estaba en Camaleón. En tercer lugar, era la preocupación de nuestro trabajo, corríamos el riesgo de que nos dijeran que ya no fuéramos.

Gaby estudió periodismo y era una chava muy preparada, pues había trabajado en periódicos. Corregía con entrega, y era buena su labor. Para mi mala suerte, también fue muy egoísta y no compartió sus conocimientos conmigo, a pesar de que yo la había llevado a Vid. Solo en caso de que ella tuviera una duda y se la resolviera bien, entonces sí me contestaba algo que yo quisiera saber. Un día, me dijo: “¿Sabe qué, *silenciada* (en vez de licenciada, y nos hablábamos de usted)?, a mí me costó mucho aprender lo que sé porque fui a varios talleres. Así que si usted quiere saber tanto como yo, pague sus cursos”. Igual que con Alicia, me quedó claro que no podía contar con ella para que me resolviera dudas.

Por cierto, a ella le debían más que a mí en *Época*, y nunca le pagaron. Un día me comentó que yo había causado admiración en el semanario por haber logrado una entrevista con Guillermo Mora y conseguir que me dieran mi dinero, pues a la mayoría no los recibió en su oficina, mucho menos les pagó. Ella decía que la suerte estaba siempre de mi lado. La orienté para que hiciera lo mismo que yo, pero no funcionó. Al menos ya estaba en mejores condiciones laborales que otros excompañeros nuestros a quienes no les pagaron y aún no tenían nuevo empleo.

Así que extrañé más a Lucero y tuve que acostumbrarme a la forma de ser de Gaby. Entre ella y yo nos echábamos unas buenas charlas cuando no teníamos tanto trabajo. Nos entendíamos mucho a nivel periodístico, lo que no sucedía con Lucero y July. Como ella había trabajado en otros medios, entonces descubrimos que teníamos varios conocidos en común. Nuestras pláticas también eran reflexivas y tratábamos de analizar tal o cual situación, según nosotras. En ese sentido era muy amena y podíamos conversar horas.

En nuestro departamento solo estábamos las tres, quizá por ello logramos un ambiente bueno, sobre todo cuando nos burlábamos de las palabras mal escritas. Por ejemplo, había un traductor que siempre ponía (tubo), del verbo tener. La única vez que lo puso bien, fue por error de dedo. Fue tanta mi confusión, que les dije: “Ya no sé quién está mal, si él o yo. Ahora que lo puso bien, ya hasta dudé, ja, ja, ja...”. Las tres soltamos una carcajada al unísono. Cualquiera decía algo chistoso y nos reíamos mucho. Algunas veces, los compañeros de otros departamentos, se quejaron con mi jefe por nuestras risas, a pesar de que estábamos muy apartadas de los demás, pero nunca nos llamaron la atención por ello, pues de cualquier manera siempre entregamos el trabajo a tiempo. Incluso Paco, de vez en cuando nos iba a ver y con él reíamos más porque era muy simpático en su forma de hablar.

Cuando terminaron de pagarme lo de *Época*, una parte la ocupé para mis primeras vacaciones en la editorial, en 2002. Fueron 10 días hábiles más seis de los fines de semana; en total, 16. Esta vez invité a una hermana y a mi mamá a algunos lugares de Veracruz; Tecolutla, Papantla, El Tajín. Disfrutamos bastante las tres, además de que comimos delicioso. De regreso, me dio tiempo de ir sola a Querétaro y a San Miguel de Allende, donde aprendí muchos albures y chistes en un

antro. Regresé a laborar bronceada, relajada, con nuevos chistes que contar a mis compañeros, recuerdos para los más allegados y muy contenta.

Este mismo año, en octubre, se hizo la convocatoria para el concurso del día de muertos. Se trataba de usar una calabaza, como quisiéramos. Mis compañeras se enteraron de que tenía la habilidad para hacer figuras con pasta francesa, y propusieron que nuestro departamento hiciera la figura de *Memín Pinguín*. La estuve ensayando hasta que me salió. July propuso, pero nunca colaboró en nada. Entonces entre Gaby y yo lo desarrollamos. Compramos una calabaza natural, de buen tamaño. Le cortamos la parte de arriba en forma de estrella para que quedara como tapa y fuera el techo de una casita, pues le hicimos ventanas y puerta. Le metí una rama como si fuera un árbol pequeño y en él coloqué a *Memín* columpiándose, con sus tenis mugrosos y su ropita sucia.

Con la misma pasta hice murciélagos, gatos, una brujita que iría detrás de *Memín*. Pusimos la casita muy tenebrosa, con ramas secas por fuera. Todos debían agacharse y ver al muñeco por una ventana. Cada que alguien lo veía, causaba admiración y ternura. ¡Qué bárbara, qué tierno! ¡Está increíble! ¿A quién se le ocurrió esto? Todos íbamos a los demás departamentos, pero el de corrección era el más visitado. Cuando llegó Manelick de la Parra a ver nuestro trabajo, primero soltó una carcajada, y enseguida dijo: “¡Órale, esto está increíble! ¡Genial, la cara es igualita! ¡Además sus tenis sucios, ja, ja, ja! ¡Felicidades! ¿Quién lo hizo?”. Le dijeron que yo, y días después fue a corrección y me felicitó.

Para dar los premios, nos citaron en el comedor. Manelick mandó traer tamales y atole. Después de desayunar, fue la premiación. Hubo tres ganadores; el tercero fue el Departamento de Diseño, con mil pesos en vales; el segundo, el de Administración, con dos mil en vales; el tercero, el Departamento de Corrección, con tres mil. Salimos en la foto con Mane y nos aplaudieron mucho.

A Gaby y a mí, nos fue bien, nos tocó la mitad a cada una. Por supuesto que a los del Departamento de Diseño, donde laboraban como 10 personas, les molestó que ganáramos porque decían que ellos habían hecho un gran trabajo y que no era posible que las correctoras se llevaran el premio. A Memín lo coloqué dentro de una campana de cristal y se la llevé a Mane, donde lo vi hasta el último día en que laboré en Vid. A él, le encantó ese detalle y lo agradeció mucho personalmente.

Lo del segundo cheque de *Época* lo ahorré para dos años más tarde festejar mi cumpleaños número 40, no el 20 de junio, sino hasta septiembre, en España. Comencé a hacer todo lo necesario para este viaje. Esta ocasión quería ir sola para probar qué se sentía estar tan lejos de mi familia tan querida y en un país extraño. Primero saqué mi pasaporte. Ahorré lo más que pude. Muchos fines seguí vendiendo en Coyoacán para llevar más dinero al viaje. En realidad con mi sueldo era suficiente, pero decidí ahorrar más. Hablé con mi jefe, tres meses antes, para negociar si me daban las vacaciones completas. Le comenté que estaba dispuesta a adelantar lo más que se pudiera de trabajo para que no hubiera problemas. Me dijo que no había inconveniente. Hablamos con Paty, y Paco le comentó que todo estaría bien porque yo adelantaría la chamba.

Entonces corregí mangas y cómics a manos llenas. A mi regreso, me di cuenta que mis compañeras me echaron hasta lo de ellas, pero yo lo hice con gusto porque me esperaba una gran aventura. Ahora eran 12 días hábiles, más seis días de tres fines, más 15 y 16 de septiembre. Como el vuelo salía un miércoles por la tarde, por Iberia, aún pensé en laborar ese día, pero mi jefe le dijo a Paty que me diera el martes para arreglar algún pendiente y el miércoles para que no llegara al aeropuerto con retraso, claro, sin goce de sueldo. Le argumentó que yo había dejado un buen adelanto, incluso me había quedado unos días después de mi horario. Así que ahora eran 14 días hábiles, ocho de los fines de semana, 15 y 16 de septiembre: En total, 24 días, pero por aquellos

lares solo 22. ¡Genial! Recordé lo que había dicho Gaby respecto a que la suerte siempre está de mi lado.

El viaje me ayudó muchísimo en lo personal, sobre todo porque había cumplido mi meta en varios aspectos: ir sola, conocer varios lugares, convivir con familias españolas, reír todo el tiempo, aprender otras costumbres, sentir mucha paz interior, comer tan delicioso como lo hice con esos platillos tan bien servidos. Todo esto me dio mayor seguridad para enfrentar la vida. Aunque iba preparada para andar sola, tuve la fortuna de que unos españoles, amigos de mi hermano Javier: Anabel, Pilar, Javier y Jesús, compartieran varios días conmigo. Incluso me prestaron un piso (departamento) para mí sola en Madrid y me pasearon en carro, lo cual nunca me esperé.

Jesús me invitó al Museo del Prado, a Toledo, a otros lados. Javier se encargaba de llevarme a conocer la vida nocturna, por lo que estuve en varios antros. En ocasiones, salimos los cinco, y no me permitieron pagar. Me trataron como reina. Fue como si hubiera estado más tiempo en aquel país porque dormía dos o tres horas por día. Así que me ahorré muchos gastos. Después fui sola a Córdoba, donde conocí La Mezquita; a Sevilla, a Granada, ahí estuve en la Alhambra, donde sentí tranquilidad y paz. Por último, a Barcelona, una ciudad increíble.

Respecto a mi trabajo, también llegué con un bagaje increíble, lo que me dio más armas para seguir en la corrección de estilo, pues ya podía entender mejor los cómics traducidos allá. En primer lugar, aprendí el acento de los españoles, el cual me encanta imitar. Observé muchos detalles cuando hablaban, pues cuando lo hacían parecía que estaban discutiendo, además de que el movimiento de sus brazos es exagerado. Todo esto da la impresión de que van a pelear, pero es solo su forma de ser.

En segundo lugar, aprendí cómo usaban unas palabras tan distintas para referirse a un mismo objeto aquí en México; por ejemplo: móvil (celular), lentillas (lentes de contacto), pitillo (cigarro), pajilla (popote), manteca (mantequilla), zumo (jugo), tostada (pan dorado), panocha (elote), tío (hermano de papá o mamá, pero también cuate, amigo), ordenador (computadora), piscina (alberca), entre muchas otras palabras.

En tercer lugar, aprendí cómo una misma palabra tiene un significado tan diferente entre los dos países. Por ejemplo: culo (aquí es una palabra obscena, pero allá es muy normal), piso (departamento), plata (dinero), billete (boleto), tortilla (huevo revuelto con papa), provincia (estado), barrio (colonia). Los diminutivos también son muy distintos; manecita, corpecillo, calentito, limpito, fresquito.

En cuarto lugar, entendí por qué siempre hacemos burla de los españoles, diciendo que son gallegos (tontos). Realmente la palabra significa proveniente de Galicia, pero no sé por qué se emplea de manera despectiva para todos los españoles. Este término se les aplica sobre todo cuando hablan con pleonasmos; subo para arriba, bajo para abajo, salgo para afuera y entro para adentro. También dicen cosas como las siguientes: “Si llegáis y no me véis, es que no he llegao, entonces tendríais que esperar”. “Si llamáis por teléfono a casa, y contesto es que sí estoy, sino, no”. Cada que los oía decir esto, me moría de risa. Obviamente, los amigos de mi hermano reían, pero también se indignaron por ello, y se burlaron de mis frases como: “¡Órale! ¡Qué padre! ¡Sale! Como tres de ellos ya habían venido a México, se acordaron de palabras como: Chido, neta, chale, ahiga (haya), güey y el orita (ahora). Dicen que el orita nunca llega porque los papás llaman a los hijos y estos siempre contestan orita voy, pero pueden tardar minutos u horas en ir. Total que nos

hacíamos burlas recíprocas. Esto, además de divertido, resultaba muy esclarecedor para ambas partes, desde el punto de vista del aprendizaje de modismos.

En quinto lugar, también me di cuenta de cómo los españoles hablan fuerte y con franqueza. Reclaman sin miramientos. “¡No echéis su carro de culo! ¡No cerréis la cochera, hombre! ¿Qué os pasa, tío? ¿Queréis o no queréis? ¡Vengaaa, tío! ¡Vale, vale! Al principio yo creía que estaban enojados y me sorprendía su tono de voz. A los meseros les hablaban fuerte, al mismo tiempo movían mucho sus manos, lo cual hacía parecer que estaban echando pleito, pero no. ¡¿Hombre, tenéis o no tenéis?! ¡Si tenéis, traedlo ya!

En sexto lugar, me di cuenta que los españoles valoran y defienden su lengua, porque están orgullosos de ella. Si introducen un anglicismo (palabra de origen Inglés que se integra al español y que no necesita traducción para ser comprendida) lo mencionan como se escribe, no como en inglés; por ejemplo: en Alzheimer, no mencionan la h como jota, sino como nuestra h muda; en vez de decir piyama, como nosotros, ellos dicen pijama; la palabra *business*, la pronuncian tal como está escrita. Lo mismo sucede con un galicismo (palabra derivada del francés e incorporada al español); carné (carnet, cuadernillo); première (estreno).

Sin embargo, en México, sucede lo contrario, ya que un gran número de mexicanos prefiere aprender otro idioma, sobre todo inglés, que el propio. La mayoría de los jóvenes no tiene ningún interés por aprender a escribir bien, porque dicen que si se dan a entender no importa si está bien escrito o no. Ahora, con los nuevos códigos para los celulares, menos les interesa aprender.

Algo que admiro mucho de España es que la mayor parte de la población habla español y un dialecto; por ejemplo, en Galicia hablan gallego; en Cataluña hablan catalán; en Andalucía hablan andaluz; en la zona vasca hablan el vasco. Así que casi todos son bilingües. Cuando un extranjero

llega a vivir a cualquier provincia, lo obligan a que aprenda el dialecto que se hable ahí. Esto ha ayudado a conservar su lengua natal. Considero que debería hacerse lo mismo en México, pero no es así.

A mi regreso, todos me recibieron bien y me felicitaron por mi logro. La situación laboral y de compañerismo en la empresa siguió fluyendo. Hubo bastante trabajo, seguí vendiendo mi artesanía de vez en cuando, más porque ya conocía a muchos *hippiosos* con quienes hice gran amistad y también me divertía escuchando su estilo de hablar. “Hola, amigaaa, te doy buen preeccio”. “Ira (mira), estos aretes nadien más los haceee”. “Chale, carnal, no te paaases”. “Por Dios que me salió bien chida esta pieeeza”. “Chido, amigoo, orita te arreglo la pulserita para que te quede al tiro”.

Al año de que regresé de España, vino Javier, el español que no conocía México. Se sorprendió de mi familia tan numerosa con la que convivió, y de nuestra comida. Probó de todo: mole, pancita, chilaquiles, pozole, tamales y toda clase de “engordina”. Por primera vez comió las tortillas (solo en México se comen) y tanto picante. Él nos hizo reír cuando pasamos por un puesto donde vendían elotes, y dijo: “¡Vaya, aquí sí que son grandes las panochas!”. Cuando soltamos la carcajada mi hermana, un amigo y yo, él no supo por qué. Le explicamos y no dejamos de reír un buen rato.

Como tenía planeado para el 2004 viajar a Canadá, estudié inglés unos meses, pero no aprendí tanto. Volví a hacer todo el protocolo con mi jefe y con Patricia Guzmán para el permiso de vacaciones. También trabajé mucho tres meses antes del paseo y, exactamente a los 11 meses de haber ido a España, fui a aquél país. Fue otra experiencia inolvidable, pues aprendí que allá hablan inglés y francés en varias regiones y muchas palabras de este último son parecidas a nuestro idioma.

Aquí me fui con mi amiga Lupita Becerril, quien tenía un hijo viviendo allá. Nos fuimos en *tour* durante 10 días y los cinco restantes estuvimos en el departamento de su hijo, en Montreal. Los días que me quedaron de mis vacaciones, los guardé para ir meses después a Manzanillo.

Para finales de 2004, en la empresa, hubo otro concurso para las festividades de Navidad, donde el personaje principal era *Memín Pinguín*. Esta ocasión Gaby y yo arreglamos el comedor con una chimenea de cartón. De esta salía *Memín* (lo hice con *foamy*) con una bolsa negra llena de regalos. Puse ventanas y cortinas. Hicimos botas navideñas y en cada una aparecía el nombre de un departamento. Llevamos piñata y regalitos. Todos disfrutaron mucho y nos felicitaron por nuestra idea. De nuevo ganamos primer lugar, y nos dieron tres mil 500 pesos en vales.

Para el 2006 se me ocurrió ir a Argentina porque había leído alguna vez *Rayuela*, de Julio Cortázar. Me costó algo de trabajo entender la lectura por el empleo del lenguaje. Esto me llamó la atención y quería ir a comprobar más cosas, además de escuchar el acento. Otra periodista, mi amiga Guadalupe Hernández, había ido como reportera de parte de *El Universal* a cubrir la situación económica por la que estaba atravesando aquel país. Me dijo que era buen momento para viajar hacia allá porque todo salía muy económico en comparación con otra época.

Al principio había planeado ir sola, pero cuando le comenté a mi amiga Sandra Páez, quien estudió periodismo en mi generación, y en ese tiempo laboraba en el área de internacionales del periódico *Reforma*, me preguntó si podía ir conmigo. Por supuesto que era excelente la idea. Entonces se contactó con un periodista de allá, Alejandro Pairone, y con otro conocido de ella, Patricio. Por cierto, Sandra estuvo cubriendo la guerrilla en El Salvador, en 1988 y 1989. De 1990 al 2000 estuvo laborando en Panamá en una agencia de comunicación. De 2000 al 2013, en el periódico.

Arreglamos todo en nuestros trabajos y nos fuimos solo 20 días porque a ella no le pudieron dar más vacaciones. La experiencia fue parecida a España por la forma en que hablaban. También aprendí muchas palabras que nos hicieron reír bastante. Por ejemplo, en una tienda decía: culeros (calzones) 2 x 1. Mi amiga y yo decíamos que en México todos eran gratis, y nos carcajeábamos; un joven taxista, cuando le pregunté por qué no iba a bailar, dijo con su singular acento: “Eso es para los más pendejos (jóvenes) que yo”. Sandra y yo volteamos a vernos con ganas de soltar una carcajada, pero intuimos que no tenía el mismo significado que para nosotras. El subte (subterráneo, metro); boletería (taquilla); plata (dinero); regalería (donde venden regalos); concha (vagina); ojotas (sandalias). Nos preguntaban: “Y vos, ¿de dónde sos?”. Cuando respondíamos, ellos decían: “¿De Mexicóoo?, debe ser lindo y espectacular”. El voseo también es común allá. “Hey, vos, ¿por dónde andás?”. “Cuántos años tenés, vos?”. El ché, palabra tan usual, la cual no usan con los extranjeros porque sería una descortesía. “Tomá lo bueno”, decía un espectacular en el estadio del Boca Juniors para anunciar Coca-Cola. Muchas palabras provienen del italiano, con un pequeño cambio, como laburo (trabajo); calzoni (empanada); penne (pasta). El diminutivo de caliente, se puede ver anunciado así: “Rico café calentito”.

Algunas palabras significan lo mismo en España y en Argentina, como plata, manteca, blanquillo (huevo). Por fin comprendí cómo siendo español, no es igual en todos los países en donde se habla este idioma y que muchas veces se puede prestar a confusión. En ciertos casos puede causar risa, pero en otros, una riña. Si un mexicano le dijera a una argentina que estuviera en México: “Pásame la concha (vagina)”, sería un insulto. Allá usan mucho la muletilla, “viste”. “Con la crisis, nos fue muy mal, ¿viste?”, “las cataratas de Iguazú son famosas desde tal fecha, ¿viste?”.

Para no olvidar muchos detalles de este tipo, traje un cómic, el cual no hubiera sido comprendido tan fácil para un mexicano, ya que era como los que me dieron a corregir, que habían sido traducidos de inglés a español de España. También compré el periódico *El Clarín* para ver cómo escribían los periodistas, y un libro escrito por Alberto Cortés. Haber estado en Argentina me hizo comprender mejor algunas lecturas. Cuando releí *Rayuela*, lo entendí mejor y ya tuvo otro sentido para mí.

En este país satisfice uno de mis mejores placeres en esta vida: comer. Sus platillos son variados y vastos, no como en mi México, lindo y querido, pero todo tenía muy buen sabor. El chorizo es tan delicioso como el pan de queso, los cortes de carne (bife) y las pizzas. También me eché un taco de ojo, viendo tantos hombres guapos. Por primera vez aprecié el tango, con su letra nostálgica. Sinceramente, no me gusta mucho, pero escucharlo en el lugar de origen y viendo cómo lo bailaban algunas parejas en los parques, en un mercado y en antros reconocidos, mi visión cambió al respecto.

Volví a México con más conocimientos en general, pero en especial con lo relacionado a las palabras y a su contexto, lo cual me ayudó mucho para la corrección de estilo. En Grupo Editorial Vid el trabajo seguía su ritmo, y yo el mío, cumpliéndome mis grandes placeres: el baile, la buena comida, dormir en paz, reuniones familiares, con amigos, fiestas, cine, cafés, natación y más... Aunque July y Gaby mantenían un trato cordial para conmigo, comenzaron las envidias por parte de ellas y no hicieron nada de los cómics que llegaron para mí. Entonces tuve bastante chamba la primera semana después de mi regreso, pero no me importó ni me quejé nunca, pues de todos modos procuraba terminar bien y a tiempo, sin olvidar mi propósito en la vida: trabajar para vivir, y

bien. Lo de Coyoacán no lo dejaba, más que nada por seguir viendo a mis amigos y porque un dinero extra no me caía mal; por el contrario, lo ahorra para mi siguiente aventura fuera de México.

Antes de esta, fui a varios lugares en la República Mexicana, como a Guadalajara y Barra de Navidad, en Jalisco; a la Peña de Bernal y Tequisquiapan, en Querétaro; a Chipilo, Atlixco y Cholula, en Puebla; a Tula y a La Palma, en Hidalgo. En todos estos sitios me divertí y a la vez aprendí nuevas formas de decir las cosas y nuevos acentos. Además probé guisados diferentes a otros lugares, como las tortas ahogadas, birria y mariscos frescos, en Jalisco; tortas de carnitas, en Guanajuato; cemitas de pancita, tamales de crema pastelera, tacos árabes, chalupitas y los verdaderos chiles en nogada, en Puebla.

A La Palma fui a una fiesta, a unos 15 años. El festejo fue como se estila en algunos pueblos de México. Los anfitriones nos dijeron con su acento gracioso, resultado de la mezcla entre su dialecto otomí y el español, que era algo muy sencillo: “solo matamus 13 burregos para hacer barbacoa, 300 pollus y le echamos 500 ilotes. Lo que sí es que preparanos harto moli del verdi y del roju”. Los que íbamos del Distrito Federal pensamos que era muchísima comida, pero ellos insistían en que no. Más adelante dieron órdenes: “en lorita les servimos. Ira, Panchito, síiiiiirveles aquí. Apetecan, apetecan. Ansina, traigan más pulquitu. Cuando aiga tortillas más calientes las trayes, Juan”. Entonces, yo estuve atenta para escuchar cómo decían las cosas y fue muy interesante, además de que me resultaba gracioso.

Para el 2007 decidí hacer otro viaje, aún no sabía bien hacia dónde. Cuando le platicué a mi amigo Pedro, contador en Hacienda, propuso que fuéramos a Europa, y me pareció buena idea. Él también había ido un año antes. Así que volví a platicar con Paco Jiménez para que me dieran mis 25 días de vacaciones y no hubo inconveniente. Paty Guzmán había vivido en Londres, entonces me

dio unos consejos para el paseo. Esta ocasión me fui del 12 de mayo al 6 de junio de 2007. Nuestro itinerario fue el siguiente: Londres, Inglaterra; París, Francia; Bruselas y Brujas, en Bélgica; Berlín, Alemania; Praga, República Checa; Venecia, Florencia y Roma, en Italia.

A pesar de que ninguno de los dos sabíamos más que español, nos lanzamos a ir por nuestra cuenta, pero esto significaba un mayor reto para mí, pues yo era la que intentaba negociar todo. Hicimos buen equipo. Pedro se orientaba muy bien y yo preguntaba con el poco inglés que había aprendido en UPIICSA, y con el mínimo de francés que recordaba haber estudiado 20 años antes en la FES Aragón. En Italia, él comprendía más que yo porque había estudiado un poco de italiano en la Universidad, también varios años antes. Claro que nos vieron la cara muchas veces por no entender ningún idioma, pero nunca nos pasó nada desagradable y siempre conseguimos buenos hoteles para dormir y buena comida.

En Francia me di cuenta de que muchas palabras son parecidas al español y, aunque la pronunciación es muy distinta a lo escrito, pude entender muchos señalamientos y varios letreros. Por ejemplo: *hotel* (hotel), *hôpital* (hospital), *metro* (metro), *fraises* (fresas), *banana* (plátano), *cerises* (cerezas), *café* (café), *entrer* (entrar), *chocolat* (chocolate). Otras, me causaron risa, como *culotte* (calzón), *piquet* (estaca). También hay palabras parecidas al inglés, pero pueden significar lo mismo o no: *orange* (naranja), *bleu* (azul), *bon weekend* (buen fin de semana), *ok* (está bien).

Durante nuestra estancia en Italia, alcancé a entender muchas cosas habladas y otras escritas, porque algunas palabras son parecidas al español. Además, muchos términos que usamos en México son italianos: *spaghetti*, *pizza*, *panini*, *lasagna*, *graffiti*, *ópera* (obra), *óleo* (aceite), aunque cambie la pronunciación.

Donde no entendí nada fue en Bélgica, pues hablan holandés, que es como una combinación de tres idiomas. Algunas palabras suenan parecidas al inglés, otras son fuertes como el alemán y otras son suaves, como el francés. En Praga, donde hablan checo, tampoco comprendí nada. Casi no pude descifrar palabras, salvo dos o tres. Todo este cúmulo de experiencias fue increíble, pues pese a que ninguno de los dos sabía bien otro idioma, de nuevo mi intuición y mi inteligencia, más el sentido de orientación y perspicacia de Pedro, nos permitieron salir adelante. Entonces comprobé que el fin de la comunicación es darse a entender, ya sea con señas, de manera corporal o con unas cuantas palabras.

Otro factor que considero muy importante para la comunicación, en mi caso, es reír, pues la risa es como un idioma universal. En estos países, donde la gente es fría, cuando nos vieron carcajear, nos acogió con más agrado, incluso algunos hasta sonreían, algo muy raro. Nos causaba mucha desesperación que nadie nos entendiera, pero a la vez nos moríamos de risa porque nos parecía gracioso que otro ser humano no nos comprendiera. En la actualidad, cuando mi amigo y yo nos vemos, siempre sale este tipo de recuerdos y nos carcajearnos como si acabaran de suceder.

En el 2008 solo viajé a Manzanillo, y después a Juquila, Puerto Escondido y Oaxaca, Oaxaca, porque debía ahorrar mucho más para viajar en 2009 hacia el oriente, específicamente a Japón. Me llamaba la atención por ser una cultura tan distinta a lo que había visto en otros lados, y porque me serviría para entender mejor el contexto de cada manga. Esta ocasión iría en grupo, con guía en español, porque ahí sí era necesario, pues no entendía ni pío de japonés. Sin embargo, mis planes ya no los pude cumplir porque Manelick de la Parra dejó a Miguel Ángel Lara como encargado de la empresa. Desafortunadamente, este hizo mal manejo de la misma y empezó la decadencia de Vid. Comenzó por quitar el fondo de ahorro, que era lo más fuerte para mí para salir de viaje.

Después nos quitó los vales de despensa, más adelante el IMSS. Poco a poco fue acabando con todo. Entonces, a finales de 2009, viendo así la situación, empecé a buscar otro trabajo, pero ninguno me convenía, pues pagaban menos y por más tiempo, incluso los sábados.

Mi amiga Sandra, quien seguía en el *Reforma*, me dijo que necesitaban un corrector. Sonaba muy rimbombante el nombre, además estaría de nuevo entre periodistas, pensé. Fui con una amiga de ella, quien me aplicó el examen. Al revisarlo, dijo: “Te felicito, Elizabeth. Solo tuviste tres errores, el problema tal vez sea tu edad (45 años), pero eso lo puedo negociar, yo sé cómo. A mí me interesa alguien como tú para que corrija la primera plana. En Recursos Humanos me mandan a puro chavo, pero están muy verdes, y son pendejos hasta la madre. Ninguno ha podido resolver bien el examen, así que si les muestro tu resultado podrán entender que es mejor una persona con experiencia que un chavito mamón que se quiere comer el mundo”.

Todo sonaba excelente; sin embargo, mi ilusión de estar otra vez en un medio de comunicación, se iba haciendo más remota cuando me dijo cuáles serían las condiciones: “Si aceptas, obviamente, debes renunciar a la editorial, porque aquí entrarías a las 12 a.m., y la salida puede ser entre 12 p.m. y 2 a.m. Solo te tocaría lunes o martes de descanso y el sueldo es de tanto (lo mismo que en Vid). El horario de comida no es fijo. Si el trabajo urge, puedes encargar una torta o chilaquiles o algo para que comas rápido. Tenemos el teléfono de una señora que lo puede traer. Son tres meses de prueba, si la pasas, tendrías base, prestaciones y dos días de descanso, también entre semana. Es probable que aumente el salario para esa fecha”. Cuando vio mi cara de desilusión, me dijo que lo pensara muy bien.

Hasta aquí, me pareció que la situación podía meditarla y aceptar la chamba, pero cuando me dijo las siguientes palabras, ya ni lo pensé: “Tu jefe sería (no recuerdo el nombre, pero era un

uruguayo o argentino). Es un hombre preparado, joven, estricto, y si hay algo que le molesta bastante es que la gente ría en horario de trabajo, porque esto distraería a los empleados. Te lo digo de una vez, pues Sandra me ha comentado que te gusta reír mucho. En este momento, puedes ver que cada quien está dedicado a su labor. Más que nada es política de la empresa”.

Esto sí fue el acabose, ya que en vez de ganar iba a perder todo: Trabajo cómodo, mis tardes libres, fines de semana y, sobre todo, mi risa y mi hora para comer tranquilamente una comida en forma. Así que me sorprendió y me disgustó tal situación, ya que en todos lados me habían permitido hacerlo porque no había intervenido con mi labor dentro de cada empresa. Además, acostumbré a mis jefes a salir siempre a la misma hora a comer. En la editorial elegí el horario de 1:30 a 2:30 p.m. Incluso, cuando Paco iba a Corrección a la 1:35, él mismo me decía que ya saliera a comer.

Definitivamente, le dije a la amiga de Sandra que no me interesaba trabajar bajo esas condiciones por el mismo sueldo. Le di las gracias por su atención y me disculpé por hacerla perder el tiempo. Ella insistió en que lo pensara porque había la posibilidad de un aumento salarial para ese puesto. Le respondí que para mí el trabajo debe ser divertido; de no ser así, es muy pesado hacerlo. Otro de mis lemas, agregué, es que “para una vida relajada, no hay más que una carcajada”. Nos reímos en ese momento, pero me hizo la seña de taparme la boca cuando se oyó un shuuuu, en la redacción general. Entonces, comprobé que de verdad no iba a reír nunca en el periódico y salí sin remordimiento alguno por decir NO.

A Sandra también le di las gracias por su buena intención para que yo fuera parte del *Reforma*. Más adelante, me confesó que el ambiente era desagradable porque había argentinos con buenos puestos y sueldos elevados, pero no sabían nada de periodismo. Los que hacían el trabajo

fuerte eran los mexicanos y con salarios mucho más bajos. Poco tiempo después, ella tuvo un accidente de trabajo, por lo que le dieron unos meses de incapacidad. Cuando volvió a laborar, le dijeron que pasara por su cheque porque ya no requerían de sus servicios, pues habían conseguido a una chica más joven y con la mitad de lo que ella ganaba.

Mientras tanto, en Vid la situación cada día iba peor. También empezaron a retrasar los pagos, no como en la revista, pero sí 15 días o un mes. Pensé que ya era tiempo de hacer algo distinto, con posibilidades de ser independiente, pero que de momento me ayudara con lo económico. Por ello, decidí estudiar los sábados cultura de belleza. Empecé a pagar clases particulares para cortar cabello. Mi familia me apoyó permitiendo que practicara con ellos. En esto tampoco faltaron las carcajadas, sobre todo cuando no me quedaba bien un corte.

Cuando me liquidaron en la editorial, en el 2010, seguí estudiando de tiempo completo, pero no me alcanzó para terminar los cursos, ya que son caros y el material también. Entonces, me vi en la necesidad de laborar en la estética a la que yo asistía para que me arreglaran, en la misma calle donde vivía, Pitágoras. La dueña era Beatriz de la Portilla. Yo no gastaba ni en pasajes ni en comida. Subía a mi departamento a comer a la 1:30. Rara vez lo hice a deshoras por el trabajo. Durante un año trabajé aquí y también me gustó mucho porque el ambiente y el lenguaje con los clientes era versátil. Había médicos, enfermeras, maestros, periodistas, abogados, albañiles, vendedores, panaderos, amas de casa, contadores, administradores. Llegaban jóvenes o adultos. Mientras les cortaba el cabello o les hacía un servicio, las preguntas periodísticas surgían: ¿Quién? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué? y ¿Para qué? Generalmente, los clientes contestaban de buen modo. Cuando ya agarraban confianza, yo me volvía psicóloga, enfermera, consejera, doctora corazón, periodista y, algunas veces, hasta correctora de estilo con los trabajos de los estudiantes.

Nuestro bello idioma aquí tuvo un gran peso para mí, ya que por el modo de hablar y los términos que utilizaba cada persona, reconocía a qué se dedicaban. Varios clientes quedaron agradecidos conmigo por haberlos escuchado y aconsejado acertadamente. También me preguntaban por el significado de algunas palabras y cosas relacionadas con el periodismo. Cuando no sabía la respuesta, les decía que para la siguiente visita ya se las tendría. Todo esto se completaba cuando se iban contentos por mi trabajo. Así que las propinas y halagos no faltaban.

Sin embargo, este tipo de trabajo no me dio lo que yo esperaba, ni solvencia económica ni tiempo para divertirme, ya que laboraba de lunes a sábado de 10 a.m. a 8 p.m. o más tarde. Apenas cubría mis gastos de comida, renta, ropa, agua y luz. Esto me obligó a rechazar muchas invitaciones de amigos. Encima de todo, Bety tenía un carácter poco accesible al principio, lo cual se me dificultó porque casi siempre había tenido jefes y con ellos me entendía con facilidad para la cuestión laboral. Con el tiempo llegamos a ser amigas, incluso tuvimos charlas amenas.

Para el 2011, comenté a mi familia los inconvenientes de mi situación en este trabajo. Entonces, mi hermana Mireya, quien radica en Querétaro, me dijo que me fuera a vivir allá (más adelante hablaré de esto).

5.2 Caligrama Editores

Para Caligrama Editores laboré pocos meses, de septiembre de 2013 a febrero de 2014. Fue en mi nueva etapa de estudiante (el capítulo siguiente estará dedicado a este tema), por lo que sí me urgía trabajar. Esta ocasión tampoco tuve que batallar para que me llamaran, ya que mi exjefe, Francisco Jiménez (Paco), me localizó y me invitó para que hiciera corrección de estilo en esta empresa en la que él aún colabora como Director de Contenidos.

También me dijo que la dueña de esta editorial era Sonia Batres, quien había sido directora de Grupo Editorial Vid una temporada. Hace cuatro o cinco años ella le propuso a Paco que trabajaran juntos, porque le interesaba introducir cómics y mangas en su editorial. Sabía que era la persona indicada para esta labor, pues nadie como él para entender la historia de éstos, además de que tiene la habilidad para manejar el área editorial y, por consiguiente, tiene muchos contactos, tanto nacionales como internacionales. Conoce gente relacionada con la edición, correctores de estilo, traductores de inglés y japonés, diseñadores, dibujantes. Cuando le pidió a él que consiguiera al personal necesario para llevar a cabo su proyecto, Paco buscó gente con experiencia. Entonces le platicó de mí y ella dijo que sí me recordaba por mi buen desempeño en Vid, y que no había problema. Yo entré a Grupo Editorial Vid en febrero de 2001, y Sonia renunció a finales del mismo año, así que llegamos a platicar pocas ocasiones.

Sonia Batres y yo nos volvimos a ver en el 2013, en Plaza Inn, en Insurgentes Sur, donde estaba una tienda de Caligrama Editores. Ahí fue la cita para proponer el pago y el modo de trabajar. Le dije que confiaba en ella, porque muchas veces ya me habían dicho que me pagarían bien, pero, al final, ya que estaba todo publicado, no me daban ni las gracias. Simplemente, no me pagaban. Había prometido cumplir su palabra. Las dos quedamos de acuerdo y, según ella, después firmaríamos un trato, pero por el momento urgía hacer correcciones. Entonces comencé a laborar sin firmar nada. Ya teniendo a la gente que se necesitaba, Paco formó un equipo con el que sale a muchos lugares de la República Mexicana para promover los cómics y mangas, y gracias a este trabajo tan arduo, Caligrama ha tenido gran éxito.

Me sentía de nuevo muy contenta porque seguía haciendo lo que me gustaba y desde mi casa, pues era por honorarios. Así que coordinaba lo de la escuela con el trabajo y todo parecía

marchar bien. El modo de trabajar era parecido al de Vid, los coordinadores le mandaban por correo las traducciones a Paco, y él a mí. Luego yo se los regresaba corregidos. Después él los enviaba de nuevo a los coordinadores. El resto del proceso se hacía igual que en la otra empresa. Por suerte, Paco consiguió a la mayoría de los traductores que trabajaban para Grupo Editorial Vid, tanto de inglés como de japonés. Esto facilitó bastante mi labor porque había pocos errores; sin embargo, en los mangas sí tenía que adaptar algunos textos. Solo los de Fernando, el chavito de quien hablé antes, quien habla cinco idiomas, no tenían ningún problema.

Me gustaban los temas y yo esperaba con gusto la continuación de los que me tocaron. De los cómics, corregí *Witchblade 153*, *Witchblade Rebirth 154*, *Artifacts 2 y 3*. Entre los mangas que adapté y corregí están *Space Brothers 5, 7, 13, 17 y 18*, *Saint Seiya*, *Vampire Knight 2 y 3*, y *Ouran Host Club*. Los primeros textos corregidos me los pagó muy bien, por lo que recibí más chamba. Hasta noviembre seguía todo bien, pero ya en diciembre comenzó a atrasar los pagos, además de que fue temporada baja en esta área. En enero seguí corrigiendo, pero cada vez me pagaba menos por la misma cantidad de trabajo. Cuando le comenté que no estaba dando lo acordado, dijo que sus cuentas estaban bien y que no me daría un quinto más. Además, mencionó que no había ningún contrato firmado, que hiciera lo que yo hiciera, no me iba a regalar su dinero. Jamás me volvió a contestar en su celular y en su oficina siempre la negaron. Un día quise hablar personalmente con ella, y decidí presentarme en Plaza Inn, pero cuando subí a donde estaba la tienda de Caligrama, esta ya no existía. Seguramente fue porque muchas personas la andaban buscando para cobrarle.

Para no tener mayores problemas, le dije a Paco que ya no me enviara más cómics ni mangas. Él quedó muy apenado, pero no estaba en sus manos que Sonia pagara. Después me enteré que hizo lo mismo a otros colaboradores. Entonces comprendí que es una mujer vividora y que así

va a seguir toda la vida. A Paco le paga porque sin él no sería nadie en el mercado editorial. También supe que a los traductores de japonés sí les deposita porque ellos se negaron a entregar el material si no se los pagaba a tiempo. Como no es fácil conseguir chavos que hablen japonés, prefirió mantenerlos en la editorial. Sin embargo, a los traductores de inglés los hizo a un lado para darle la chamba a sus familiares y conocidos.

Por una lado, me quedé contenta porque Paco reconocía mi trabajo y me había llamado para apoyarlo, y era algo que yo sabía hacer bien. Además, con los pagos que me hizo Sonia pude solventar muy bien mis gastos personales y de la escuela, al menos seis meses. Por otra parte, me sentía defraudada y tenía la molestia de haber sido engañada. Finalmente pensé que cada situación desagradable que nos pasa en la vida es para aprender y recordé que a veces es necesario para seguir adelante y demostrarle a esa gente que la vida sigue y tiene que ser en buenos términos.

En este momento de mi informe, me pregunto hasta qué punto mi situación como correctora de estilo ha sido devaluada. Entonces pienso que el principal factor es la crisis económica a nivel mundial, pero sobre todo en nuestro país, la cual empezó con mayor fuerza en 1994, con la devaluación. Esta golpeó duramente a todas las industrias, incluida la editorial. Por otro lado, en la actualidad, donde los valores se están perdiendo, las personas mayores y con experiencia, en cualquier área, ya no son reconocidas ni valoradas. Así que alguien que supere los 40 años, ya no es “productiva” para las empresas, las cuales prefieren contratar a los jóvenes recién egresados de una carrera, y con un sueldo menor.

Llegué a la conclusión de que en cualquiera de los medios de comunicación en los que laboré me hubiera quedado siempre, pero la misma crisis me obligó a salir de las mismas para superarme.

Lo más triste es que El *Nacional*, *Época* y Grupo Editorial Vid solo viven en el recuerdo, pues se fueron a la quiebra debido a problemas con el dinero.

Capítulo 6.

Mi regreso a la FES Aragón

En este capítulo voy a narrar cómo la vida me fue guiando para cumplir con uno de mis grandes deseos: ser maestra. Esta oportunidad me llegó cuando menos lo esperé, y aunque no fue para dar clases en primaria, como me hubiera gustado, sí en secundaria. Impartí Biología y Español. Sin saberlo, este trabajo me regresó a mi nueva etapa como estudiante de la FES Aragón, pues me exigían título para continuar dando clases. Titularme nunca estuvo en mis planes; sin embargo, ahora que estoy a punto de lograrlo, me siento feliz por ello.

6.1 Mi etapa como profesora de Español en Secundaria

Como mencioné anteriormente, para el 2011 me fui a vivir a la ciudad de Querétaro, Querétaro, gracias a la invitación de mi hermana Mireya, quien radica allá desde hace 20 años. Acepté, en primer lugar, porque ahí estarían mi querida hermana y mi hermano Javier; en segundo lugar, porque estaría yo sola en una casa, como a mí me gusta; en tercer lugar, porque tenía mis ahorros. Además, iba con la esperanza de comenzar mi empresa como estilista, pero no resultó. Así que busqué trabajo en los pocos periódicos queretanos y tampoco conseguí que me aceptaran. Mi hermana, amorosamente, me dijo que no me preocupara porque ella me daría una mensualidad mientras yo encontraba empleo, que me diera un año sabático. Meses después, mi vecina Leticia Guerra, con quien hice buena amistad, me dijo que en el Colegio Monte Horeb, donde ella laboraba,

les urgía una profesora de Español. Yo sabía que sin título no podría dar clases, pero fui a la entrevista.

Me recibió un hombre moreno, de aproximadamente 1.65 de estatura, era Gastón Zumaya, el director. Ese día lo vi serio, pero me recibió con un trato cordial. Después de unas preguntas, me llevó a la oficina de la licenciada Alma Serret, una mujer alta, blanca, guapa, con ademanes de una persona acelerada y explosiva. Aunque ella sonrió durante el tiempo de nuestra conversación, se le veía prisa por saber mi respuesta: “Buenos días... ¿cuál es su nombre?... Ah, sí, aquí dice Elizabeth. Mire, necesito una *miss* que dé clases de Español. ¿Le gustaría trabajar con nosotros? El sueldo es tal... por tiempo completo. Sería de 7 a.m. a 2:40 p.m. Por el momento no estamos dando Seguro Social, pero sí le pagaríamos las vacaciones de Semana Santa y las de diciembre. Las de fin de año solo hasta el segundo periodo trabajado. ¿Cómo ve? ¿Le interesa?”.

Mi respuesta fue que si no había problema por no tener título profesional ni experiencia docente, sí aceptaba. Cuando preguntó cuándo podría empezar, dije: ahora mismo. Entonces comentó que requería mis papeles, los cuales yo llevaba listos. “¿Trae currículum, comprobante de estudios de periodismo, acta de nacimiento, comprobante de domicilio, credencial de elector?”. Para cada papel que me pedía, yo daba respuesta afirmativa. Sí, aquí está, y lo mostraba. Entonces, por último, me propuso que saliera a comprar una solicitud de empleo para llenarla, pero ella no contaba con que también la llevaba, y además llena. Mi actitud provocó en ella una sonrisa más agradable y un buen comentario: “¡Vaya, ésas sí son ganas de trabajar!”. Enseguida le llamó al profesor Gastón y le ordenó que me presentara con el grupo que me tocaba.

Yo iba con entusiasmo, alegría y nervios, pues estaba por cumplir uno de mis grandes sueños. Cuando entramos al grupo Primero “A”, sentí más nervios al ver cómo 28 pares de ojitos

estaban clavados en su “*miss* de Español”. Por primera vez en mi vida, y en menos de media hora de estar ahí, me llamaban *miss*. Al escuchar las palabras que les dijo el director Zumaya, con tal seriedad y con voz varonil, me dio la impresión de ser un personaje de película mexicana: “Chicos, ¿recuerdan la promesa que les hice ayer, de que hoy ya se presentaba la maestra de Español? Pues aquí está. Ya les cumplí, así que ahora deben respetarla y aprender mucho de ella porque tiene bastante experiencia en su área. Ha dado clases en varias secundarias. Dos meses después se quedó admirado al enterarse de que era mi primera vez frente a grupo. La semana que estuvieron sin maestra, la van a recuperar en estos días. Así que, chicos, *miss* Liz merece un gran aplauso”. Al mismo tiempo vi todas las manitas aplaudiendo. Al terminar esa hora, me llevó a otro grupo. Luego a otro y a otro, abarcando los tres grados.

En todos dio el mismo discurso. Ese día, tuve dos horas intermedias para medio respirar y 30 minutos de recreo para almorzar. Claro, vigilando a los casi 200 alumnos. En total, di clase a 150 niños ese primer día. Ya me urgía que fueran las 2:40 para descansar. Además, necesitaba platicar mi nueva aventura con mis hermanos y amigos para reír a más no poder, debido a las peripecias de ese día tan determinante para mi futuro. Así lo hice y es algo que hasta la fecha me hace carcajear.

Para completar el escenario, al día siguiente me llamó de nuevo el director. Esta vez con una gran sonrisa. Su blanca dentadura resaltaba en su rostro moreno. Esto me inspiró mayor confianza. Me tomó del hombro, y me dijo: “*Miss* Liz. Ya sé que tu fuerte es el Español, pero también nos urge una maestra para dar Biología. ¿Me puedes apoyar con esto, por favor?”. ¡Maestro, yo no sé nada de esa materia! ¡No sabría cómo! Él agregó: “No te preocupes, *miss*. Solo te guías con los libros y no hay problema. Se imparte nada más en los tres grupos de primero. Sí me ayudas, ¿verdad? Ya vi tu horario y tienes horas libres, así que no se te complicará”. Entendí que su tono no era pregunta, sino

obligación, por ello, no pude negarme. Por cierto, los libros de las dos asignaturas me los dieron mes y medio después, gracias a tanta insistencia de mi parte. Durante los dos años que estuve ahí, di las dos materias: Español y Biología

De un día para otro me volví estudiante, al igual que mis alumnos, porque al preparar los temas del libro, yo aprendía cosas interesantes y completaba la información con mis conocimientos previos o investigando por mi cuenta. Verdaderamente era una tarea titánica: empezar a usar la computadora, aprender a navegar en internet, planear clases, investigar, controlar grupo, calificar tareas, preparar exámenes bimestrales y luego calificarlos. No conforme con esto, era la asesora de 1º “A”, y me tocaba arreglar el salón en cada fecha conmemorativa. Para cerrar con broche de oro, preparar una presentación de cada materia para fin de curso, a la cual asistirían los padres de familia. En las dos áreas hice buen trabajo, gracias a la ayuda de los estudiantes, quienes también daban buenas ideas. En ocasiones, cuando era horario corrido, daba clase a siete grupos, y esos días veía por lo menos a 180 alumnos por jornada.

Durante el año escolar seguí con mis funciones de redactora (cartas e invitaciones para festivales) y de correctora de estilo. Revisaba memorándums, exámenes que redactaban los otros maestros, invitaciones y, en muchas ocasiones, hasta los libros de Español y Biología porque venían con errores garrafales. Cuando los profesores tenían dudas de cómo se escribía una palabra, recurrían a mí, si no la sabía se las investigaba. Así que, sin pensarlo, diario desarrollaba el mismo trabajo que en los medios de comunicación.

En cuanto a los alumnos, en la materia de Español, mi trabajo fue mayor porque no me conformé con el libro de texto. Seguido les dictaba palabras, los ponía a redactar anécdotas personales o a crear cuentos. Al principio me odiaban por esto, pues decían que era pérdida de

tiempo porque nadie lo iba a necesitar cuando fueran grandes, menos ahora con la tecnología tan avanzada, pues en la *lap* se ponía la función de corregir y ahí estaba la solución. Cuando hacía dictados de las partes del cuerpo, o nombres de ríos y volcanes, me decían que era materia de Español no de Biología ni de Geografía. Entonces les explicaba que nuestro idioma estaba relacionado con cualquier materia, al igual que las matemáticas, y que las palabras mal escritas podían provocar malos entendidos, confusiones o risa, porque se pronuncian diferente con o sin acento, por ejemplo: Artículo (en caso de artículo); Daví (David); corason (corazón); caveza (cabeza); estomago (estómago); sevolla o cevoya (cebolla); naris (nariz); zanoria (zanahoria); papalla (papaya); pelicula (película); nobia (novia). Ellos reían con esto.

También les di reglas de ortografía y de puntuación, les expliqué el significado de varias palabras. Les dije que los trabajos escolares no me los entregaran con los códigos como los que usaban para enviar mensajes por celular: Ke, to2, kiero, kasa, mañ, toy, + o -, entre otros, porque no los tomaría en cuenta. Poco a poco, algunos fueron entendiendo la importancia de escribir correctamente. Sin embargo, cuando vi que a la mayoría no le interesaba, tuve que usar mi creatividad para que les pareciera interesante la materia, y tomar en cuenta los consejos de los otros maestros. Compré regalitos y dulces, y organicé concursos de ortografía: niñas contra niños; por filas; la mitad del grupo contra la otra mitad; grupo contra grupo. Los ganadores se llevaban premio. También llevé tarjetas con los nombres de los países y sus capitales, quien escribiera las dos palabras bien, en menos tiempo, se ganaba un premio. Así que tuve que invertir de mi sueldo para esto, pero no me importó porque era una manera de aprender con diversión. En ocasiones, cuando no podía comprar los regalos, les decía que el premio era medio punto más en su calificación.

Respecto a Biología, aprendí otros temas, al igual que los muchachos. Además, por enésima vez, confié en mi intuición, en mi creatividad y en mi inteligencia para sacar adelante a los tres grupos de primero. El capítulo que hablaba sobre la sexualidad fue el que más les gustó y el que nos permitió mayor acercamiento. Esto, gracias a la manera de explicarles, pues llevé dibujos, libros, y mucha información. El tema de la reproducción se los di de forma tan natural, sin morbo, que todo fluyó acertadamente. También formé equipos para que hablaran sobre las drogas, las enfermedades venéreas, la diabetes y muchos temas más. En esta materia los dictados y la ortografía tampoco faltaron. Por supuesto, al principio se molestaron porque, según ellos, no era clase de Español, pero después pedían concursos para ganar premios.

Lo que sí debo reconocer es la ayuda incondicional de todos mis compañeros, porque hicimos un gran equipo. El director, Gastón Zumaya; Nallely Martínez, de Tutoría, Artes, Cívica y Ética; Marthita Estrada, de Inglés; Ángeles, de Computación; Rolando, de Historia y Geografía; Alfonso, de Química, Matemáticas y Física. Además, la prefecta Lety Rodríguez. Quien se merece un especial agradecimiento es *miss* Lety Guerra, porque fue la que me avisó que necesitaban una maestra de Español. Aunque ella daba clase en primaria, dentro del mismo colegio, me ayudó bastante en todo lo que se me ofrecía.

Cada problema que se me presentaba, recurría a ellos, y me daban su punto de vista y consejos prácticos, ya sea para dar clase, para tratar a los papás o para controlar a los alumnos más inquietos. Cuando salíamos al recreo, al mismo tiempo que vigilábamos a los estudiantes, comíamos algo ligero y reíamos por cualquier comentario. Entonces, los chavos, me veían carcajear y se acercaban para comentar: “Hay, *miss* Liz, usted se ríe rebien harto”. “¡Quién la viera, *miss*, tan seriecita que se ve dando clase!”. “¡Usted nada más se la pasa risando en el recreo, ¿verdad, *miss*?”.

“¿De qué se ríen tanto, maestras? ¿De nosotros no, o sí?” Más intrigados se quedaban porque nunca les decíamos de qué o de quién.

A pesar de la carga de trabajo, tuve momentos muy agradables, tanto con los alumnos como con los profesores. Por ejemplo, nos festejaban el Día de Reyes en un club, el Día de la Candelaria había tamales en la escuela. Para el Día de las Madres había otra comida para todos los que trabajábamos en Monte Horeb. El Día del Maestro nos organizaban una comida y había mariachis. Se festejaba el 15 de septiembre con toda la escuela. El 2 de noviembre había concurso de disfraces, incluso los maestros participábamos. También había comida de fin de año y de fin de curso.

Asimismo, fuimos a paseos culturales con los alumnos. En todos y cada uno de estos eventos, me divertí y reí, además de que me ayudaron para conocer y convivir mejor con mis colegas. Fue entonces que conocí a todos en el relajo, y el director era un hombre muy ocurrente, quien me hizo carcajear, al igual que a mis compañeros. De aquí surgió gran amistad con Nallely, con el profesor Alfonso y, sobre todo, con miss Marthita, a quien estimo muchísimo.

Al final del primer curso, me felicitaron *miss* Alma y su esposo, el licenciado Antonio Bañuelos. A estas fechas ya sabía que eran los dueños del colegio. Cuando vieron mi esfuerzo por terminar a tiempo con todos los temas del curso, y que nunca tuve problema con algún alumno o padre, me dijeron que estaba contratada para el siguiente periodo para dar las dos materias. Durante el mes que tuve de vacaciones vine unos días al Distrito Federal a saludar a mi mamá, hermanos y amigos. De regreso a Querétaro, me visitaron Mauricio Pérez y Jesús, dos excompañeros a quienes volví a localizar después de tantos años. Los llevé a conocer varios lugares de ese hermoso estado de la República Mexicana. Ellos quedaron encantados.

Así que vino el siguiente ciclo escolar y yo ahí, tratando de aplicar nuevas estrategias para mejorar mi forma de trabajar. Ya con la poca experiencia adquirida pude hacer las cosas más rápido y acertadamente. Fue menos pesado porque ya tenía los exámenes del año anterior y ya sabía navegar en internet para conseguir más información. Todo marchó bien y esta vez ya tuve derecho a vacaciones pagadas, con lo que me fui de paseo a Zacatlán de las Manzanas y a Cuetzalan, Puebla. Dos lugares maravillosos, considerados pueblos mágicos. Según yo, para el siguiente año compraría automóvil, y un año más me iría de viaje a otro país.

El licenciado Bañuelos me había dicho que estaba contratada para el tercer ciclo; sin embargo, antes de terminar las clases me llamó a su oficina. Entonces, él y el profesor Gastón me dijeron que no sería posible cumplir con lo dicho porque no tenía título. Me explicaron que no era cosa de ellos, sino de la Unidad de Servicios para la Educación Básica del Estado de Querétaro (USEBEQ), porque ya era requisito ser titulado. De no ser así, la escuela podría estar en problemas.

6.2 Mi nueva etapa como estudiante de la FES Aragón

Con esta noticia, sentí que me había caído un balde de agua fría, pues no podría obtener rápido el título; mis ilusiones de seguir enseñando Español se vinieron abajo. Titularme en dos meses era imposible, además, este asunto nunca me había interesado, a pesar de que mi padre me rogó para que lo hiciera recién salí de la FES. Hablé con mi familia. Mi madre y mis hermanos, de inmediato, me dijeron que terminara la escuela para conseguir la licenciatura y seguir dando clases. Todos me apoyarían de varias maneras. Mi mamá me ofreció vivir en su casa, en el D.F., mientras terminaba, además está cerca de la Facultad. Mi hermana Mireya seguiría pagando los gastos de la casa en Querétaro, la cual quedó amueblada. Mis hermanos Jorge, Tere, Tatiana, Natalia y Alejandra me darían ayuda económica para solventar los gastos de la escuela.

Todo sonaba muy bien, pero la posibilidad de titularme me resultaba algo muy remoto de conseguir. Después de llorar y analizar la situación, decidí aceptar con gusto tal oportunidad, pues no cualquiera la tendría, ni cualquiera se animaría a hacerlo. Entonces vine en julio de 2013 a la Facultad de Estudios Superiores (FES) Aragón a pagar la materia que me faltaba, precisamente Seminario de Tesis II. Sin embargo, me llevé una gran sorpresa cuando me dijeron que debía seis materias más, porque ya había habido dos nuevos planes de estudio: una, de sexto semestre, otra de séptimo, tres de octavo y dos opcionales. ¡Oh, desilusión! ¡Casi me desmayo! ¡Ahora serían siete materias! Además no tenía los comprobantes de idiomas, así que debía estudiar de nuevo comprensión de inglés y francés para que me dieran mis constancias. En total, debía pasar nueve materias. ¡No puede ser! ¡No podré hacerlo!

Esto me llevaría mínimo dos años. Uno, para terminar las materias y el otro para escribir mi Informe. Consulté de nuevo con la familia, y siguieron en lo dicho. Así que comencé con mi nueva etapa de estudiante en la FES Aragón. Fue un viacrucis, pues después de tanto tiempo de haber salido de la escuela, ya no recordaba cómo hacer trámites, más bien esperaba hacerlos como antes. Sin embargo, ahora ya se arreglan muchas cosas por Internet. Imprima tal papel. Venga para acá, vaya para allá, pregunte por acullá. Suba, baje, pregunte, vuelva, pague, regrese en una semana, en un mes, firme aquí, falta este documento. Vaya con fulano. Que le firme zutano. No se encuentra mengano. Perengano está de incapacidad. En Servicios Escolares le dan clave para sacar su historial académico. Para inscribirse a idiomas es otra clave, y los que tienen credencial de exalumno pagan solo el 50%, etc, etc. Pensé en buscar a los maestros que había tenido 27 años antes, a ver si me podían orientar más. Tuve suerte, pues encontré a Edgar Liñán, Moisés Chávez, Salvador Mendiola. Fue bastante agradable saber que todavía seguían ahí, además eso me dio mayor seguridad porque me indicaron cómo hacer algunos trámites. También comenzaron los recuerdos de aquella maravillosa etapa.

Después de todo esto, en la jefatura de Comunicación y Periodismo, cuando Félix Hernández aún era coordinador, me explicó que la única manera de pasar las materias era en exámenes extraordinarios, porque ya no tenía derecho a inscribirme para cursarlas. Además, solo podía presentar tres extras por semestre y uno más con un permiso, que otorga el Artículo 22 del Reglamento. Por ello, me llevé más tiempo de lo planeado, pues había calculado en seis meses dejar limpio mi historial académico, pero me llevó un año. Encima, algunas materias eran de semestres pares y otras de nones.

Cuando vi que no serían fáciles de pasar en extraordinario, y que no tenía derecho a inscribirme, me angustié porque eran temas desconocidos para mí. Entonces me surgió la idea de negociar con los maestros que aplicarían los exámenes, arriesgándome a un simple NO. Les expliqué mi situación. Les pregunté si me permitirían estar en clase y trabajar a la par de cualquier alumno: asistir al grupo, hacer las lecturas requeridas, participar, entregar trabajos, exponer un tema, colaborar en equipo. Les propuse que al final de curso, evaluaran todo y la calificación que de ello resultara, sería la que me pondrían en el extraordinario.

Quien me orientó para localizar a los maestros titulares para aplicar los extras fue la asistente en Comunicación y Periodismo en esa época: Alicia Velázquez. Fue una persona clave para mí. En ella me apoyé muchas veces, y gracias a su amabilidad, a su eficiencia y al gran conocimiento de su área fui logrando mi objetivo. Me enseñó la lista de profesores. Cuando la vi, me sorprendió que estaba Miguel Ángel Quemáin, a quien conocí como reportero en la revista *Época*. A él lo localicé, y platicamos respecto a mi situación. Dijo que me quedara en su clase, Seminario de Comunicación y Literatura Contemporánea, la cual impartía solo los miércoles, de 6 a 10 p.m. Charlamos dos veces, recordando a varias personas de la revista y acerca de nuestros otros trabajos. Sin embargo, me faltaba saber de los demás maestros para acomodar mi horario y decidir en qué grupos me quedaría.

Para mi nuevo semestre, en el turno matutino, el primero que aceptó mi propuesta fue el profesor Salvador Mendiola. A pesar de que no me recordaba, no tuvo inconveniente en que yo estuviera en el curso de Apreciación Cinematográfica. Más adelante, fue la maestra de Laboratorio de Fotografía, Cynthia Ríos Monterrubio. Para su clase compré una cámara análoga, tomé fotos y entregué trabajos. A final del curso, la maestra no podía ponerme la calificación, por algo

administrativo que nunca entendí, pero a la vez negocié con el maestro Mario, un hombre afable y tranquilo. Él vio lo que había realizado en el grupo de Cynthia, y me puso ocho.

Al seguir revisando la lista de maestros, me sentí feliz porque vi el nombre de Moisés Chávez, quien también impartía Literatura Contemporánea, pero por la tarde. Lo busqué en el grupo señalado. Cuando lo miré, me dijo que recordaba mi rostro, a pesar del tiempo transcurrido. La alegría se convirtió en tristeza cuando me explicó que ese semestre se iría de permiso. ¡Qué lástima! Platicamos un buen rato, y con su especial sonrisa, en la que se marca un hoyuelo en cada mejilla, me relató varios sucesos interesantes de su vida, así que mi admiración por él fue mayor.

Cuando acomodé bien mi horario de clases, me resultó mejor tomar la misma materia con Joel Paredes, de 6 a 8 p.m. martes y jueves. El día que hablé con él para expresarle mi interés en estar en su clase, me dijo lo siguiente: “Claro, preciosa, no hay ningún problema. Por el contrario, aquí vas a tener que escribir mucho y eso te va a ayudar para cuando empieces a redactar tu tesis o informe. Yo les pido cada semana un cuento y cada quien lo lee en la clase. También hay fotocopias de textos interesantes y deben entregar una reseña, opinión o síntesis de los mismos. Así que hay que escribir bastante. También es importante la asistencia y participación en clase. Aunque no estés inscrita, yo te apuntaré en mi lista. Si te parece bien, puedes quedarte hoy, que es la primera clase del semestre, aún no llega ningún alumno, ¿cómo ves? No creo que vengas a perder el tiempo, ¿verdad? Me doy cuenta cuando alguien quiere hacer las cosas y sé que contigo no me equivocaré, pues ya sabes a lo que vienes”.

Esas palabras me hicieron sentir mayor confianza para empezar mi nueva etapa de estudiante, después de años de no hacerlo. Además, el maestro había sido atento, y éramos casi contemporáneos. Minutos más tarde comenzaron a llegar los primeros alumnos, de entre 20 y 24

años a lo más. Cuando nos vieron platicando, no sabían quién de los dos era el profesor. En ese preciso momento sentí que era demasiado grande de edad para estar ahí. Que cualquiera de ellos podría ser mi hijo o hija. Algunos me preguntaron que si era maestra. Les respondí que me encantaría serlo a ese nivel, pero que no era el caso. Les dije que vieran mi ejemplo, para que no les pasara lo mismo, que se titularan a tiempo, ja, ja, ja. Al ver que me reía de mí misma, les causó gracia y al mismo tiempo decían que me admiraban por mi valentía para seguir aprendiendo. Realmente no pude hacer amistad con ellos, pero sí logré tener una buena relación de compañerismo.

Poco a poco se fueron acostumbrando a mi presencia. En las siguientes ocasiones, como yo era la más puntual, mientras llegaban los chavos, el maestro y yo recordábamos a quienes nos habían dado clase: Moisés Chávez, Edgar Liñán, Guadalupe Pacheco, Carlos Levy, Salvador Mendiola y otros profesores. También platicábamos de cómo era la escuela antes y de muchas cosas más. En cuanto a la forma de trabajar del maestro, me pareció excelente. Además la clase resultaba amena porque dominaba los temas que se exponían. En verdad estoy agradecida con él porque sí me sirvió escribir varios cuentos. Algunos hicieron reír a mis compañeros, pues se me ocurrió relatar anécdotas personales. Así que cumplí con todos los requisitos y pasé la asignatura.

Para el siguiente semestre, aunque en todos los grupos tenía distintos compañeros, ya estaba más adaptada a ser estudiante y a tratar a los jóvenes con un lenguaje parecido al de ellos, incluso con algunos pude reír y platicar más. Resultó todo más fácil porque Joel Paredes me dijo que me quedara a cursar Estilos Periodísticos con él. El método sería el mismo. Había que leer y escribir bastante. Entonces ya no batallé para buscar con quién tomar la materia y seguí yendo por las tardes. La clase siempre resultó interesante, pues había alumnos muy participativos, con ideas propias, lo cual ocasionaba controversia en el salón. Ahí vi que algunos chavos sí destacarían como

periodistas, sobre todo dos o tres que ya laboraban en algunos medios de comunicación y esto les permitía tener otra visión de las cosas.

Faltaban tres asignaturas. Entonces conocí a Vianey, otra compañera en las mismas circunstancias que yo. Consultamos quién daba Métodos de Investigación en Comunicación III, y nos pareció que el mejor sería el doctor Juan Carlos García Cruz. Creo que nuestra elección fue la correcta, pues nos aceptó en su clase. Aprendimos mucho de él y lo admiramos por su entusiasmo para explicarnos los temas. Después supimos que tiene doctorado en Filosofía, en la Universidad Nacional Autónoma de México. Es catedrático de las facultades de Filosofía, Química y da clases en la FES Aragón. Habla varios idiomas y durante el semestre tuvo una estancia en investigación en Argentina. Antes, había tenido estancias en algunos lugares de Europa, en los que impartió conferencias.

Mi compañera y yo trabajamos en equipo y entregamos tareas. Nos fue muy bien. Las dos nos sentíamos grandes de edad, pero se nos hacía menos pesado todo porque nos burlábamos de nosotras mismas y los compañeros se reían. El poco tiempo que nos tratamos, las dos nos comprendimos y nos apoyamos en todo. La admiro bastante, pues a pesar de que es jubilada de la Secretaría de Educación Pública tenía interés en titularse. Espero que también logre su objetivo.

Otra materia que nos faltaba era Seminario de Tesis II. Vianey y yo de nuevo investigamos con quién, pero Alicia nos comentó que uno de los mejores profesores era Alberto Fernández de Lara Quesada. Nos dijo que hiciéramos lo posible por estar en su clase. Hablamos con él y tuvimos la fortuna de ser recibidas. Nos encantó su manera de enseñar. Verlo y escucharlo durante su exposición es agradable, ya que es una persona con experiencia laboral en periódicos, en Televisa y en otros medios, lo cual complementa con su faceta de maestro. Todo lo anterior lo demuestra en

el grupo al ser versátil. A veces organizaba juegos y dinámicas para que todos participáramos. No conforme con esto, es un profesor amable y simpático. Además de organizado, puntual y humilde, sabe expresarse con propiedad, usando el lenguaje de manera adecuada. Por todo ello, inspira confianza y seguridad.

La última materia para este semestre, como era optativa, elegí Relaciones Humanas en el Desarrollo Profesional, la cual cursé con el doctor Hugo Luis Sánchez Gudiño. Muy buen maestro, ahí entendimos cómo algunas personas se vuelven famosas o consiguen buenos puestos, a través de sus parejas o de amistades. Nos puso a analizar entrevistas realizadas a gente conocida en los medios de comunicación. Asistí a todas las clases, entregué trabajos y participé en equipo. A grandes rasgos, así fue como cursé y pasé las siete asignaturas pendientes.

Al mismo tiempo, tuve que tomar comprensión de inglés (tres semestres) y francés (dos). Por cierto, mi maestro de francés, Salvador Alcalá, fue una de las personas que más me inspiraron para seguir adelante, no solo en la escuela, sino en la vida. A los 80 años sigue dando clases. Con su buen humor y el gusto por compartir sus conocimientos, tanto de español como de francés, logró un curso ameno. Las carcajadas eran el pan de cada día. Es un gran ejemplo de responsabilidad (nunca faltó), de actitud y valentía ante la vida.

De 9 a 10 a.m. tomé inglés (primer nivel) y de 10 a 12 a.m. cursé francés intensivo. Este lo terminé en el primer semestre, pero inglés lo hice normal porque no alcancé los cursos intensivos 2 y 3. Entonces me llevé los tres cursos normales. En total, pagué las nueve materias en un año. ¡Algo que nunca esperé! Ver mi historial académico limpio me quitó gran peso de encima, sentí alivio y ganas de seguir adelante. Llevaba el 50% logrado. Ahora faltaba el otro 50%; es decir, el Informe de

Desempeño Profesional. También, aunque no era necesario para la titulación, tomé cursos intersemestrales para aprovechar al máximo mi estancia en la FES Aragón.

Para el Informe, debía reunir todos los comprobantes de los trabajos mencionados, las constancias de estudios de la FES, de idiomas y el proyecto de titulación. Además debía tener ya un asesor. Fue entonces cuando Alicia Velázquez me comentó que el profesor Alberto Fernández de Lara había titulado a muchos egresados. Me aconsejó que le insistiera para que me apoyara. Por ello, no quité el dedo del renglón para que yo fuera una licenciada más, con su ayuda. Finalmente, decidió apoyarme.

El Comité de Carrera autorizó mi proyecto para titularme por medio de un Informe de Desempeño Profesional. Luego, mi asesor, el maestro Fernández de Lara Quesada firmó el proyecto de titulación el día 18 de marzo de 2015. A partir de ahí comencé con esta nueva aventura, donde me encontré con un sinfín de cosas inesperadas, pero interesantes.

Desarrollar el informe con la asesoría del profesor ha sido una experiencia única, pues ya tiene buen ojo para detectar cualquier error o incongruencia, pero además lo dice de una manera profesional y con certeza. Cuando le entregaba un capítulo, él me regresaba el anterior con las correcciones pertinentes. Pero lo más agradable es que al ir escribiendo, mencioné a gente que él también conocía. Entonces no sólo era la entrega de un adelanto en cada cita, sino también una pequeña charla acerca de las personas mencionadas, pues los dos laboramos en *El Financiero* casi durante la misma época, pero en diferentes secciones y con diferentes actividades. Él estaba como redactor y reportero en Deportes. Tenía como coordinador a René Chambón, quien había sido mi jefe en *El Heraldo de México*. Su oficina se ubicaba en la parte trasera del edificio; yo, primero estaba en la sección de Provincia, que se encontraba en el primer piso. Al final estuve en el segundo piso,

en Finanzas. Así que es probable que nos hayamos saludado, pero nunca platicamos, porque los horarios también eran diferentes y ninguno de los dos permaneció bastante en el periódico. Al que llegué a ver dos o tres veces fue al señor Chambón.

La etapa en la que redacté este informe fue la más difícil, pues recordar datos de hace tantos años, como nombres de jefes, sus puestos y nombres de compañeros, me hizo trabajar más de lo esperado. Tuve que buscar mucha información en Internet, además consultar con excompañeros. Pero ellos estaban en las mismas condiciones que yo en cuanto a la memoria. Así que unos recordaban ciertas cosas y yo otras, de ahí fui sacando información. Mi amiga Mónica Lagar, diseñadora en *Época*, por ejemplo, me auxilió bastante porque además de contar con buena memoria tenía una de las primeras revistas publicadas, en la que vi nombres ya olvidados por mí.

Al principio, en los capítulos 1 y 2 entregué pocas páginas, pues no fluía mi mente para redactar, pero conforme empecé a hacerlo todo se fue dando y cada vez con menos dificultad. Entonces, al releer éstos, les aumenté anécdotas y cosas importantes. Así fue como, poco a poco, logré integrar este Informe de Desempeño Profesional.

Conclusiones

Espero que al narrar mi experiencia laboral en los medios de comunicación en este Informe de Desempeño Profesional cumpla con los principales objetivos: aportar ideas, orientar y aconsejar a las nuevas generaciones de periodistas, pues aunque no se dediquen a la corrección de estilo, deben estar conscientes que es de suma importancia redactar bien, para que sus escritos sean claros, precisos y concisos; trabajar en un medio de comunicación implica gran responsabilidad social.

Si un reportero redacta mal una nota periodística, y el corrector de estilo no tiene la habilidad para detectar el problema, puede salir publicada tal cual. Entonces el lector se puede quedar con una idea falsa. Si se presenta una situación así, al primero que dejan desempleado es al corrector y después al reportero, si se da el caso. Por desgracia, el trabajo del corrector no es reconocido ni valorado, a pesar de que evita confusiones en los textos. Además, pocas veces se publica su crédito.

Durante el Informe mencioné los cambios que me tocó vivir tanto en la corrección de estilo como en la situación económica y política en el país. En ambos casos ha influido bastante la modernidad, pues las cosas deben hacerse más rápido que antes y con menor número de personas. Las máquinas han sustituido al personal. En general, me ha tocado ver cómo la situación laboral va en detrimento día con día. Aunque tuve varias ofertas laborales al mismo tiempo, preferí las que me dieron para vivir bien.

Por ello, aconsejo a las nuevas generaciones de periodistas que traten de desarrollarse en el área que más les llame la atención y que luchen por conseguirlo. Esto no significa que hagan a un lado sus principios, pues siempre deben darse a respetar. A pesar de la crisis económica y social por la que estamos pasando todos los mexicanos, deben estar bien preparadas y tener claro qué es lo que desean hacer. Así alcanzarán buenas oportunidades para laborar en un lugar respetable.

Si pueden elegir entre dos ofertas de trabajo donde tengan un sueldo similar, pero uno es de mayor prestigio y el horario más extenso que el otro, les aconsejo que se decidan por el que les permita llevar una vida equilibrada, es decir, que ganen bien y que esto les dé para solventar lo más sanamente posible sus gastos. Al mismo tiempo, deben procurarse una vida propia para estar en familia, con amigos, contar con fines de semana libres, hacer ejercicio, tomar cursos y tener diversiones. Déjense llevar por la intuición y la lógica en cada decisión que tomen. Aplicar estas dos habilidades los llevará por el camino correcto.

Durante mis 25 años de trabajo, he conocido periodistas que se dejaron llevar por un “buen sueldo” o por el nombre rimbombante de una empresa. Sin embargo, al laborar ahí fueron dejando, poco a poco, su vida personal para dedicarse en cuerpo y alma a aquella. En muchos casos, cuando menos lo esperaron, fueron despedidos y, a veces, sin darles un centavo. En mi opinión, vivir para trabajar, no es saludable, pues cuando pasa el tiempo la gente se da cuenta que no le dedicó tiempo a sus hijos o a su pareja, y se lamenta por no haber aceptado otro empleo donde pudieron estar mejor.

Como lo narré en el Informe, elegí trabajar en los medios de comunicación que me permitieran disfrutar de todo lo que a mí me gusta. Gracias a esto, laboré con tranquilidad y armonía. Nunca falta alguien que nos haga la vida de cuadritos, pero mientras ustedes se dediquen a hacer bien lo que les corresponde, no habrá mayor problema. Para estos casos, pueden poner a la gente en su lugar, sin alegar y sin decir una palabra altisonante; por el contrario, diciendo las cosas en el momento adecuado y con una sonrisa.

Ser organizado con el tiempo y los gastos ayuda bastante. Si no gané mucho dinero, sí lo suficiente para viajar, tanto en el país como en el extranjero, y para divertirme. Los viajes ilustran. De cada uno llegué con un bagaje increíble, lo que me dio más armas para seguir en la corrección. Descubrí que en cada región de México hay una palabra diferente para nombrar un objeto o un guisado. Por ejemplo: niño, chilpayate, escuincla, chamaco, chiquillo, criatura, huerco. A la pancita, menudo, mole de panza o mondongo.

En cuanto a los viajes a España y Argentina me ayudaron para entender mejor los cómics traducidos allá. Aprendí el acento en cada uno, el cual me encanta imitar. Observé muchos detalles cuando hablaban. Los argentinos hablan más suave mientras que los españoles parece que están discutiendo, además de que el movimiento de sus brazos es exagerado; da la impresión de que van a pelear, pero es solo su forma de ser.

Aprendí cómo en ambos lugares los diminutivos son muy distintos a los que usamos en México. Hay infinidad de palabras por mencionar, pero en esencia lo importante es saber

que cada región tiene su propia forma de nombrar las cosas y que el español, aunque pareciera que es igual en todos los países donde se habla, varía mucho.

El último consejo es que busquen un trabajo donde no se pierda la comunicación personal y que puedan hacer las cosas en equipo, pues son comunicadores. Asimismo, donde puedan aplicar siempre la creatividad y se diviertan la mayor parte del tiempo sin dejar de ser responsables. Desafortunadamente, la informática está obligando a las personas a ser más individualistas. Lo más triste es que las redes sociales nos acercan a gente lejana y nos alejan de la gente más cercana, sobre todo de la familia.

Al escribir todas estas páginas, me di cuenta que no es lo mismo redactar que hacer corrección de estilo. Esta última función me resulta menos complicada porque es más fácil criticar, corregir y burlarse de lo que escriben los demás que de mí misma. Finalmente, las dos facetas son interesantes y considero que de hoy en adelante podría ejercerlas sin temor alguno.

Con las siguientes frases concluyo este Informe de Desempeño Profesional:

YO TRABAJO PARA VIVIR, NO VIVO PARA TRABAJAR

MI TRABAJO, NUNCA FUE TRABAJO, FUE UN JUEGO

Bibliografía

Escalante, Beatriz. *Curso de redacción para escritores y periodistas*. México, Porrúa, 2012, decimotercera edición.

Loya, Sergio. *Manual de estilo de Proceso*. México, Grijalbo, 2009, segunda edición. Edición Random House Mondadori, 2010.

Merino, María Eugenia. *Escribir bien, corregir mejor. Corrección de estilo y propiedad idiomática*. México, Trillas, 2004.

Zavala Ruiz, Roberto. *El libro y sus orillas. Tipografía, originales, redacción, corrección de estilo y de pruebas*. México, UNAM, 2005.

Gramática. Lengua Española. Reglas y ejercicios. México, Ediciones Larousse, 2003.

Cibergráficas

www.ascoob.org. Pregúntale a Petufar. Peter Ujfalussy Farkas.

www.uniondecorrectores.org

www.rae.es Real Academia Española.

<http://blognisaba.wordexpress.com>

<http://www.puertonortesur.com/>